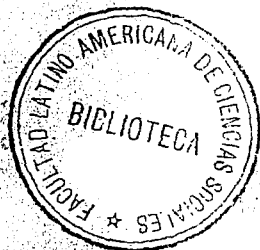


adolfo gilly

L1893



*Tech y disuten plan produccion
& con asambleas de produccion
con fusion (conjugos lenguaje
Cienas)
superior de chena inter
con quinos en dier
terme expres*

cuba:

coexistencia

o revolucion

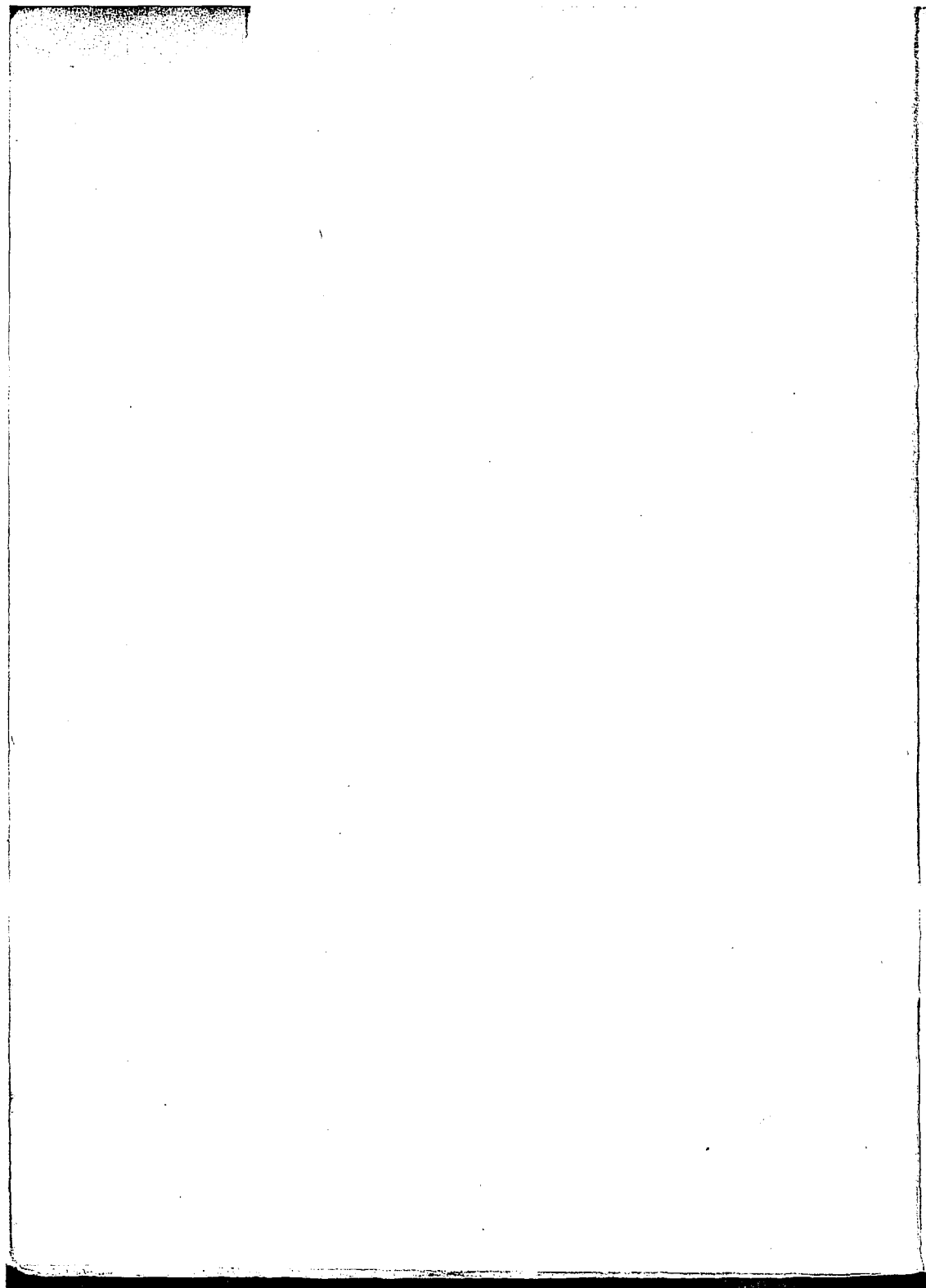
L189

MFN6

DONACION DE	J. Ruco
FECHA	15 SET. 1983

editorial perspectivas

ediciones monthly review



advertencia

Este trabajo es un reportaje. No es ni quiere ser otra cosa que una visión rápida, periodística, de la situación interior de la revolución cubana y de las principales fuerzas que en ella actúan y se mueven. Son observaciones y conclusiones basadas en más de un año de vida en Cuba, con el pueblo cubano, en la etapa crucial de su revolución que abarca los años 1962 y 1963, en la lectura de los principales trabajos y documentos sobre Cuba aparecidos en ese período. Aborda solamente algunos de los problemas que tendrán vigencia permanente en la presente etapa de la revolución y que influirán desde abajo, desde la estructura misma de la revolución—cualesquiera sean las alternativas de la posición del gobierno revolucionario— sobre la evolución próxima de la revolución cubana en el plano nacional e internacional.

Este trabajo quiere ser y es, también, diferente de la mayoría de lo que se publica corrientemente sobre Cuba. Colocado incondicionalmente del lado de la revolución, nada tiene que ver, sin embargo, con las visiones turísticas de la revolución, con las idealizaciones almibaradas y vacías de un proceso revolucionario, rico y contradictorio como la vida misma.

Están de más, a esta altura, los escritos sobre Cuba que se dedican todavía a marcar la diferencia con el pasado capitalista, contruidos según el esquema de “antes” y “ahora”. Eso ya es claro para todo el mundo, ya la revolución hace mucho que ha ganado su derecho a la existencia. Lo que interesa considerar hoy, en la revolución cubana es, qué se hace, por cuáles vías avanza, qué obstáculos internos y externos encuentra, qué se puede hacer y cuáles son las fuerzas y los métodos para hacerlo. Lo importante no es hacer un simple elogio de la revolución, sino plantear sus proble-

mas, mostrar sus experiencias y señalar las formas reales de su vida interior, política, económica y social.

Desde que las líneas de la introducción fueron escritas, la lucha de tendencias en el seno de la revolución ha continuado y se ha intensificado, en la misma medida en que lo han hecho la discusión chino-soviética y el proceso mundial de revolución.

No están aquí todos los problemas. No están, por ejemplo, la cuestión vital y decisiva del partido (o de los partidos) en la revolución, la situación de la educación, las discusiones sobre arte. Pero todas estas cuestiones —y otras— aun siendo importantes, están subordinadas a las líneas esenciales aquí esbozadas y a la lucha entre revolución y coexistencia, igualdad y privilegios, democracia obrera y burocratismo, revolución y contrarrevolución.

Las cuestiones planteadas en este trabajo figuran entre las centrales de esa lucha y serán decisivas en toda la presente etapa de la revolución.

capítulo I

¿INDUSTRIA O AGRICULTURA?

“La industria es el motor y la agricultura es la base del desarrollo”, dicen los chinos. Pero ¿hay que dar prioridad a la agricultura para obtener los medios para desarrollar la industria, o hay que dar prioridad a la industria para impulsar el desarrollo de una agricultura moderna y productiva? Este es uno de los varios dilemas que se le plantean a Cuba en este momento, tanto en política interior como en política internacional. Y estos dilemas se organizan en constelaciones interrelacionadas, de modo tal que resolver uno en un sentido, es ya tirar en cadena todos los otros en la misma dirección.

No basta decir que se debe establecer una “justa proporción” y una “relación armónica” entre ambos sectores. ¿Cuál es esa proporción y dónde está esa armonía? La respuesta nos arroja de lleno en el terreno de la política y en el centro de las polémicas en curso entre los dirigentes y los cuadros técnicos, económicos y políticos de la revolución cubana.

En los primeros años de la revolución, y casi hasta 1962, el equipo dirigente creyó poder industrializar Cuba en corto plazo y desarrollar una industria completa, incluso productora de bienes de producción. Esta concepción chocó con la realidad y ha sido abandonada por los dirigentes cubanos: Che Guevara ha reconocido más de una vez el error, la última de ellas en su intervención en las discusiones sobre planificación en Argelia.

Pero esto no significa que se haya abandonado la idea de industrializar el país, siendo la industria la base del progreso y de la elevación del nivel de vida de la población. Ahora bien, ¿de dónde sacar los fondos para la industrialización?

Cuba es un país que depende en gran medida de su comercio

exterior. Con lo que obtiene por el azúcar, el tabaco y otros productos agrícolas, adquiere los productos industriales que necesita. Esta estructura, heredada del pasado capitalista y semicolonial, no podía ser cambiada por un pacto de voluntad, sino por una planificación del sucesivo desarrollo. Pero para este cambio, hacen falta fondos. Y esos fondos, durante toda la etapa inicial, no pueden provenir sino de dos fuentes: el financiamiento internacional y los recursos que ingresan al país por el comercio exterior.

Aunque a Cuba se le cerró el acceso al financiamiento de los países capitalistas, tiene en cambio los créditos concedidos por los países socialistas, a comenzar por la Unión Soviética. Pero dichos créditos, a parte de no ser ilimitados, deben dedicarse en buena parte a cubrir los gastos enormes que está significando para Cuba, cada día, la transformación de todo su equipo industrial, de toda su tecnología, heredada de los norteamericanos, a la del campo socialista. No hay por ahora, de todos modos, otra alternativa: el bloqueo es muy fuerte y maquinaria norteamericana que se para por falta de repuestos, es muy difícil volver a ponerla en marcha. Hace falta una nueva, importada del campo socialista, y piénsese lo que esto significa para un país subdesarrollado y sin grandes recursos financieros. El bloqueo sin paradoja, está ocasionando a Cuba destrucciones equivalentes a una pequeña guerra. Sin comprender esta realidad, no tiene sentido ponerse a hablar en abstracto sobre las dificultades de la economía cubana atribuyéndolas a la nacionalización y la planificación.

Dichos créditos, por otra parte, han colocado a Cuba en una situación de desbalance comercial, con la Unión Soviética particularmente, que introduce un nuevo elemento de presión sobre toda la política de la revolución cubana. Cuba es deudora de la Unión Soviética, y esa deuda ha ido aumentando en lugar de disminuir, situación que no desagrada en absoluto al gobierno norteamericano que como es lógico, confía más en Khrushchev que en Fidel Castro.

Por otro lado, los recursos que el comercio exterior, la exportación, provee a Cuba, provienen fundamentalmente del azúcar. Y la producción de azúcar cayó hasta alcanzar su punto más bajo en la última zafra, mientras las destrucciones del ciclón anuncian una zafra aún menor para el próximo año.

A su regreso de la Unión Soviética, Fidel Castro puso mucho más el acento sobre la necesidad de desarrollar el cultivo de caña de azúcar y la producción azucarera, y de dedicar todas las energías a la agricultura como base del desarrollo del país. Teniendo

un mercado seguro para el azúcar en los países socialistas, dijo, de allí deben salir los recursos para el desarrollo económico del país. No sólo en la caña insistió Fidel Castro, sino también en la ganadería, en la cual, dijo, nada se opone a que Cuba, con el necesario esfuerzo, alcance los niveles de rendimiento de países como Holanda.

Esto significaba, en su concepción, dedicar mayores recursos al campo, recursos que sólo pueden obtenerse disminuyendo los destinados al desarrollo industrial inmediato. En un discurso posterior puso un signo de interrogación, por ejemplo, sobre el proyecto de construcción de una planta siderúrgica en Santiago de Cuba, ya aprobado anteriormente.

Cuba necesita aumentar la productividad agrícola; esto lo reconocen todos en la isla. En las granjas del pueblo, el costo de producción es considerablemente superior al de los agricultores privados. Y será muy difícil convencer a éstos de las ventajas de la asociación en tanto no las vean en la práctica, ante todo en un mayor rendimiento de las tierras nacionalizadas.

Entre los mismos agricultores privados, ha habido un sector desinteresado en aumentar el rendimiento. Esto se debe en parte a motivos políticos, a una actitud de resistencia pasiva, cuando no activa, de los campesinos acomodados contra el gobierno revolucionario. La llamada "segunda reforma agraria", es decir, la reciente nacionalización de todas las propiedades mayores de cinco caballerías (67 Ha.) y hasta 30 caballerías —que en total eran más de seis mil en toda la isla— ha sido un golpe dirigido contra ese sector.

Pero esto no termina de resolver los problemas. Aun el pequeño agricultor tiene sus motivos para no aumentar demasiado la producción. El mide sus resultados, sus beneficios, no a través de la cantidad de dinero que le paga el Estado, sino sobre todo por lo que puede comprar con ese dinero en el mercado.

Y en el mercado, actualmente, no puede comprar muchos de los productos industriales que antes se importaban y que ahora no hay.

Para estimularlo a producir más, es necesario que los almacenes del Estado, las Tiendas del Pueblo en el campo, le ofrezcan mayor variedad y cantidad de artículos. Y aunque las tiendas están bien surtidas según los actuales niveles cubanos, es indudable que también allí se hacen sentir los efectos del bloqueo.

En este punto es donde los defensores de la prioridad del desarrollo industrial sostienen que para estimular el aumento de la producción agraria hay que dar un impulso inmediato a la pro-

ducción de artículos industriales. Y que por otra parte, elevar la productividad en las granjas del pueblo no depende tanto de mayores inversiones —que deberían ser retiradas de la industria y que, a partir de cierto punto, tendrían un rendimiento no proporcional— sino de una mejor organización del trabajo y de la producción en general, que a su vez está ligada a un desarrollo de la industria. Pues no hay ningún motivo para que, según la estimación de los técnicos cubanos, cada peso de producción esté costando en las granjas aproximadamente un peso y veinte centavos, ni para que el agricultor privado siga teniendo, con menores recursos técnicos, un rendimiento bastante superior.

Tampoco los artículos industriales de consumo pueden importarse en gran cantidad de los países socialistas; por un lado por la falta de divisas y el constante aumento del desbalance comercial, por el otro porque aquellos países tienen también penuria de esos artículos en sus propios mercados.

En cuanto a alcanzar la productividad ganadera de Holanda, parece también una esperanza tan aventurada como la de desarrollar una industria completa en pocos años. Pues esa productividad no son los países subdesarrollados, sino los industrializados, con toda la estructura técnica y social, que esto significa, quienes están en grado de lograrla.

Desde este punto de vista, de cualquier lado que se parta, la prioridad correspondería a la industria.

En sus recientes discursos, Fidel Castro ha dejado nuevamente sin definición el dilema, mientras la polémica interior se desarrolla entre el sector "industrialista", encabezado por el Ministro de Industrias, comandante Ernesto Che Guevara, y el sector "agrario", representado por Carlos Rafael Rodríguez, presidente del INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), proveniente de la vieja dirección del Partido Socialista Popular (Comunista) de Cuba.

La polémica se entrecruza con otros problemas, principalmente la política internacional y la política de organización económica interior. Allí, como veremos, los alineamientos se repiten.

capítulo II

¿DINERO O REVOLUCION?

Aumentar la productividad es una de las preocupaciones centrales en la economía cubana. En la situación presente, no es solamente un problema de inversiones, sino también de rendimiento de la mano de obra ocupada en las instalaciones actuales, tanto en el campo como en la industria.

En el lento aumento de la productividad por hombre ocupado —que en algunas ramas es estancamiento y en otras, aun caída— inciden varios problemas. Por un lado, un exceso de mano de obra en muchas industrias. No se ha despedido personal y en cambio, por falta de materias primas importadas o rotura de máquinas, la producción ha debido restringirse. Otras veces se han unido varios talleres pequeños nacionalizados, o se han cerrado otros anticuados y no rentables, y a los trabajadores allí ocupados se les ha buscado otro trabajo o continúan cobrando su sueldo por estudiar en escuelas técnicas o por hacer un trabajo en buena parte superfluo. Lo que el Estado cubano ha evitado, en todos los casos, es que nacionalización signifique desocupación o despido. Pero la productividad se ha resentido.

Por otro lado, el nuevo personal dirigente y administrativo de las empresas nacionalizadas, formado sobre la marcha para reemplazar a los antiguos directores y administradores, ha incidido con su inexperiencia en una caída de la organización interior de las empresas. Esto no es absoluto, pero es relativamente generalizado, y recién en esta etapa la revolución empieza a establecer una continuidad de administradores propios y a formar nuevos administradores en escuelas especiales.

En tercer lugar se ha presentado, bajo distintas formas, un

relajamiento relativo de la disciplina del trabajo. El gobierno ha combatido desde hace tiempo la tendencia anterior a suspender el trabajo por razones políticas, por reuniones o por asambleas, estableciendo que todos esos actos deben realizarse fuera de las horas de trabajo (pues resultaba muy sencillo a la administración "politizarse" y desorganizar la producción con la mejor intención política del mundo).

Pero tampoco hay disciplina del trabajo que valga —y más cuando se trata de una disciplina como la establecida en Cuba, en gran parte voluntaria, fuera de los métodos de coerción policial o económica— si no hay al mismo tiempo un interés directo del trabajador en la tarea que realiza, sea por apoyo a la revolución, por entusiasmo personal hacia el propio trabajo o para ganar más dinero.

¿Cuál es el incentivo que mueve al trabajador a producir más? En el régimen capitalista es muy claro: una combinación entre el sistema de premios en dinero y el sistema de penas, sea en forma de despido o de presión externa a su conciencia bajo una u otra forma.

En Cuba, el sistema de penas, salvo en casos extremos de sabotaje probado a la producción o de incumplimiento total, prácticamente no existe. Y el sistema de premios, hasta no hace mucho, tampoco.

Este es el punto de partida de la polémica sobre si son los incentivos en dinero, los estímulos materiales, o los incentivos morales, los estímulos socialistas, los que moverán al trabajador a aumentar su producción y su interés en el trabajo.

La tendencia que podemos definir como conservadora o de derecha dentro de los países socialistas, sostiene que solamente los estímulos materiales, es decir, un sistema de premios bien diferenciado y vecino al trabajo a destajo, puede hacer aumentar la producción. Los defensores de esta teoría dan diversas argumentaciones sobre el carácter "socialista" de los estímulos materiales, a pesar de que desde la época de Marx dicho sistema ha sido reconocido por los teóricos socialistas como un recurso propio de la economía capitalista al cual debe recurrir la economía de la etapa de transición al socialismo; pero que gradualmente debe desaparecer a medida que éste se acerca.

La tendencia que, en cambio, puede ser definida como izquierdista, sostiene que los estímulos materiales, aunque haya que recurrir a ellos en ciertos casos, deben ser colocados totalmente en segundo

plano, y que el principal estímulo para el trabajador en el régimen de transición al socialismo debe ser el entusiasmo revolucionario, la comprensión de que trabaja para construir el socialismo, el ejemplo y el estímulo de los trabajadores socialistas de vanguardia. Esta corriente sostiene que el estímulo material usado extensamente corrompe las bases de desarrollo del socialismo y reintroduce por la ventana la simiente del capitalismo, al mismo tiempo que subestima todo el valor del entusiasmo revolucionario de los trabajadores.

Entre los defensores de la primera tendencia en Cuba figura Carlos Rafael Rodríguez ⁽¹⁾. Entre los partidarios de la segunda, Ernesto Che Guevara. En forma más o menos abierta, Blas Roca se pronunció por los estímulos materiales, Osvaldo Dórticos por la prioridad de los estímulos morales. Dada la forma velada e indirecta que toman las polémicas en Cuba, ninguno de estos pronunciamientos ha sido totalmente claro, sino que han aparecido como cuestiones de acentuación en uno u otro sentido. Sin embargo, el acento aquí o el acento allá encubren una profunda y verdadera polémica.

Los técnicos de los países socialistas europeos, la URSS en primer lugar y Checoslovaquia en segunda, han defendido fuertemente ante la dirección cubana la necesidad de dar preeminencia a los estímulos materiales. En estos países ha sido teorizada la necesidad de esos estímulos, y lo que los dirigentes económicos ofrecen al trabajador no es simplemente la visión del porvenir socialista o del desarrollo de la revolución en otros países, sino sobre todo la perspectiva de comprarse un televisor, o mejor ropa, o hasta una motocicleta o un automóvil. Esto, por otro lado, sirve para despolitizar el trabajo, para alentar la tendencia a que cada uno se dedique a su porvenir individual y para que los trabajadores se ocupen de producir y los dirigentes de dirigir, es decir, de la política.

En Cuba, es un mito despolitizar nada. La política, es decir, la revolución, es el *pan de cada día de cada cubano*. Y cuando todo un sector, y el más importante y decisivo, de la dirección cubana, insiste en los estímulos morales, es porque quiere basarse concientemente en la política para estimular la producción.

Pero el mismo carácter de los estímulos morales está en discusión en la propia Cuba.

Por ejemplo, una de las formas de elevar el entusiasmo por el trabajo es la campaña de emulación. La emulación consiste en un

¹ N. de los E.: recientemente suplantado de la presidencia del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) por el Primer Ministro Fidel Castro Ruiz.

sistema de puntaje por puntualidad en el trabajo, cantidad y calidad de producción, asistencia y otros índices similares. Se inscriben para emular, en cada empresa, los trabajadores que quieren hacerlo. A los vencedores de la emulación, es decir, a los que cada mes obtienen mayor puntaje en su categoría, se les conceden distintivos honoríficos como "trabajadores de vanguardia". Luego, por sector, y a escala nacional, se otorgan otros premios, como puede ser una semana de vacaciones pagas en un centro de turismo cubano o un viaje por los países socialistas. Pero el sentido de la emulación es la satisfacción moral por el reconocimiento como trabajador de vanguardia.

Todo esto es inconcebible en un régimen capitalista, donde la empresa —y por ende la ganancia— es propiedad privada y donde al trabajador no le interesa la producción, que es asunto del empresario, sino el salario. Pero es aceptado y llevado adelante por los trabajadores en un régimen de propiedad nacionalizada, donde no existe empresario ni ganancia privada.

Sin embargo, la emulación toma muchas veces un carácter formal, los índices se cubren porque así está establecido y la rutina se apodera de todo el sistema: la emulación por la emulación misma, sin otro aliciente exterior, corre el peligro permanente de convertirse en una institución burocrática más, que no produce al trabajador ni frío ni calor.

Otra de las formas del estímulo moral es el ejemplo de los trabajadores voluntarios. Así, los domingos o los sábados por la tarde, se organizan "batallones rojos" de trabajadores voluntarios para realizar tareas especiales, como pueden ser el corte de caña o el trabajo productivo en empresas de otro sector distinto del propio. Estos trabajadores voluntarios son una minoría, pero una minoría muy amplia y con un entusiasmo inagotable. Y en la época de la zafra, antes del amanecer, salen de las ciudades las caravanas de camiones con voluntarios para cortar caña en los campos cercanos.

Por otra parte, hay otra forma de trabajo voluntario mucho más continuo, que es el obrero o empleado que realiza horas extras cuantas veces es necesario para sacar adelante un trabajo urgente o resolver problemas creados por la falta de repuestos, de materias primas o de técnicos.

En todo esto, el dinero no funciona para nada. El motor es el entusiasmo por la revolución, la convicción de que el trabajo es en definitiva para todos, es decir, para uno mismo, y sobre todo, el haber encontrado un sentido al trabajo diario, que ya no es sólo

para ganarse la vida, sino también para construir algo que el trabajador ve y siente como propio.

Sin embargo, eso no es todo. El gran problema no es movilizar a una minoría en ese ambiente, sino arrastrar y entusiasmar a la mayoría. Y es aquí donde, mientras una tendencia dice que es posible lograrlo, la otra sostiene que no hay estímulo más efectivo que los premios en dinero para inducir a la gran mayoría a elevar el rendimiento.

Actualmente se está estableciendo en Cuba un sistema de normas de trabajo (normas que existen en toda empresa capitalista organizada) para fijar la cantidad y calidad de producción de cada operario. Por encima de la norma, se paga un premio que equivale al 20 por ciento de lo que se paga por la producción incluida en la norma. Dicho premio, en cualquier caso, no puede pasar del quince por ciento del salario total, pues si supera esa cifra, es indicio de que la norma es baja y debe ser reajustada. Es claro que estas normas, aunque introducen una forma de premio, están lejos de ser un sistema de estímulos en dinero como los existentes en otros países socialistas.

El país que en un sentido ha ido más lejos en esta clase de estímulos en Yugoslavia, donde el principio del "interesamiento material de los trabajadores en el resultado de la producción" se aplica a través de los comités de autogestión, que son organismos que dirigen las empresas desde el punto de vista económico y que se preocupan de que los resultados económicos —la ganancia— sean los mejores posibles, pues esa ganancia se distribuye en parte importante en forma de premios entre el personal de la empresa.

Este sistema, en apariencia tan efectivo, en la práctica trae consigo la competencia entre las distintas empresas; los acuerdos entre empresas no para aumentar la producción sino para aumentar las ganancias; la disgregación del plan central y el privilegio para las empresas más modernas a costa de las más pobres o atrasadas. Es decir, ataca el centro mismo del funcionamiento del sistema de transición al socialismo, la planificación centralizada y el sometimiento del esfuerzo individual a los objetivos colectivos de la sociedad.

Sin llegar a copiar el sistema yugoslavo, es el principio de la ganancia por empresa distribuida en parte entre el personal como estímulo material, lo que la tendencia representada por Carlos Rafael Rodríguez quiere introducir en Cuba. Dicho tipo de funcionamiento significa, al mismo tiempo, que los resultados de la

gestión económica de la administración se miden por el dinero, es decir, por la mayor o menor ganancia que deja la empresa.

Contra esta teoría, la posición del Ministro de Industrias es que debe mantenerse el sistema centralizado, y que el control de la gestión económica debe hacerse a través de índices económicos controlados centralmente, de acuerdo con un presupuesto de funcionamiento establecido en el plan de cada año. Si la empresa supera o queda por debajo de esos índices, es lo que dirá si funciona bien, regular o mal, y qué es lo que debe corregir.

En particular, la hostilidad de la tendencia representada por el Che Guevara hacia el sistema de la ganancia por empresa, deriva de que éste reintroduce una forma de semicompetencia entre empresas y desbarata el sistema de conducción centralizada de la economía. La competencia termina por primar sobre el plan y el interés material individual y por empresa, sobre el interés socialista, colectivo centralizado en el plan. Y según el Ministro de Industrias cubano, la economía socialista va hacia la centralización en la conducción, que será acentuada cada vez más con los métodos de automatización y de programación lineal de la producción. La ganancia por empresa introduce, por otro lado, el estímulo en dinero, individual, no socialista, como el motor esencial de la producción, relegando a la conciencia socialista para los días de fiesta y las celebraciones revolucionarias.

El propio Che Guevara, en una de sus intervenciones, habría dicho que la competencia capitalista es "una lucha entre fieras", mientras el sistema de la autogestión y la ganancia por empresa es "una lucha entre fieras enjauladas".

Como la polémica no está definida, actualmente se aplican en Cuba ambos sistemas: en las empresas del INRA, la autogestión financiera; en las empresas del Ministerio de Industrias, el control por el presupuesto.

Toda la cuestión está ligada, por otra parte, a la discusión existente en los países socialistas sobre el funcionamiento de la ley del valor en el régimen de transición al socialismo. Precisamente sobre esta cuestión han publicado artículos que polemizan entre sí, por un lado el Ministro de Industrias en la revista de su ministerio, por e lotro el Ministro de Comercio Exterior —comandante Alberto Mora— en la revista del suyo, "Comercio Exterior".

Está ligada también, en lo externo, al sistema y los métodos de relaciones comerciales con los países socialistas [en particular con los del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica)], y en lo

interno, a los criterios a utilizar en la determinación de la escala de salarios en Cuba. En esta escala, los partidarios de los estímulos materiales tienden a ampliar el abanico, los de los estímulos morales a reducirlo. Así, uno de los proyectos consistiría en fijar una relación máxima de uno a diez, en una escala que iría desde el salario mínimo de 75 pesos (descuentos hechos) al salario máximo de 700 pesos, para un ministro; otro, en cambio, propondría fijar este tope máximo en 500 ó 550 pesos. Pues si se quiere recurrir al estímulo de la conciencia socialista, la tendencia a una mayor igualdad es un elemento fundamental.

Los adversarios de los estímulos materiales agregan otro argumento, coyuntural, y es que en la situación de escasez de artículos de consumo que hay en Cuba, aumentar el salario a partir de cierto límite no significa nada para el trabajador, porque no puede comprar lo que quisiera. En consecuencia, prefiere cobrar menos pero esforzarse menos.

En este aspecto las cifras son serias: en 1962 los pagos por conceptos de sueldos, salarios, pensiones, etc., ascendieron aproximadamente a unos 2.500 millones de pesos, mientras lo cobrado por venta de mercaderías no pasó de unos 1.700 millones. Aun descontando el ahorro, resta por lo menos una presión inflacionaria que oscila entre los 500 y los 600 millones de pesos sin su contrapartida en mercancías.

La polémica tiene aun otros elementos, esta vez ligados directamente al campo de la política.

Para interesar a los trabajadores en la producción, no bastan los banderines y las menciones honoríficas. No bastan tampoco los llamados a su conciencia socialista.

La amenaza de invasión en octubre de 1962 provocó un fenómeno económico que luego fue discutido y estudiado en Cuba: con menos personal, pues parte estaba movilizado, las empresas mantuvieron y aumentaron la producción. Ante el peligro que corría la revolución y el país, todo el mundo se puso a producir. La vida nacional tenía un objetivo centralizado y concreto: derrotar al enemigo imperialista.

En cambio, las situaciones de incertidumbre política de la revolución —por ejemplo, la indefinición entre la URSS y China, que es un tema que interesa vitalmente a todo el pueblo cubano— tienen un efecto contrario. El interés productivo baja. Un desarrollo del movimiento revolucionario en América Latina, hace subir el entusiasmo. Y si la dirección cubana, a través de sus discursos, sus

llamados, sus tomas de posiciones, aparece ligada a ese desarrollo, al día siguiente se ve aumentar el entusiasmo en las calles y en los centros de producción. Esto no es ninguna exageración: en un sistema donde la producción está íntimamente ligada a la política, y no a la ganancia del empresario, una política compartida por los trabajadores o que los entusiasma, despierta su apoyo también en forma de un mayor esfuerzo productivo. No otra cosa sucede, por lo demás, en la propia Unión Soviética, donde cuando las fábricas producen encargos para Cuba ven elevarse su productividad.

El otro obstáculo que encuentra la elevación de la producción me lo definió una noche, en un círculo de estudios políticos, un trabajador cubano. Me dijo: "¿Sabes por qué la gente no rinde más en el trabajo? Porque está descontenta con los dirigentes sindicales. Esta dirección tiene furioso a todo el proletariado cubano, y entonces la gente se siente a disgusto y rinde menos. No se puede hacer producir más cuando existe semejante situación". Esta opinión sobre la alta dirección sindical la escuché más de una vez en boca de trabajadores revolucionarios y fidelistas. Pero éste, problema de problemas en Cuba, requiere una explicación un poco más extensa.

capítulo III

LOS SINDICATOS EN CUBA

Quien pretenda pintar a la revolución cubana como una unidad monolítica sin fallas, sin contrastes internos, sólo puede ser un ingenuo o un falsificador, interesado en ocultar el rico proceso interno de la revolución.

La revolución se desarrolla a través de la contradicción, y no sólo a través de la contradicción con el enemigo imperialista, sino entre las propias fuerzas y tendencias que la componen. De esa dinámica interior, y no de la cabeza de dos o tres jefes, sale la vida real, la línea práctica, el camino efectivo que sigue.

Uno de los terrenos donde más vivamente se expresan esas contradicciones son los sindicatos. Basta vivir un tiempo en Cuba, participar en la actividad de la revolución, convivir cotidianamente con el pueblo cubano, para comprobar que existe un dirigente, hasta hoy parte de la dirección cubana como hasta ayer lo fue Escalante, que goza de la unánime oposición de los trabajadores cubanos: es, nada menos, el secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba Revolucionaria (CTC-R), Lázaro Peña.

Esto no es un secreto o un rumor entre iniciados, es una opinión que recorre las calles de La Habana y de toda Cuba, y que sale a flor de discusión a los pocos minutos de iniciada cualquier conversación sobre la situación sindical. Un obrero me decía que Lázaro Peña era el artífice de la más completa unidad del proletariado cubano: la unidad contra él.

En realidad, el secretario general de la CTC-R está pagando culpas propias y ajenas, pues sobre su cabeza se concentra el descontento de gran parte de los obreros con el estado de los sindicatos en Cuba.

El secretario general de la CTC-R fue electo en el último con-

greso de la central obrera, realizado en 1961. Se lo eligió con el sistema de la candidatura única, es decir, que ningún adversario podía competir con él en la elección. Su designación fue mucho más una decisión de arriba que en una elección de abajo. Los trabajadores, que apoyan y defienden hasta la muerte a la revolución, no opusieron resistencia organizada al sistema, pues hay una preocupación que guía cada paso y cada iniciativa de los obreros cubanos: no causar daño a la revolución, retenerse o esperar cuando creen que alguna protesta, por justificada que sea, puede perjudicar a la revolución. Por supuesto, este estado de espíritu puede ser explotado algunas veces por quienes están interesados en imponer sus decisiones le gusten o no le gusten a la base. Pero también esa actitud tiene sus límites: y cuando la gente ve que más daño se causa a la revolución callándose o cediendo a las presiones de quienes quieren silenciar las protestas por interés personal, entonces habla y alza la voz y dice lo que tiene que decir.

Era muy difícil que Lázaro Peña contara con el apoyo obrero, pues su historia como dirigente sindical en Cuba tiene muchos pasajes que hoy no se pueden recordar. Por ejemplo, fue dirigente de la CTC desde 1939, en la época de la alianza de su partido, el PSP (Partido Comunista cubano) con Batista, y desde allí frenó o desarmó huelga tras huelga en nombre de esa alianza y en nombre del triunfo de la causa de las "democracias" en la segunda guerra mundial, por el cual en Cuba "no había que hacer huelga". Eso lo recuerda vívidamente cualquier trabajador cubano de 40 años, así como recuerdan —o conservan— las fotografías de periódicos donde en una misma tribuna aparecían Batista y el hoy secretario general de la CTC-R.

(Todo esto lo he escuchado innumerables veces: y, valga el paréntesis, es bueno hacer constar para lo sucesivo que nunca en Cuba he sostenido una conversación política con un contrarrevolucionario, primero porque carecen absolutamente de interés —basta leer la prensa norteamericana sobre Cuba— y segundo por una elemental razón de higiene personal).

Pero, aunque los pueblos tienen una memoria mucho más larga y segura de lo que los imbéciles suelen creer, no es ése el principal motivo de la oposición actual a Lázaro Peña. La razón central no es su actuación pasada, sino su función presente. Entonces el recuerdo del pasado sirve para reforzar las opiniones del presente; si no, nadie tendría interés en acordarse.

En Cuba hay 25 sindicatos nacionales, uno por sector indus-

trial. Entre los mayores figuran el azucarero, el textil, el ferroviario, el gastronómico, el de la construcción. Cada sindicato tiene una dirección nacional, una dirección provincial y una dirección por empresa o centro de trabajo. La organización sindical al nivel del centro de trabajo se llama sección sindical. La sección sindical corresponde a lo que en otras partes sería la comisión interna o el sindicato de fábrica.

¿Cuál es la función de los sindicatos en un Estado proletario como Cuba, donde las empresas están nacionalizadas y no hay patrones ni ganancia privada?

Según lo planteado por Lenin en la época del establecimiento de la Nueva Política Económica en la Unión Soviética, en 1921, los sindicatos son organismos de los trabajadores encargados de defender sus intereses económicos particulares frente a la propia administración estatal. En su famosa polémica con Trotsky sobre los sindicatos, que fue el preludio al establecimiento de la NEP, Lenin sostenía que, aun estando el Estado en manos de los trabajadores, era un Estado obrero con un gran peso campesino y con deformaciones burocráticas. Y que en consecuencia, los sindicatos podían verse en la necesidad de enfrentar a los funcionarios de su propio Estado en nombre de los intereses económicos de los trabajadores, y en caso imprescindible aun de hacer huelgas.

Lenin establecía una diferencia fundamental con los sindicatos en el régimen capitalista. Su tesis era que, mientras en éste los sindicatos, al luchar por las reivindicaciones económicas, entran en conflicto con el régimen de la propiedad privada y tienden, si dirigidos revolucionariamente, a cumplir una función de ruptura del sistema, cuidándose poco de si sus reivindicaciones y la forma de lucha por ellas perjudican o no al Estado capitalista, que es un aparato ajeno y hostil, en el Estado de transición al socialismo, —como existe hoy en Cuba y en los demás países socialistas— los sindicatos que actúan dentro del régimen estatal, no tienden a ser revolucionarios sino “reformistas” con respecto a su propio Estado, y aún planteando las reivindicaciones económicas de los trabajadores, toman siempre en consideración el interés general del Estado proletario.

Esta concepción suponía, tal como había sido formulada, la existencia de una rica dialéctica interior, de un libre juego de lo que Mao Tse-tung llamaría posteriormente “las contradicciones no antagónicas”.

La otra concepción, que data de la época de Stalin, considera

que los sindicatos son organismos destinados a llevar a los trabajadores las orientaciones de la dirección estatal, a organizar el trabajo para la producción, a organizar la emulación y vigilar el rendimiento de los trabajadores y a resolver litigios muy secundarios como especie de árbitros entre la administración y los trabajadores, defendiendo sobre todo el punto de vista de la administración que es identificado con el de la colectividad. En cualquier caso, esta concepción sostiene que no hay ningún antagonismo entre el Estado y los obreros, puesto que son éstos los que están en el poder, y que el sindicato debe funcionar en estrecho contacto y completa unanimidad con la administración de cada centro de trabajo, para el mejor rendimiento de la producción.

En la práctica, en Cuba es esta segunda concepción la que se aplica oficialmente —aunque con cierta elasticidad— y de allí deriva toda la situación sindical.

Los sindicatos, entonces, sirven para transmitir a la base las orientaciones de la dirección y para convencer a los trabajadores de que no deben plantear tales y cuales problemas. De aquella concepción expuesta por Lenin, en la cual el sindicato actuaba en nombre de los trabajadores, a ésta, en la cual el sindicato es un representante de la administración ante los trabajadores, va un largo trecho. La función asignada al sindicato explica entonces el sistema de elección de los dirigentes.

Lo más curioso de todo es que, contra lo que superficialmente pudiera imaginarse, no es esta segunda concepción la que sirve para aumentar la producción (aunque resulte más “tranquila” para los dirigentes del Estado). Pues los trabajadores, al no sentirse representados por sus organizaciones, al no tener una vía organizada para expresar su descontento con tal o cual situación que consideran injusta o errónea, tienden insensiblemente a reducir su rendimiento en el trabajo, a sentirse a disgusto. Y es esto lo que resumía gráficamente el obrero cubano que me decía que para elevar la producción había que cambiar la dirección sindical.

Los dirigentes sindicales cubanos, a fuerza de actuar como los que llevan a los obreros la orientación de arriba, como los que dejan de lado sus opiniones para aceptar sin discusión todo lo que diga la dirección del Estado, como los encargados de hacer trabajar más a los obreros (cuando ésa es tarea de la administración y de los propios obreros), han perdido autoridad ante la base, porque la base siente que esos dirigentes no dependen de ella, sino del Estado. Y en consecuencia, los trabajadores res-

ponden a los llamados de los dirigentes de la revolución —Fidel Castro, el Che Guevara— pero no responden a los llamados de los dirigentes sindicales. Esto lo sabe, lo vive y lo experimenta cualquiera que viva en Cuba y con el pueblo cubano unas pocas semanas. (Por supuesto, no lo saben ni lo entienden los turistas de la revolución, que vienen a pasar semanas o meses en hoteles de lujo y a quienes el pueblo revolucionario de Cuba mira con desconfianza y reserva.)

¿Cómo se llegó a este funcionamiento de los sindicatos en Cuba? Ninguna revolución avanza en línea recta, y no fue el caso Escalante la única contradicción de la revolución cubana. Cuando se eligió en Cuba la actual dirección sindical, era la época en la cual era regla lo que posteriormente Guevara y otros dirigentes de la revolución han llamado “el trasplante mecánico de las experiencias de otros países socialistas”. En las elecciones sindicales se estableció, en nombre de la “unidad”, el sistema de candidatura única. Este sistema venía avalado con la autoridad de la dirección de la revolución y así pasó.

Pero en la práctica, los dirigentes elegidos de ese modo no se sentían dependientes de la base, sino de arriba (es decir, de a quien efectivamente debían su cargo). El Estado, y su representación en las empresas, la administración, tienden natural y lógicamente, por la fuerza de las cosas, a tratar de imponer sus puntos de vista en cada problema. Y los dirigentes sindicales, en lugar de discutir en nombre de los trabajadores cuando estos disientían con ese punto de vista, al contrario se convertían en los encargados de hacer presión sobre los trabajadores para convencerlos.

De allí surgió un estado de crisis permanente en el funcionamiento de las secciones sindicales, que en gran cantidad de casos cumplían y cumplen simples tareas administrativas.

He asistido a más de una asamblea sindical en Cuba, y lo primero que golpea la vista es la distribución de la asamblea. De un lado, los trabajadores. De otro, en la presidencia, el administrador, el dirigente de la sección sindical, el responsable del personal, en fin, el personal dirigente. Recuerdo una asamblea en una pequeña fábrica textil: había escasamente metro y medio entre la presidencia y los trabajadores, pero ese espacio parecía estar cubierto por un muro transparente. Y sin embargo, ese administrador y ese dirigente sindical, por un lado, esos obreros, por el otro, tenían algo decisivo en común, algo que jamás tendrían en una empresa capitalista: todos estaban de acuerdo con la revolución

y la defendían. Pero en ese momento preciso, y para hacer caer el muro, el lugar del dirigente sindical tenía que estar del otro lado. Eso saltaba a la vista. Tanto era así, que en el momento en que se planteó una discusión sobre el trabajo entre un representante de la administración y algunos obreros, el dirigente sindical quedó como una figura decorativa, silencioso y ausente.

No siempre es éste el caso. Sea como fuere, el dirigente sindical, particularmente el que trabaja en la fábrica, sufre también una presión permanente de la base, sea en forma de exigencias y críticas, sea en forma de una indiferencia glacial ante sus llamados y convocatorias a asambleas. Y por otro lado sufre la presión de lo que se le ha inculcado sobre su misión: que él tiene que convencer a la base, no hacerse el trasmisor de sus opiniones o protestas. En este dilema, más de uno reacciona llevando la voz de la base ante la dirección del sindicato o ante la administración.

A mediados de setiembre pasado, fue Lázaro Peña personalmente a una asamblea general de obreros de la construcción, del sector de equipos pesados (tractores, grúas, martillos neumáticos, bulldozers, etc.). Fue a pedir que la asamblea aprobara lo siguiente: que cuando se rompe el equipo en el cual opera un trabajador, éste pase a realizar trabajo de otra categoría inferior, con el salario de esta última categoría, hasta que el equipo estuviera reparado, en lugar de seguir cobrando, como hasta ahora, el salario de su categoría. Esto ya había sido planteado por Fidel Castro, pero los trabajadores no estaban de acuerdo, pues con el desgaste de los equipos y la falta de repuestos, la rotura de una máquina podía significar una disminución considerable en sus entradas. Los dirigentes sindicales de ese sector no se animaron a enfrentar directamente a la base con esa exigencia. Tuvo que ir el secretario general de la CTC-R. En la asamblea estalló un escándalo. Un trabajador le dijo que cuando él dejara su automóvil y fuera a trabajar junto a ellos, entonces aceptarían la propuesta que llevaba. Otro le recordó su anterior colaboración con Batista. Otros lo acusaron de privilegiado. La asamblea fue suspendida en la mayor confusión. La prensa denunció el hecho, primero, como obra de "contrarrevolucionarios", días después, como obra de "confusionistas". En asambleas posteriores, mejor preparadas por las direcciones pero mucho menos concurridas por los trabajadores, fue aceptada la proposición llevada por Lázaro Peña.

La acusación de que los incidentes habían sido organizados por la "contrarrevolución" era tan insostenible, que tuvo que ser abandonada veinticuatro horas después. Esos mismos trabajadores

que habían intervenido en la asamblea, son milicianos y algunos hasta miembros del PURS, y están dispuestos a tomar el fusil en cualquier momento para defender a la revolución y al gobierno de Fidel Castro, y a hacerse matar si es necesario. Era absurdo que alguien sostuviera que la contrarrevolución, aislada y desmoralizada en Cuba, puede tener influencia nada menos que sobre los obreros de la construcción. Eso es echar arena a los ojos y cerrar el camino a toda explicación verdadera y, por consiguiente, a toda solución verdadera.

El choque entre la dirección de la CTC-R y los obreros de la construcción no fue inesperado para nadie que observara objetivamente lo que venía ocurriendo en la vida sindical. Sacó a luz, como lo venían haciendo los comentarios y decenas de incidentes menores, un estado de malestar con la dirección sindical, un deseo de cambio de los trabajadores. Si ese sentimiento parece concentrarse sobre un hombre, no es por un "culto de la personalidad" al revés, sino porque la forma en que funcionan los sindicatos, la concepción que se aplica, impide una forma de expresión más depurada. Y también porque los trabajadores quieren mostrar de un modo u otro que hacen una distinción neta entre los dirigentes de la revolución, los hombres de la Sierra Maestra, el equipo encabezado por Fidel Castro, y los que, aun colaborando hoy con ellos en el gobierno, tienen un pasado muy diferente y reflejan, en los actos y en la vida presente, una larga formación adquirida en aquel pasado.

Incidentes y situaciones como ésta, cuando llegan a plantearse al abierto, son un signo precursor de próximos cambios en el curso de la revolución. Es ridículo afirmar, como lo hacen los adversarios de la revolución, que los sindicatos cubanos no existen o que son simples órganos administrativos. Si así fuera, los obreros los abandonarían a su suerte y buscarían otros caminos. En cambio, estas contradicciones indican una voluntad de cambio que busca un modo de manifestarse. Y el cambio no es contra el curso actual de la revolución, sino para remover los obstáculos que las tendencias conservadoras oponen a ese curso.

Los obreros cubanos nunca han aceptado la teoría de la identidad entre los sindicatos y el Estado, aunque el Estado sea el suyo propio.

La dialéctica interior de la vida sindical es uno de los procesos más vivos, más intensos y donde se preparan mayores hechos nuevos en toda la vida de la Cuba de hoy. Esa dialéctica tiene su reflejo también en el propio equipo dirigente. Lo tendrá, a no muy

largo plazo, en una nueva relación entre los sindicatos y el Estado cubano. Y esa relación, lejos de confirmar los anuncios agoreros de los que por el interés personal de conservar sus posiciones quieren congelar la revolución, no debilitará al Estado revolucionario ni dará alientos a sus enemigos, sino que servirá para consolidar en sus verdaderas raíces populares la solidez flexible y viviente de la revolución cubana y para enriquecer su vida interior y su influencia exterior.

capítulo IV

LA SEGUNDA REFORMA AGRARIA

La revolución cubana tiene también su pequeña Vendée. Por un tiempo trató de hacerse fuerte en las sierras del Escambray. A pesar de las armas que les arrojaban con paracaídas aviones norteamericanos, las reducidas bandas contrarrevolucionarias no pudieron sostenerse y fueron aniquiladas. Las armas norteamericanas fueron tomadas por las milicias, y hoy en Cuba puede verse más de un miliciano que lleva con un orgullo especial una pistola recientemente "made in USA."

Pero la Vendée cubana no tiene sólo un origen exterior, sino también interno. Las fuerzas de la contrarrevolución en las ciudades están totalmente debilitadas, por un lado por los golpes recibidos, por el otro por el éxodo a los Estados Unidos (el gobierno cubano ha dejado partir a los que han querido irse), y además por la presión y la vigilancia popular que las precipitan en un proceso constante de desmoralización.

Aislada y disgregada en la ciudad, la contrarrevolución ha encontrado, como era de esperar, un refugio en el campo. (Aparte de la contrarrevolución indirecta escondida en los sectores de funcionarios bien pagados, carreristas y buscadores de privilegios que también existen en Cuba. Pero esta forma de contrarrevolución, la más insidiosa porque se cubre con una fraseología que aparenta ser revolucionaria, es otra historia, digna de ser contada aparte.)

El refugio campesino de la contrarrevolución fueron los sectores de agricultores ricos que quedaron en pie luego de la reforma agraria. Esta, como se recordará, nacionalizó todas las tierras hasta la extensión de 30 caballerías (unas 400 Ha.). Los agricultores que poseen hasta cinco caballerías (67 Ha.) son considerados pequeños agricultores y están agrupados en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, a través de la cual obtienen los créditos y regu-

lan sus relaciones con el Estado. Los de 5 a 30 caballerías entraban en la categoría de agricultores medianos o ricos.

Estos últimos, que pasaban de 6.000, eran propietarios que vivían en la ciudad y hacían trabajar sus tierras, o eran campesinos que por sus medios económicos —anteriores y presentes— tenían una cierta influencia entre los campesinos pobres de la zona, una especie de “clientela”. Al mismo tiempo, su situación económica y social los colocaba en su inmensa mayoría contra la revolución, que les cerraba el camino para desarrollarse como burguesía agraria y ampliar la extensión de sus tierras.

En un país en el cual la estructura industrial hubiese sido más sólida y predominante que en Cuba, habría sido más fácil, quizá, encuadrar a esta categoría de campesinos y, si no hacerla favorable al régimen socialista, por lo menos neutralizarla, pues el peso de la industria habría disminuido su influencia relativa y al mismo tiempo les habría dado artículos de consumo inmediato y semiduradero en abundancia tanto a ellos como a los pequeños agricultores, atrayendo más fuertemente a éstos bajo la influencia de la ciudad y debilitando por ende las posibilidades de influencia de los campesinos ricos en el medio rural. Pero en las condiciones cubanas, la hostilidad natural del campesino rico —impedido de enriquecerse y progresar como propietario— hacia el socialismo, tenía que volverse enemistad. Y era natural también que tratara de arrastrar tras de sí a capas de campesinos medianos y aun pequeños, disgustados por las dificultades de la revolución; pues mientras el obrero de la ciudad las comprende y sobrelleva porque ve al socialismo como su porvenir, el campesino no ve la sociedad y el futuro más allá de los límites de su pedazo de tierra.

Los campesinos ricos se convirtieron así en un refugio para las actividades de la contrarrevolución, alentadas y estimuladas además desde el exterior.

Por otro lado, existe la tendencia a crear un mercado negro. Los precios de los productos del campo para consumo en la ciudad, son fijos. El Estado los adquiere a los campesinos (y a las granjas del pueblo) a través de los organismos de acopio del INRA y los vende a través de la red de distribución del Ministerio de Comercio Interior.

Los campesinos no pueden ir a competir y a crear un mercado en la ciudad. Pero están autorizados a vender sus productos en el lugar, o saliendo a la carretera. Al mismo tiempo, ningún automóvil puede entrar a la ciudad con más de 25 libras de productos

del campo. Todas estas medidas consiguen frenar el mercado negro, pero no llegan a impedirlo. Por muchas redes invisibles, el campesino, especialmente el que dispone de recursos, se las ingenia para vender parte de su producción a quien tiene dinero para pagarle. Y quienes tienen ese dinero son, o bien restos de la vieja burguesía, o bien funcionarios con sueldos elevados y auto para ir a adquirir los productos al campo. Es decir, que la especulación tiene dos cabezas, el que vende y el que compra. Y la especulación ejercita una permanente presión sobre los precios, a pesar de que el aparato de distribución estatal ha conseguido mantener en todo momento el abastecimiento normal y suficiente de la población dentro de los límites de las cuotas fijadas.

El gobierno cubano acaba de tomar una medida drástica para contrarrestar estos problemas, nacionalizando todas las propiedades mayores de cinco caballerías. Con esta medida, las tierras del Estado, que eran aproximadamente un 40 por ciento del total, pasan a ser, según estimación de Carlos Rafael Rodríguez, cerca del 70 por ciento, y se elimina toda una categoría social hostil a la revolución. Esta medida va acompañada de planes de reorganización de las granjas del pueblo, reajustando su extensión (en algunos casos muy grande) o reagrupando diferentes unidades conforme a la planificación física y a las necesidades de la producción.

Al mismo tiempo, en el último Congreso de la ANAP, Fidel Castro garantizó a los pequeños agricultores la propiedad de sus tierras por todo el tiempo que quisieran seguir como agricultores privados, sin asociarse en cooperativas u otra forma de agrupación colectiva.

Esta es la llamada "segunda reforma agraria" que, conforme a las declaraciones del gobierno, establece el marco definitivo de la propiedad de la tierra en Cuba, terminando con una situación de incertidumbre que llevaba a muchos campesinos a no incrementar la producción ni introducir mejoras en sus tierras, temerosos de una eventual expropiación.

En las ciudades, la reacción popular ante esta medida fue sumamente favorable: no sólo se la aprobaba, sino que era corriente oír el comentario de que debía de haber sido tomada tiempo antes.

En cuanto al campesino pequeño, el gobierno revolucionario ha seguido una permanente política dirigida a mantenerlo como aliado. Aun en esta categoría, no en todos los casos ha dado resultado: el campesino ve primero su pedazo de tierra, después el país y la revolución.

Sin embargo, la mayor parte apoya la revolución. La obra realizada en el campo es demasiado grande, como para compensar, en las cuentas del campesino, la escasez y las dificultades en otros aspectos.

En primer lugar, la alfabetización afirmó a la gran mayoría del campesinado con la revolución. Luego, en todas las zonas campesinas se han construido hospitales y escuelas, han ido maestros y médicos a lugares donde sólo el curandero atendía a los enfermos.

En la Sierra Maestra, los maestros de vanguardia enseñan en las lomas más lejanas, a donde tienen que llegar caminando tres, cuatro o cinco horas desde el lugar donde el jeep los deja porque no puede avanzar más. Allí construyen la escuela junto con los campesinos, llevan libros y cuadernos, enseñan a los chicos por la mañana y a los grandes por la tarde y se ocupan de mil problemas que desbordan sus tareas de maestros. En los mismos lugares, entran los médicos, que atienden los hospitales recién construidos en los puestos más lejanos. En toda la Sierra, se ha establecido un servicio de transporte colectivo serrano que va extendiendo su red y uniendo a la ciudad con lugares donde antes apenas si entraban los animales de carga. Decenas de miles de familias campesinas tienen hijos estudiando en la ciudad o en el ejército. En La Habana y otros centros hay más de 70.000 becados, en su mayoría hijos de campesinos, fuera de los enviados a los países socialistas.

Escuelas, hospitales, caminos, maestros, médicos y transportes, son las reivindicaciones más imperiosas, después de la tierra, de los campesinos de toda América Latina. Sin todo eso, y sin un buen sistema de acopio, de créditos y de ayuda técnica, cualquier reforma agraria se queda paralizada o convertida en una casi formalidad. Todo eso asegura en Cuba el apoyo campesino a la revolución.

Pero, hay que agregar, que todo eso hubiera sido imposible sin el clima social creado por la revolución, pues sólo en esas condiciones miles de muchachos, estudiantes secundarios y universitarios, han aceptado convertirse en maestros rurales y meterse en los lugares más lejanos para enseñar a los campesinos, aceptando cualquier sacrificio; y cientos y cientos de médicos han ido a ejercer su profesión a todos los rincones de la isla, abandonando las capitales y sus comodidades. No es el dinero ni los sueldos, sino el entusiasmo por la revolución lo que ha podido dar ese impulso, con el agregado de que esos hombres y mujeres no se sienten héroes o mártires, sino gente que cumple una tarea.

En la Sierra Maestra existen milicias campesinas. Están organizadas en compañías serranas, que son una de las organizaciones que centralizan el apoyo campesino a la revolución. Es miembro de la compañía serrana quien quiere serlo, pues rige el principio de la voluntariedad como en todas las milicias cubanas. Esto significa una selección, pues sólo quienes quieren defender el régimen revolucionario ingresan en las compañías, que son al mismo tiempo, por esa razón, un centro político del campesinado.

El otro aspecto de la cuestión, decisivo para mantener el apoyo campesino, es la política económica hacia el campo. Por un lado, los campesinos reciben créditos para su producción. Por el otro, la red de acopio tiene una importancia fundamental. Las fallas en el acopio, que han hecho perderse más de una vez cosechas sobre la tierra, han perjudicado las relaciones con el campesino. El resolverlas ha sido últimamente una de las preocupaciones centrales del INRA.

Se plantea también el problema de los precios. En realidad, hay una presión campesina invisible para lograr un aumento de precios. Esta presión se manifiesta en las ventas fuera del acopio oficial, sea en la carretera, sea en el mercado negro, y también en la restricción de la producción, o en el intercambio fuera de los canales oficiales. Este intercambio puede consistir, por ejemplo, en obtener arroz (cuya cuota resulta reducida para los hábitos del campesino cubano, acostumbrado a comer mucho arroz) a cambio de huevos u otros productos. Si los precios han podido ser mantenidos dentro de sus actuales límites, ha sido por las granjas del pueblo, que actúan como reguladores. Pero los costos más elevados de éstas también ejercen presión para lograr un aumento de precios. Muchos técnicos han sostenido desde hace tiempo la necesidad de elevar los precios para estimular una mayor producción campesina. Los recientes aumentos, a pesar de estar oficialmente destinados a compensar en parte los daños del ciclón, responden también a esa persistente presión.

Por otro lado, como hemos dicho, el problema no reside simplemente en la cantidad de dinero que recibe el campesino sino en lo que puede comprar con él. Fuera de eso, los aumentos al campo no significan más que una redistribución relativa de los ingresos de la población, pero no un estímulo sólido a la producción.

Hoy, con el 70 por ciento de las tierras nacionalizadas, el problema del campo para Cuba se concentra en la organización de las granjas del pueblo, en la implantación de un sistema de adminis-

tración que permita hacer participar a cada campesino en la dirección de la granja, en elevar la productividad de las tierras del Estado, haciendo que éstas produzcan más y más barato que las tierras de los agricultores privados. Este último objetivo aún está por alcanzarse, y ha sido planteado como primera prioridad en el campo.

Pero no hay que olvidar que los centros vitales de la revolución cubana, en esta etapa, están en la ciudad, y particularmente en la industria. Allí tendrá que basarse la elevación general de la organización económica y social del país que de un marco sólido a la organización de la agricultura nacionalizada y haga de modo que los porcentajes actuales se inviertan, y que el porciento de la producción proveniente de las granjas del pueblo con relación a la producción total, sea finalmente mayor que el porciento que dichas tierras ocupan en la extensión total. Que es la forma de consolidar el sistema socialista en el campo y de incorporar a él, paulatinamente, por la fuerza del ejemplo y de los resultados económicos, a la masa de casi 200.000 pequeños agricultores.

capítulo V

DOS TENDENCIAS EN

LA REVOLUCION CUBANA

Es insondable la incomprensión de la prensa internacional sobre el desarrollo interior de la revolución cubana. Encerrada en sus esquemas, fue tomada de sorpresa por su conversión en revolución socialista, y a juzgar por lo que se escribe ahora sobre Cuba, seguirá siendo tomada de sorpresa por evoluciones futuras.

Los comentaristas han llegado a aceptar que en Moscú hay tendencias, que Khrushchev tiene que componer y maniobrar entre ellas; están habituados a investigar las diversas tendencias en los gobiernos de los países capitalistas; han llegado hasta a reconocer el juego o el reflejo de diversas fuerzas e influencias sociales en las contradicciones de opiniones que existen en los equipos dirigentes.

En cuanto a Cuba, la mayoría no parece haber salido de un viejo esquema cuya relación con la realidad es ya bastante lejana: dividir a la dirección de la revolución cubana entre fidelistas y comunistas, y buscar desesperadamente, en los episodios inocultables de divergencias de opinión, dónde está la línea de los "comunistas" (entendiendo por esto a los antiguos miembros de Partido Socialista Popular) y dónde la de los "no-comunistas" (entendiendo por esto al viejo equipo de la Sierra).

Esto, sin contar a los idiotas-por-conveniencia (categoría que no tiene nada que ver con lo que la reacción llama "idiotas útiles") que ven una unidad absoluta y sin fallas en toda la dirección y creen que en Cuba todo lo decide Fidel Castro según las iluminaciones que vienen a su cabeza.

Pero unos y otros, en sus respectivos esquemas, no salen en absoluto de un esquema más general e infranqueable: buscar la razón de las decisiones y tomas de posición de la dirección cubana, sea en la voluntad de Fidel Castro, sea en la lucha entre "fidelistas"

y "comunistas", sea en la influencia de Khrushchev o Mao, o sea en cualquier otra persona o ente colocado en las alturas. Pero jamás, jamás, en lo que ocurre abajo, en el proceso vivo, real, hirviente, bullente del pueblo cubano, en sus opiniones y presiones, en sus movimientos y acciones, en sus decisiones colectivas. Para unos y para otros, la palabra "masas" tiene una acepción peyorativa y las "masas" son las que apoyan las ideas de tal o cual líder, pero nunca las que le imponen a tal o cual líder, la obligación de sostener esas ideas.

Ahora bien, exactamente esto último es lo que sucede, con una transparencia celeste, en Cuba.

Es singular que esa misma prensa haya visto en la expulsión de Aníbal Escalante una iniciativa exclusiva e independiente de Fidel Castro, una vez que "supo lo que ocurría". Sin embargo, el mismo Fidel declaró pocas semanas después, públicamente, que hacía meses que las masas estaban viendo lo que pasaba y que "si no tomábamos esta medida ahora, dentro de poco nos arrastraban a todos" ("arrastrar" es una expresión cubana que data del tiempo de la caída de Machado, cuando los individuos más odiados del régimen no sólo fueron apresados por el pueblo sino que fueron arrastrados por las calles). Si en lo de "arrastrar" hay una exageración polémica, no hay duda en cambio de que en ese momento existía una enorme presión de abajo en Cuba contra los abusos y las arbitrariedades de todo el equipo representando por Aníbal Escalante.

No hay otro proceso que permita explicar el desarrollo a saltos de la revolución cubana. Creer en el esquema de las decisiones tomadas exclusivamente en las alturas, a través de un misterioso don de "comunicación con las masas", es como aceptar el Génesis como la explicación científica de la "creación" del mundo.

Esto no significa negar, disolver, diluir el papel que desempeñan los dirigentes, sino explicar por qué y cómo pueden desempeñarlo, cuáles son las fuerzas en que se apoyan, cuáles son las presiones que los impulsan y le permiten actuar con mayor o menor rapidez, decisión, firmeza. Es cierto, por lo demás, que estas presiones se expresan y se manifiestan a través de dirigentes que les son afines; por eso, mientras algunos, en la misma Cuba, en cada decisión tienden a orientarse en el sentido en que viene la presión de abajo, otros tienden a ceder en el sentido en que se manifiesta la presión del imperialismo (que es real, existe, y no sólo a través de la flota que bloquea Cuba sino por diez mil canales ocultos en el juego de las fuerzas sociales en Cuba y fuera de Cuba), y otros reaccionan

invariablemente en el sentido en que se dirige la presión o la opinión de la dirección de la Unión Soviética. (En épocas de pactos nucleares mundiales, dicho sea de paso, estas dos últimas presiones hacen más de una alianza y de un frente común en Cuba; por ejemplo, para lograr la firma de Fidel Castro al pie del pacto).

Todo este juego interior de fuerzas resulta oscurecido en Cuba, para el observador acostumbrado a buscar en cada diario la representación de cada corriente de opinión, por el hecho de que la prensa cubana es pavorosamente igual: tiene ocho páginas por periódico, dedica seis a deportes, espectáculos y actividades corrientes de producción o de organizaciones, una a la información internacional y una —o menos— a comentarios o noticias propias, que varían ligeramente entre un diario y otro, pero donde sólo el ojo habituado puede distinguir los matices y las diferencias.

La prensa cubana es una calamidad nacional que causa más daños que el ciclón Flora. Más que un medio informativo, es una barrera defensiva contra la presión de abajo, un medio uniformativo que se permite discutir sobre crítica de arte o de cine, pero jamás disenter o criticar o proponer alteraciones en tal o cual decisión del gobierno. Esto es una evidente deformación de los principios socialistas, como lo es la existencia de una oficina, la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR), que controla toda la prensa y todas las ediciones y publicaciones, de modo que en Cuba no se puede imprimir sino lo que la COR autoriza. A esto hay que agregar que tampoco hay hasta ahora cuerpos electivos con delegados o diputados de la población trabajadora, como fueron los soviets en la revolución rusa, que permitan la expresión directa y organizada de lo que piensan los distintos sectores y corrientes de esa población sobre cada problema importante.

Y esto ya no tiene que ver nada con los principios clásicos de lo que se llama "dictadura del proletariado" (si los dirigentes cubanos quieren atenerse, al declararse leninistas, a lo que Lenin expuso en "El Estado y la revolución") sino con la sustitución de la opinión del proletariado por la de quienes dirigen y controlan los medios de difusión.

Pero también deben estar claras dos cosas:

Una, que hace mucho que el grado de democracia real existente en un país ha dejado de medirse —para personas medianamente inteligentes— por la prensa simplemente, sino por el conjunto de la vida social y por el poder real de la mayoría de la población sobre la producción, sobre el Estado y sobre sus cuerpos

armados. Y en ese sentido, real y concreto, no hay país hoy donde haya mayor democracia que en Cuba.

Otra, que aunque la prensa, la radio y la televisión endosen un uniforme a veces ni siquiera vistoso o combatiente, la vida real, la política real, existente en Cuba como en todas partes, se expresa en la diversidad de opiniones reales, y no ya sólo entre revolucionarios y contrarrevolucionarios, sino especialmente en el mismo campo de la revolución y en la misma dirección de la revolución.

No podría ser de otro modo, pues de lo contrario la revolución estaría muerta y pronta para ser enviada al museo.

En los capítulos anteriores están expuestas algunas de las principales cuestiones donde esas opiniones se manifiestan, en lo que podríamos llamar la política interior cubana. Pero esa derecha y esa izquierda —y por ende ese centro— que no osan decir su nombre, se expresan con considerable coherencia en todos los terrenos, tanto en la política nacional como en la internacional, pues es imposible ubicarse en un extremo en algunas cuestiones fundamentales y en el otro en las otras. Por lo demás, esa coherencia les viene del fondo social.

La situación de la revolución cubana no es sencilla. Bloqueada en el Caribe, con los pueblos a favor pero con los gobiernos en contra, bajo la presión de un aliado como la URSS cuya política no comparte en diversos aspectos, en medio de las divergencias chino-soviéticas, sostenida por otros aliados que lo son primero de Khrushchev que de la dirección cubana (¿o fueron vanas ocurrencias sin destinatario los discursos de Fidel Castro en el Congreso de Mujeres de Cuba en enero y en el aniversario del 26 de Julio?), la isla es un ejemplo de resistencia y heroísmo cuya dura profundidad no es fácil medir hasta el fondo, porque ni enemigos ni aliados han aprendido a penetrar hasta sus últimos y profundísimos estratos la decisión del pueblo cubano de no volver atrás y de no ceder, ni a las amenazas ni a las presiones.

Toda el alma colectiva del pueblo cubano, viviendo en medio de él, se la siente tendida hacia un fin: llevar adelante su revolución. Es algo que se toca con las manos. Esa tensión se manifiesta en la política. Cuba es una pequeña isla. Y el pueblo cubano entiende, y lo dice en cada uno de sus actos, que si ha podido sostenerse hasta ahora, es porque ha tenido el apoyo en el mundo. Y que si tiene un camino para resolver sus problemas, no es encerrado en su isla, sino extendiendo sus aliados, ante todo en América

Latina. Por eso los cubanos viven como cosa propia, por ejemplo, las alternativas de la revolución venezolana.

Pero no es sólo Venezuela. El pueblo cubano vive pendiente de lo que ocurre en el mundo, pero sobre todo en América Latina. A través de la información mala, deficiente o deformada que recibe (porque la contrarrevolución no sólo se presenta vestida de "marine" enemigo, sino también de comentarista o político "amigo" que considera al pueblo "no maduro" para conocer tal o cual noticia que a él o a sus mandantes no les interesa o conviene difundir), el pueblo cubano sigue apasionadamente el desarrollo de la revolución en América Latina. Tiene una convicción que la puede ver cualquiera que visite la isla: no hay salida duradera para Cuba, fuera de la extensión de la revolución en el continente.

Esa convicción es una presión gigantesca en toda la isla. Es una insensatez creer que el gobierno cubano puede actuar independientemente de esa opinión (en caso de que quisiera hacerlo).

No se puede medir lo que ocurre en Cuba ni juzgar el juego interno de las presiones sociales, por lo que sucede en un país capitalista. En éste, hay un más o menos complicado sistema de amortiguadores, entre los cuales el parlamento, todo el aparato administrativo estatal, los partidos políticos ligados a tales o cuales intereses; un más o menos sólido sistema de defensas, entre los cuales los cuerpos armados (ejército y policía) y las leyes en que se asientan; y un más o menos sutil sistema de diversivos, entre los cuales la perspectiva de hacerse una casita, de comprarse un automóvil, de arreglárselas por los propios medios aunque el mundo se hunda, todo esto espoleado por la propaganda comercial, por la prensa, por todo un sistema, en fin, de estimulantes y estupefacientes de todos colores.

En Cuba se acabó. Hay sólo la sensación, la convicción colectiva de que para salvarse, hay que salvarse todos juntos; de que para vivir mejor, hay que vivir mejor todos juntos, pues no hay otra manera. Pues mientras el funcionamiento social en los otros países alienta las tendencias a arreglárselas por sí mismo, el funcionamiento social en Cuba las combate espontáneamente, por su misma lógica interior.

Entonces ¿quién, por qué y cómo va a resistir la presión social que exige por mil manifestaciones diferentes pero unánimes, encaminar la revolución por tal vía y no por tal otra?

La dirección cubana, aunque creyera lo contrario, no podría oponerse frontalmente ni tendría los medios para hacerlo. Se da

el caso, además, de que en general no cree lo contrario. Es cierto, una dirección, un gobierno dispuesto a enfrentar abiertamente esa presión, se busca los medios para hacerlo: divide a la población con privilegios económicos para unos, crea un sector con sueldos elevados e intocables, respeta a los sectores que expresan tendencias de conservación social, sean éstos altos funcionarios, comerciantes o campesinos con grandes extensiones. En general, un gobierno de ese tipo no sólo crea esos medios sino que es ante todo producto de ellos.

Es claro que tiene relación directa con esto la polémica sobre los estímulos materiales y los estímulos morales, como alternativa de política salarial y económica.

Las medidas y la política aplicadas en Cuba van precisamente en todo el último tiempo en sentido contrario a los sectores socialmente más conservadores y, en consecuencia, las corrientes y tendencias que buscan apoyo en ellos van perdiendo base de sostén interior.

¿Existen? Sin duda, ya que Cuba no está sola en el mundo. Pero cada vez más, esas tendencias tienen que presentar un apoyo exterior, que a su vez encuentra un reflejo interno en hombres y sectores afines.

Por eso, cuando en el exterior se hacen conjeturas sobre la posición de Fidel Castro entre Mao y Khrushchev, haciendo malabarismos con cuestiones de ayuda económica y sentimiento revolucionario, sin tomar en cuenta la presión y la posición de fondo del pueblo cubano, no hay más remedio que tomarlas un poco en broma.

En la política internacional, la diferencia entre las tendencias fundamentales se manifiesta en torno a la revolución latinoamericana. No hace mucho, Ernesto Che Guevara declaró a "El Moujahid", órgano del FLN argelino, que la revolución latinoamericana es su "tema favorito".- Dentro de la dirección cubana, el Ministro de Industrias representa sin lugar a dudas la posición que se orienta francamente a "expandir la influencia de la revolución", como dijo en el reciente Encuentro Internacional de Estudiantes de Arquitectura en La Habana.

Pero esta orientación no puede menos que entrar en colisión con las necesidades de la política exterior de la Unión Soviética que, dentro de los términos del pacto nuclear con Estados Unidos, no tiene interés en una alteración del statu quo en América Latina que provocaría una reacción norteamericana tan violenta como la

de octubre de 1962 y pondría en cuestión toda la perspectiva de la coexistencia pacífica y de la construcción del comunismo en veinte años a través de la competencia económica con Occidente.

Esta línea de la dirección soviética tiene, como los tuvo siempre, sus representantes en Cuba. Que además son los mismos, pero con el agregado de diversas capas con un nivel de vida superior al promedio y que quieren una vida tranquila.

La divergencia chino-soviética no es anterior ni posterior a esta situación sino que es paralela. Por eso la posición cubana, afín a los chinos en diversas cuestiones, no surge de una decisión programática de Fidel Castro, sino, por una parte, de una situación de hecho de la revolución cubana y por la otra, de una presión interior irreversible e incontenible —porque no hay con qué contenerla— del pueblo cubano.

Sin embargo, la discusión entre el PC de China y el PC de la Unión Soviética ha introducido un nuevo elemento que, a pesar de las declaraciones de "neutralidad" de los cubanos, tiene cada día un peso mayor en la evolución interior de la dirección cubana y en la perspectiva futura de la revolución.

Cientos de conversaciones con soldados, obreros, campesinos, estudiantes, oficiales del ejército, empleados, en Cuba, sirven para confirmar que la simpatía por los chinos es general. De modo tal que la dirección de la revolución puede declarar, como hasta ahora, su neutralidad; pero no podría, en el supuesto caso de que quisiera hacerlo, pronunciarse contra los chinos, pues chocaría directamente con la opinión general. Y quien quisiera llegar a un choque tal, no tendría en Cuba un sector social suficientemente sólido, un aparato suficientemente independiente, donde apoyarse. Porque ésa es la revolución cubana vista desde abajo, y no desde las alturas.

Pero tampoco la revolución puede permanecer estática. Al contrario, cambia constantemente. Por eso, mientras el choque entre China y la Unión Soviética va ampliándose, abarcando todos los aspectos de la política de los países socialistas, va siendo cada vez más difícil para Cuba mantener el equilibrio.

Cuba necesita el comercio con la Unión Soviética. Pero para Cuba es imposible —ni la dirección lo aceptaría, a pesar de que toda una tendencia de derecha de la propia dirección lo ha propugnado abierta o veladamente— tomar el camino yugoslavo. El bloqueo y la agresión son cosa de cada día. La dependencia de la evolución de la situación latinoamericana es grandísima. La presión interior es enorme. La perspectiva de autosuficiencia económica es

impensable. Los sectores interesados en "estabilizar" la revolución pierden fuerza social con las últimas medidas sobre el campo, sobre abastecimientos, sobre salarios, y con el clima social general que existe en la isla. Los efectos del ciclón, en lugar de abatir a los cubanos, tendrán el inevitable efecto de otras dificultades: aumentar el odio hacia el bloqueo, aumentar el sentimiento de que para Cuba no hay coexistencia, aumentar la convicción de que, más todavía hoy con el desastre del ciclón, para Cuba no hay salida dentro de los límites de la isla.

Las destrucciones del ciclón pueden postergar un poco, pero sólo para hacerlas más explosivas, decisiones de fondo que están ante la revolución cubana. En la economía, en las inversiones, en los sindicatos, en la conducción de las empresas y del país en general, en la política internacional, dos caminos fundamentales y varias alternativas secundarias que giran en torno a aquéllos, se abren ante Cuba. Del mismo modo, dos tendencias fundamentales se delinean —aunque en público no lo hagan claramente— en la misma dirección. Hemos tratado de traer a luz las fuerzas internas y externas en que se apoyan y que a su vez las impulsan. Dentro de cada una de ambas tendencias, hay matices y corrientes diversas, pero la alternativa de fondo es objetiva, como lo son las fuerzas y la realidad que la determinan.

Hemos tratado además de mostrar la interrelación que existe entre uno y otro problema, entre una y otra solución a cuestiones aparentemente diversas.

Estos son los elementos para medir, tanto en su orientación como en su ritmo, los próximos pasos de la revolución cubana. Por una necesidad ineludible, interior y externa, independiente de la voluntad de cualquier líder, esos pasos van hacia América Latina y hacia China.

Cuál paso será primero y cuál después, es imposible de predecir. A través de qué crisis interiores, también. En cambio, hacia dónde irán, sólo los ilusos o los ilusionados pueden dejar de verlo. La revolución cubana les prepara nuevas sorpresas, nuevas desilusiones y nuevos golpes, pues es sabido que quien no tiene cabeza para prever, debe tener espaldas para aguantar.

capítulo VI

PLANIFICACION

NACIONAL E INTERNACIONAL

El organismo central de planificación en Cuba, que correspondería al Gosplán en la URSS, es la Junta Central de Planificación (Juceplán). Allí se proyectan y se elaboran el plan perspectivo y el plan anual de la economía cubana. Hasta ahora, las cifras de los planes anuales han sido largamente aproximativas, no sólo por la falta de experiencia de planificación en Cuba, sino sobre todo por la incertidumbre en cuanto a los objetivos del plan y a las perspectivas de la construcción económica que han variado en años sucesivos.

Uno de los factores que ha acentuado esta inestabilidad ha sido la ausencia, en la elaboración de los planes, de ese gran elemento estabilizador y regulador que es la intervención de la opinión de la población. En esto, Cuba ha seguido los métodos de la Unión Soviética, entendiendo el plan como un programa económico que elabora la dirección en las alturas, y en el cual la base tiene sólo una participación meramente formal y limitada.

Una de las razones que se dan para esto, es el carácter técnico-económico de las decisiones que implica el plan, cuya apreciación no estaría al alcance de los conocimientos del hombre corriente, no especializado en la materia. La práctica en Cuba es que las grandes líneas del plan son elaboradas por el gobierno revolucionario en discusiones a puertas cerradas. Cada ministerio, dentro de esas líneas, hace luego su plan particular y los planes para sus empresas. A su vez, éstas discuten cada una su plan y lo reenvían hacia arriba al ministerio respectivo. De allí, vuelven los planes al Juceplán, y con todos estos elementos, el gobierno da forma definitiva al plan central. Este es, en líneas muy generales el procedimiento.

En este esquema la participación de los trabajadores en la elaboración del plan se realiza, teóricamente, al nivel de la empresa

donde trabajan, pues se afirma que allí estarían en condiciones de discutir y hacer proposiciones con conocimiento de los problemas, que son los de su trabajo cotidiano en la empresa, cosa que no sucedería con las grandes líneas del plan.

En la realidad, el proceso ocurre de manera diferente.

Los trabajadores, en general, muestran poco interés en discutir el plan de producción. Circunscripta la discusión a los marcos de su empresa, el plan aparece como una completa abstracción. Pueden discutir y conocer un pequeñísimo arco de la curva, pero no pueden juzgar la curva entera. Y en esas condiciones, sienten que tampoco tienen elementos de juicio reales para juzgar sobre el pequeño arco que se les asigna. Pueden discutir si producirán tanto o cuanto en el año, a tal o cual costo. Pero no se sienten atraídos por tal discusión, que no les dice absolutamente nada, y en la cual sienten que no deciden absolutamente nada de importancia, que es una consulta de pura fórmula, tratando de atraer paternalmente su interés.

En consecuencia, desertan de las llamadas "asambleas de producción". Esta deserción de las asambleas, que es indirectamente una forma de expresar descontento y protesta por el método empleado, es considerada a su vez por los defensores del método como la prueba concluyente de que a los trabajadores no les interesan los problemas de planificación ni los comprenden, y que sólo se preocupan por su salario. Encuentran entonces un argumento más para justificar la necesidad de interesarlos en la producción a través de una política de estímulos materiales. Y la tendencia que en la dirección se opone a estos estímulos, pero al mismo tiempo coincide en aceptar semejante método limitado y parcial de supuesta "consulta" a los trabajadores sobre el plan, queda desconcertada y se siente huérfana del apoyo de los obreros para sus posiciones, porque los obreros no aceptan interesarse en el plan en la forma paternal en que se lo presentan.

Y sin embargo, la cuestión de las cifras y proporciones centrales del plan es básica en Cuba, como en cualquier país socialista, y debería interesar en el más alto grado a la población y contar con su participación. ¿Es posible esta participación sin conocimientos técnicos especializados?

En realidad, la decisión sobre las proporciones fundamentales del plan no es un problema técnico económico, sino ante todo un problema político. Y como tal, corresponde a la población decidir qué es lo que quiere.

Teniendo el Estado en sus manos lo esencial de los medios de producción y en particular del sector decisivo, la industria, el plan decide ante todo: 1) cuál será la proporción entre el fondo de acumulación (inversiones, educación, infraestructura, etc.) y el fondo de consumo (sueldos, salarios, pensiones, etc.) en un período dado; es decir, qué parte de los recursos se destinará a reinversión, y qué parte irá al consumo de la población; 2) cuál es el destino y la proporción en que se distribuirá el fondo de acumulación entre las distintas ramas de la economía (industria, agricultura, inversiones productivas e improductivas, etc.); 3) cómo se distribuirá el fondo de consumo entre las distintas categorías de la población (obreros, empleados, campesinos, funcionarios); 4) cuáles son los medios con que cuentan, la población y el Estado para corregir el plan en el curso de su aplicación, dado que todo plan no pasa de ser una hipótesis de trabajo, que es necesario verificar, corregir o rectificar a medida que se va aplicando.

En un país capitalista, todas esas proporciones se deciden ciegamente a través del juego del mercado, sobre el cual inciden la acción de los monopolios, el Estado, la lucha de clases, el mercado mundial, etc. En un Estado basado en la economía estatizada y planificada, esas proporciones las fija de antemano el Estado mismo a través del plan, teniendo en cuenta todos los factores que inciden sobre la economía del país pero contando con la palanca esencial del plan para intervenir y dirigir.

Pero esas proporciones jamás se fijan por razones técnicas abstractas, sino ante todo por razones políticas. Por ejemplo, todo aumento del fondo de inversión a expensas del fondo de consumo significa, para la población, un sacrificio del presente sobre el porvenir. Hasta dónde ese sacrificio, más allá de cierto límite indispensable, será aceptado y es necesario, es una cuestión a la que sólo puede responderse en términos políticos. Del mismo modo, si la dirección del Estado prevé una larga etapa de coexistencia pacífica internacional, hará determinada distribución de los fondos de inversión; si prevé una invasión inevitable o una guerra dentro de determinado plazo hará otra. En ambos casos, se trata de una decisión política, no simplemente económica.

Esas son, precisamente, las cuestiones políticas que la población cubana debe considerar apasionante, permanentemente, cada día, y no la cantidad de tornillos o de palas que producirá la fábrica donde cada uno trabaja. Si la población puede opinar libremente, sin que ningún "dirigente" venga a acusar de "contrarrevolucionario" o de

“divisionista” a quien expresa una opinión diferente de la dirección; si tiene los organismos o los representantes directos para hacer oír esa opinión y decidir en estas cuestiones, estará fijando los criterios del plan y lo sentirá así. Entonces, conociendo y opinando sobre toda la curva, encontrará un sentido al pequeño segmento que significa el plan de su empresa, e intervendrá en éste con un entusiasmo desconocido en las actuales condiciones.

De otro modo, las asambleas de producción continuarán, como regla general, sin asistentes, y los Consejos Técnicos Asesores —consejos obreros elegidos a partir de 1961 para intervenir con su opinión en la dirección técnica de la empresa, asesorando al director designado por el Estado— seguirán siendo una ficción, un fantasma en el papel, o directamente no existirán, como ocurre hoy en la mayoría de las empresas cubanas.

Hoy la población cubana no interviene todavía en la decisión de los problemas fundamentales de la planificación y de la economía, salvo bajo la forma de su presión social general y difusa. Dicho esto, hay que insistir una vez más en que, aun así, siendo el Estado revolucionario el que decide y no teniendo ese Estado intereses de clase antagónicos con los de los trabajadores, sus decisiones de todos modos reflejan infinitamente más los intereses de éstos que el funcionamiento de la economía de cualquier país capitalista del mundo, organizado contra ellos y sobre la base de la ganancia privada y de la competencia capitalista.

la autogestión

En la dirección cubana no ha aparecido ninguna tendencia de peso que defienda la aplicación de la autogestión, como en Yugoslavia o en Argelia.

La tendencia de derecha, que defiende el estímulo material, no tiene interés en cambio en la autogestión, en la medida en que ésta, aun muy indirectamente, significa una mayor participación de los trabajadores en la dirección.

Comprende, por otra parte, que la autogestión en el clima de la revolución cubana sería interpretada y aplicada por la base sobre todo en ese sentido, antes que en el del interés material directo.

La tendencia que defiende la centralización ve, con razón, que la autogestión a la yugoslava —y aun a la argelina— significa debilitar la conducción centralizada del Estado en la economía e in-

producir sobre todo el principio del interés material para interesar a los obreros.

Por otra parte, el impulso revolucionario de abajo que en otros países fue determinante en el nacimiento de la autogestión obrera—independiente de su utilización posterior por la dirección del Estado— en Cuba se concentró sobre todo en la nacionalización de las empresas y en la consiguiente transformación de la economía en una economía socialista.

En efecto: en Yugoslavia la autogestión surgió, entre otras cosas, de la necesidad de la dirección titoísta, en 1950, de estimular el apoyo de las masas en su conflicto con Stalin a partir de 1948. En su origen fue una medida que tendía a una mayor intervención de los trabajadores en la conducción de la economía, pero que rápidamente, al no ser encuadrada dentro de una intervención política de los trabajadores en la dirección, fue desviada hacia la concepción actual de descentralización de la economía y de semicompetencia entre las empresas del Estado.

En Polonia, los consejos obreros surgieron también, y ante todo, como un hecho político, no como un deseo de participación en la dirección económica y técnica de la empresa. Aparecieron en 1956, para sostener el “Octubre polaco”, cuando los obreros de Varsovia ocuparon las fábricas por tres días hasta que quedó asegurada la derrota de la fracción stalinista de los “natolinianos” en el Comité Central del Partido Comunista, e impuesta la nueva dirección de Gomulka. Posteriormente, la propia dirección Gomulka fue cercenando los atributos políticos de los consejos, alterando su composición y su forma de elección y sobre todo encerrándolos en tareas de simple administración de las empresas, con lo cual los trabajadores, les retiraron paulatinamente su apoyo y su interés.

En Argelia, el origen de la autogestión fue la acción de los trabajadores ocupando empresas y dirigiéndolas ellos mismos, que era el modo de exigir la nacionalización y el establecimiento de un Estado proletario basado en la economía nacionalizada. Pero, a diferencia de la dirección cubana, la dirección de Ben Bella no recibió y canalizó esa fuerza hacia el derribamiento del capitalismo directamente, sino que la desvió en la actual forma de la autogestión, concebida ante todo como una estructura de administración económica de las empresas basada en el principio del interés material y de la competencia en el mercado, a la yugoslava, con la diferencia de que en Argelia, al contrario de Yugoslavia, no ha sido establecido un poder obrero en el Estado.

En Cuba, la tendencia a la intervención de los trabajadores se manifestó en la ola de ocupaciones de empresas, particularmente en 1960, que fueron la base de las posteriores nacionalizaciones dictadas por el gobierno revolucionario y de la consiguiente transformación de Cuba en un Estado proletario. La ola de ocupaciones, espontánea, partió desde abajo. La dirección de Fidel Castro, ante el hecho, aceptó la presión de las masas y siguió el camino socialista, cuando anteriormente no estaba en sus concepciones ni en su programa dicha salida. La movilización no fue desviada por la dirección en un sistema de autogestión, fábrica por fábrica, dentro de una estructura aún capitalista del Estado y del mercado, sino que se centralizó en definitiva en el establecimiento de un nuevo tipo de Estado, ya preparado por toda la lucha anterior, la caída de Batista y la destrucción del viejo ejército. Las masas cubanas hallaron una dirección sensible a sus deseos, a sus iniciativas, y siguieron adelante en la vía de las nacionalizaciones, que transformaron a la revolución en una revolución socialista sin que su dirección se lo hubiera propuesto de antemano¹.

Ese impulso de abajo tenía lugar en medio de una confianza general de los trabajadores cubanos en Fidel Castro y en su equipo. Y como este equipo respondió, decretando las nacionalizaciones y avanzando en la vía socialista, el impulso se centralizó en el establecimiento del nuevo Estado. Por otra parte, los obreros sentían que estaban participando en la decisión a través de esas medidas, centralizaban su espíritu en la dirección del Estado, encabezada

(1) No hace casi falta repetir que esa transformación no fue preparada ni prevista por los comunistas cubanos. Al contrario, la consideraban una aventura y estaban contra ella, en 1959 y 1960. Todavía, el 21 de agosto de 1960, en plena ola de nacionalizaciones que culminarían con los decretos de octubre, Blas Roca decía en la VIII Conferencia del Partido Socialista Popular: "La revolución cubana no es una revolución comunista; es antimperialista y antilatifundista." "Las tareas históricas presentes de la revolución, por su contenido económico y social, son antimperialistas, nacionalizadoras, antilatifundistas, progresistas populares y democráticas. Las clases sociales que están objetivamente interesadas en la realización de esas tareas históricas, son los obreros, campesinos, las capas medias cubanas y la burguesía nacional." Pocas semanas después de esta "orientación" el gobierno de Fidel Castro, bajo la ola de ocupaciones de empresas y manifestaciones que estaban liquidando a la burguesía nacional, dictó los históricos decretos de octubre que liquidaron los fundamentos de esa clase social en Cuba, "interesada objetivamente", según Blas Roca, en la revolución. También aquí la posición defendida por el P.S.P. iba directamente contra el desarrollo de la revolución.

por Fidel Castro que llevaba una lucha firme contra el imperialismo y que respondía a las iniciativas de abajo, y no sentían entonces la necesidad inmediata de comités en la misma forma que, por ejemplo, en Polonia. No es que no hubo la tendencia a constituirlos, sino que no se presentaban en ese momento como el problema central. El Estado recibía el impulso y lo lanzaba en la lucha cotidiana contra el imperialismo.

También allí los trabajadores comprendían que su destino, y como parte de él su nivel de vida material, no se decide a nivel de la empresa, sino de la política nacional.

La presión y la intervención de las masas cubanas, siempre ha tendido a ejercerse centralizadamente, sobre Fidel Castro y el centro de su propio Estado. En la dirección cubana, en último análisis, es la tendencia a la centralización de la economía la que expresa la presión de la base hacia una participación directa en las decisiones económicas centrales. Pero lo expresa indirectamente, porque al mismo tiempo no ofrece a la base los organismos que le permitan esa participación. Esta es, en el mejor de los casos, tarea del futuro. Así el Ché Guevara, defendiendo la centralización desde el punto de vista de las necesidades de la técnica moderna, decía en diciembre de 1962: "La acción del hombre debe realizarse en todas las grandes industrias modernas, centralizadas y automatizadas, fuera de la producción. En el futuro, la voluntad de los hombres se expresará a través de los organismos políticos que se vayan creando y que determinen entonces los tipos de producción que se necesiten para un país".

Pues así como no ha aparecido en la dirección cubana ninguna tendencia —por lo menos abierta— que defienda la autogestión, tampoco ha aparecido ninguna que tienda a desarrollar ahora los organismos que en una democracia socialista manifiestan la voluntad de la población: soviets, consejos obreros, sindicatos independientes del Estado, etc.

Esto incide también en Cuba contra el equilibrio de la planificación y multiplica los efectos y la duración de los errores que puede cometer —y que comete, como ella misma lo ha reconocido a posteriori repetidas veces— la dirección.

Las masas no sólo carecen de los organismos políticos para opinar y decidir sobre las proporciones y la estructura del plan. Tampoco los tienen para corregir el plan en el curso de su aplicación, para señalar los errores que van surgiendo, para indicar las

desproporciones a tiempo. De esto resulta que los errores y desproporciones, cuando se corrigen, ya han estado actuando durante un período mucho más largo del necesario y terminan presentándose bajo la forma de pequeñas crisis en tal o cual sector, con todo el despilfarro que significa siempre una crisis. Pero la dirección carecía de los medios para darse cuenta antes de hechos que desde abajo eran vistos por sectores enteros de la población trabajadora: por ejemplo, los errores cometidos con la matanza de hacienda en el primer período de la revolución, los errores del desmonte de extensiones enormes de caña que luego debieron volver a cultivarse, o los errores más elementales de mala ubicación de fábricas, instalaciones, cultivos, etc., que no se ven desde las oficinas del plan pero que los obreros y campesinos indicaban en críticas y comentarios que no tenían y no tienen los medios para llegar hasta arriba con peso de decisión.

los sindicatos y el fondo de consumo

La situación de los sindicatos también incide sobre el equilibrio de la planificación. El plan no está sometido al mercado, sobre todo en una economía centralizada como la cubana. Pero el plan se realiza a través del mercado y es a través del mercado, de la intervención del estado y del juego de las fuerzas sociales —y no solamente de las cifras previas del plan— donde se decide la proporción en que se distribuirá el fondo de consumo entre las diferentes categorías de la población.

Aunque el plan fije en grandes líneas esas proporciones, y el Estado las controle al controlar precios y salarios, es luego el juego del mercado —el oficial y el no oficial— quien les da forma definitiva.

En el mercado, el campesino productor interviene con los precios de sus productos, y tiene muchas formas de discutir esos precios, no sólo a través del mercado libre sino también a través del aumento o disminución de la producción. De ese modo discute su participación en el fondo de consumo, y defiende y trata de aumentar su parte, aunque esta haya sido fijada a priori en el papel por el plan.

Por su parte, los funcionarios estatales están representados por el propio Estado, no sólo a través de la fijación de sus sueldos sino también por la permanente presión que ejercen los sectores buro-

cráticos para aumentar su parte a través de formas "invisibles", como son una serie de privilegios adjuntos a la función o que se agregan arbitrariamente a ella: automóvil, apartamento, viajes, comidas, etc.

En tercer lugar, la clase obrera —que es, por definición, la clase central, el pilar del Estado proletario— debería tener los sindicatos como medio normal de defender en el mercado y en el juego de las fuerzas sociales, su parte en el fondo de consumo. Esta función económica de los sindicatos es una necesidad en la medida en que aun existe economía de mercado y en que existe el salario como forma de reparto. Pero la forma de funcionamiento de los sindicatos en Cuba, sin hacer desaparecer esa función, la traba, la impide en muchos casos, y de este modo disminuye las defensas y la fuerza del proletariado para intervenir en la distribución del fondo de consumo.

Esta situación no es meramente un perjuicio económico para la clase obrera, sino que significa una deformación y un impedimento para la aplicación armónica y equilibrada de cualquier planificación.

Teóricamente, es el propio Estado quien defiende la parte de la clase obrera en el fondo de consumo. Pero la práctica, desde la revolución rusa hasta la revolución cubana, ha demostrado, en primer lugar, que son necesarios los sindicatos frente al propio Estado; y en segundo lugar, que el Estado, fuera de un control directo de los trabajadores sobre él, por ejemplo a través de instituciones como los soviets de la primera etapa de la revolución rusa, defiende sí los intereses históricos del régimen proletario, pero en el juego de las fuerzas sociales inmediatas, cotidianas, dentro de esos intereses históricos, defiende en primer lugar las posiciones y los intereses económicos inmediatos, concretos, de los funcionarios, de la burocracia estatal, partidaria y sindical.

Y esos intereses, dentro del marco del Estado revolucionario, son contrapuestos a los de los trabajadores, por ejemplo en cuanto a las proporciones en que se distribuye el fondo de consumo. Más aún: fuera de un control directo de los trabajadores, que sólo puede ejercerse a través de la política, también las proporciones entre fondo de consumo y fondo de inversión, y las proporciones dentro del fondo de inversión tienden a ser resueltas por la burocracia estatal bajo la guía y la presión de sus propios intereses, decidiendo según lo que resulte más beneficioso para ella. No es el caso de discutir si esta es una actitud consciente y deliberada; lo que im-

porta es que también aquí la existencia determina la conciencia.

Ninguno de estos problemas se discute públicamente en Cuba. Sin embargo, son éstas en realidad, unidas a los problemas de la política internacional que están estrechamente ligadas con las decisiones económicas, las cuestiones que están en el fondo de todas las discusiones sobre la planificación en Cuba.

Sin embargo Cuba ha entrado al campo socialista como un elemento acelerador de un proceso común a todos estos países: la presión y la lucha de las masas por intervenir directamente en la dirección del Estado. Este proceso toma formas aparentemente contradictorias, y que a veces son presentadas como contrapuestas, pero que tienen una unidad fundamental. En China, toma la forma de las comunas. En la Unión Soviética, aparece como la lucha contra el stalinismo y sus continuadores. En Hungría y Polonia, apareció con los consejos obreros y la resistencia al sometimiento, a los intereses de la dirección soviética. Los dirigentes —Khrushchev, Kadar, Gomulka...— desvían ese proceso, tratan de meterlo dentro de los canales de su política, pero no pueden ignorarlo, negarlo ni hacerlo volver atrás. En la medida en que siga fortaleciéndose y sus formas se entrelacen, a comenzar por China y la Unión Soviética, tampoco podrán desviarlo o amoldarlo como hasta ahora. El proceso mismo, parte de la revolución de nuestra época, terminará por imponerse y por darse sus propios dirigentes.

Cuba es parte de todo esto. La revolución cubana nació ya bajo el signo de este proceso. Contribuyó a acelerarlo con su presencia, con sus métodos, con la intervención de las masas que marcó desde el primer momento y continúa marcando el vigor y la frescura de la revolución. A su vez, Cuba ha recibido la influencia de los métodos burocráticos, de no intervención de los trabajadores, existentes en otros países socialistas. Pero en la contradicción permanente entre ambas tendencias, es la presión de abajo la que en cada momento decisivo termina por imponerse y continúa abriendo paso al avance de la revolución cubana misma.

división del trabajo y planificación internacional

En el terreno de la planificación de la economía, esa contradicción no se manifiesta solamente en el plano interno, sino también en el plano internacional. Ha tomado diversas formas, una de ellas, la lucha entre la tendencia al sometimiento de la economía de los nuevos países socialistas a los intereses nacionales de la Unión So-

viética y la tendencia a la planificación internacional e igualitaria de todos los países socialistas.

Los nuevos pasos dados en la vía de la llamada "división internacional socialista del trabajo", se deben a que ni las fuerzas sociales ni las fuerzas productivas de los países socialistas, en particular de Europa Oriental, aceptaban ya las formas stalinistas de sometimiento de sus economías a la soviética, y a la vez la planificación autárquica de cada país.

Sin embargo, la "división internacional socialista del trabajo" dista mucho de ser una planificación internacional e igualitaria. Es en realidad un ajuste entre las economías de los países de Europa Oriental y de la Unión Soviética, una división del trabajo, una racionalización, un acuerdo entre los distintos planes, pero manteniendo cada país, en lo esencial, su planificación separada y encerrada en los límites de sus fronteras.

Las relaciones entre las distintas economías tienen una base esencialmente comercial. Los que rigen y determinan, en las relaciones mutuas, son los precios del mercado mundial. En la esfera interna de cada país, si a través del juego del mercado y de la acción de la ley del valor penetra la presión del mercado mundial, en cambio el Estado, por medio del plan, interviene, regula, controla y altera ese juego y esa acción.

Pero si se toma los países socialistas como un bloque, y las relaciones entre ellos mismos, ese tipo de intervención está enormemente amenguado, pues el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) es más un órgano coordinador que un órgano planificador, y cubre sólo una parte del campo socialista. Entonces penetra toda la presión del mercado mundial capitalista. Esa presión, además, no sólo entra por la falta de planificación común y por las relaciones comerciales basadas inevitablemente en los precios del mercado mundial (en el cual todavía son dominantes las economías de los países capitalistas avanzados). Entra también porque cada país socialista comercia por su cuenta con los países capitalistas, y, cuando el gobierno lo cree conveniente, contrapone ese comercio al comercio con los otros países socialistas, lo utiliza como elemento de competencia con ellos. (Dicho sea de paso, a través de la autogestión a la yugoslava esa competencia penetra hasta el fondo mismo del propio Estado obrero). Como cada gobierno, y cada burocracia estatal dirigente como capa social específica, tiene sus intereses propios, basados en su propia economía, en sus propias industrias y agricultura (de donde saca su parte del producto nacional, sus

“estímulos materiales” y demás), y las relaciones económicas entre los respectivos países están basadas en formas predominantemente comerciales, esos intereses tienden a expresarse bajo formas comerciales. Y la presión y la influencia del mercado mundial capitalista, tienen un campo propicio para encontrar, bajo formas comerciales, aliados transitorios en la dirección de un Estado obrero contra otro u otros. La alianza se basa en una alianza de intereses, que a pesar de tener bases sociales diferentes y contrapuestas, encuentran un terreno común de entendimiento porque en última instancia se trata de intereses de sector, de grupo, intereses capitalistas por un lado, intereses de capa que usufructúa una situación de privilegio dentro del Estado proletario por el otro y que como tal es un resabio del pasado capitalista y un reflejo de la subsistencia del capitalismo en el mundo.

Esta situación es inevitable en la medida que los intereses particulares de la dirección de cada Estado obrero, los intereses de los administradores y de las capas favorecidas por los “estímulos materiales”, son los predominantes en la política exterior e interior del Estado, y en que esos intereses hallan un terreno fértil para expresarse en las formas comerciales de relación entre países socialistas, formas en las cuales el mercado mundial capitalista encuentra una ancha brecha abierta para su influencia (del mismo modo como la encontraría, dentro de cada Estado obrero en particular, con la supresión del monopolio del comercio exterior y de la planificación centralizada).

La alternativa a esta política sería la planificación internacional centralizada de todos los países socialistas: un plan único, integrado por los distintos planes internacionales (sometidos al plan único), conforme a los intereses y a las necesidades del conjunto. En realidad, la esencia de la economía de transición al socialismo en la cual se hallan todos estos países es la planificación centralizada y la integración de sus economías en un conjunto único. Es seguro que Lenin jamás pudo imaginar que, existiendo catorce países socialistas, éstos tendrían catorce planes diferentes y catorce economías separadas por fronteras nacionales, unidas por una simple “división del trabajo”.

No es la ausencia de medios técnicos, sino los problemas políticos, lo que impide la existencia de un plan único. Es evidente, por ejemplo, que la política de coexistencia pacífica con el mundo capitalista no admite la planificación centralizada y única de todos los países socialistas, pues una de las reglas de la coexistencia es

justamente permitir la penetración —hasta cierto punto— de la competencia comercial en el campo socialista. El mundo capitalista exige esto como una condición, y al mismo tiempo vería —con razón— en la planificación única un bloque masivo y centralizado alzado como una amenaza directa a su supervivencia, y reaccionaría en consecuencia.

Cuba ha ingresado a este sistema de países socialistas en transformación, pero con estas características. Actualmente, las líneas fundamentales de su planificación, a través del sector decisivo del comercio exterior, están subordinadas a esta división internacional del trabajo. Y de este modo, también lo están a la línea general de coexistencia pacífica, a pesar de las reservas o de las divergencias que con ella puede tener la dirección cubana o parte de ella.

Por otra parte, todas las discusiones y los trabajos teóricos de los dirigentes cubanos aceptan como punto de partida esa división internacional del trabajo. En ningún momento han planteado el problema de la planificación internacional centralizada.

Es difícil que esta alternativa no haya entrado en los cálculos y en las discusiones de lo que hemos llamado la “tendencia centralizadora”. El desarrollo lógico de su posición debería ser el plan internacional único y centralizado, a través de un organismo común de todos los países socialistas. El mismo peso del comercio exterior y del mercado mundial en la economía cubana, así como su situación internacional, lleva naturalmente a ver los problemas de planificación en términos internacionales. Pero en la forma críptica y alusiva en que se desarrollan las discusiones en Cuba —por lo menos la parte que trasciende fuera del equipo más restringido de dirección— está fuera de todo cálculo que nadie salga a plantear, aun teóricamente, semejante alternativa en el período inmediato.

Pero al mismo tiempo, solo la existencia en perspectiva y en potencia de esta alternativa en el pensamiento— expreso o no— de una parte de la dirección, y sobre todo su existencia en la tendencia de las masas de Cuba a unirse con los verdaderos fondos de muchas polémicas y discusiones aparentemente abstractas, bizantinas o carentes de importancia, en las cuales los bandos opuestos despliegan una tenacidad y un apasionamiento que no guardan relación con la importancia del centro aparente de la discusión.

El desarrollo de la discusión chino-soviética, el desarrollo de la discusión interior en la propia Unión Soviética, en Checoslovaquia, en Alemania Oriental, y la eventual incorporación de nuevos países al sistema socialista, llevarán cada vez más a plantear estos proble-

mas en sus términos reales, cualesquiera sean las consecuencias políticas de tal planteamiento.

Pues la discusión en el fondo, no es económica, es política. Y los protagonistas de la discusión, las fuerzas que en definitiva decidirán su salida, no son los que aparecen en primer plano, sino las grandes masas que, aun sin poder todavía decidir a través de discusiones organizadas, están decidiendo con sus acciones cuál es el curso que la dirección puede seguir, y cuál no.

Por eso son fútiles los intentos de presentar la discusión sobre planificación y los problemas de la planificación cubana, como problemas meramente teóricos, como cuestiones de "buen sentido revolucionario". Es fútil tratar de explicar la situación en Cuba en la "división internacional socialista del trabajo" por el mero hecho de ser productora de azúcar, o la proporción entre industria y agricultura u otras estructuras del plan, por condiciones geográficas, históricas o aun meramente económicas, por el juego del mercado mundial o por la acción de la ley del valor. Todas esas consideraciones sólo son válidas una vez que se ha comprendido que la decisión fundamental, en este como en todos los casos, es política. Y a su vez, comprender esto permite comprender, poniéndolas sobre sus pies, todas las discusiones aparentemente económicas o teóricas que son sólo el reflejo invertido y borroso de los problemas políticos de fondo que enfrenta la revolución cubana y todo el campo socialista. Este era el método de análisis de Marx, y también de Lenin, aunque no sea el de muchos "marxistas-leninistas" de hoy.

capítulo VII

CUBA EN OCTUBRE

la espera en armas

“A las armas”. Un cartel rojo con un civil enarbolando una metralleta y solo tres palabras en grandes letras blancas: “A las armas”, apareció cubriendo todas las calles de La Habana el martes 23 de octubre de 1962. Desde las 18 horas del día anterior, Cuba estaba en pie de guerra. Kennedy había lanzado la amenaza de invasión y Fidel Castro había llamado a la movilización general. El cartel —un color, tres palabras y un gesto— sintetizaba la reacción instantánea del pueblo cubano. Desde allí, hasta los momentos culminantes de la crisis de octubre, ese pueblo vivió, protagonizó y marcó en la historia uno de los momentos culminantes del desarrollo de la confianza de la humanidad en sí misma en este siglo.

Fue como si una larga tensión contenida se aflojara, como si todo el país como un solo cuerpo dijera: “¡Por fin!”. La larga espera de la invasión, la guerra de nervios, los pequeños ataques, los desembarcos de espías, el bloqueo, todo eso estaba atrás. Ahora era la hora de la lucha, y todo el mundo se largó a ella en cuerpo y alma.

Es difícil de imaginar el grado de armonía, de humanidad, de fervor que puede alcanzar un pueblo en tales momentos culminantes. Toda Cuba dijo “A las armas”, y empuñó las armas. El periodismo, la propaganda, la lentitud burocrática, la rutina, todo quedó a un lado. Cuba entera parecía un solo hombre y un fusil.

El día 23, el ejército y todas las milicias estaban movilizados. Las unidades de combate de las milicias comenzaron a salir para el interior del país. Las unidades de defensa popular se distribuyeron por toda La Habana. Decenas de miles de hombres y mujeres que no estaban hasta entonces en las milicias, se presentaron volun-

tariamente y comenzaron su instrucción. Toda Cuba era un campamento militar en pie de guerra.

Pero al mismo tiempo toda Cuba tenía un fin colectivo: enfrentar la invasión, defender la revolución en peligro. Y en esos días cruciales, el pueblo cubano aprendió a conocerse a sí mismo en un grado en que no había podido hacerlo antes.

No hubo la menor sensación de temor ni de alarma. El alarmismo, expresión de inseguridad y de temor, se manifiesta en estos casos en mil maneras: la primera, por ejemplo, la corrida a comprar víveres para la familia. En Cuba no hubo nada de esos. No simplemente porque hubiera racionamiento, sino que a nadie se le ocurrió pensar en su persona o en su familia como algo separado del destino colectivo. Ante la amenaza directa, inmediata, de invasión por la nación militarmente más poderosa de la tierra, situada allí en frente a 90 millas, contra una pequeña isla de siete millones de habitantes ¿quién va a correr a comprar víveres?

Todo individualismo, todo egoísmo familiar, toda solución privada, quedaba anulada y absorbida por la magnitud inmensa de la lucha que se acercaba. Pero no sólo eso, sino también porque en Cuba, como sólo ocurre en las grandes épocas de la historia, toda la población tenía un objetivo común, veía claro, la lucha se presentaba nítida y definida, la pequeña política había sido barrida, y todo era límpido y neto: los fusiles nuestros contra los de ellos. Y el mundo, cuando un pueblo puede verlo a través de la mira de su propio fusil, aparece simple y claro.

La revolución cubana es un fervor cotidiano. Por encima de los problemas internos, de los buscadores de privilegios, de los que pretenden imponerse a los trabajadores, de los contrarrevolucionarios disfrazados de burócratas, el fervor revolucionario sigue dominando la vida cubana, dando el tono y el color a todo, después de cinco años de revolución. Pero en los días de octubre, ese fervor alcanzó una pureza limpia de toda mezcla. Las mejores condiciones del alma humana, la generosidad, la fraternidad, la igualdad, salían plenamente a la superficie ante la magnitud de la lucha, y ante la revolución y el país entero en peligro de aniquilamiento, y dejaban a un lado todo lo que es limitado, privado, egoísta, separado de los destinos colectivos no ya del país sólo, sino de la humanidad entera. Porque Cuba vivió esos días no como un país que defiende su existencia, sino como una parte de la humanidad que lucha por su futuro. Y los vivió concientemente. Nadie, nunca más, podrá

borrar esa experiencia de la memoria y del alma del pueblo cubano, y con él de la humanidad entera.

La inmensidad de la amenaza: barrer la isla del mapa con bombas atómicas, estaba destinada a sembrar el terror, a infundir un sentimiento de desesperación y aplastamiento que postrara al pueblo cubano y lo entregara indefenso, paralizado, a una invasión. Había que estar en Cuba para ver lo que significaba, desde adentro, la amenaza de que Estados Unidos se preparaba a un bombardeo atómico sobre la isla. Y nadie en Cuba dudaba de que el ataque, la invasión y el bombardeo venían.

Pero la amenaza, y su misma magnitud, tuvieron el efecto contrario. Los que la blandían ignoraban —ignorán aún— con qué fuerzas se enfrentaban.

La reacción del pueblo cubano no fue defender la familia, la casa o los hijos. No fue la respuesta de quien deja que el estado haga frente, y trata de salvar su casa o su vida familiar y privada. No fue la reacción ante una guerra común y corriente.

El pueblo cubano sintió que estaba defendiendo su vida nueva, su existencia colectiva, todo lo que había conquistado y descubierto: la igualdad, la fraternidad, la palabra “compañero”, la condición de seres humanos dueños de su destino. Sintió —literalmente, sin literatura— que perder esa vida, era mucho peor que perder la existencia física misma. Y sacó del fondo de su alma individual y colectiva recursos de coraje inagotables, que ni él mismo sabía que estaban allí.

Cuando eso entra en juego, el miedo no aparece. El terrorismo fracasa, o más bien provoca el efecto opuesto al que busca: unifica, galvaniza, enardece.

Pero más aún, el pueblo cubano sintió y vio que tenía en sus manos —no en manos de un estado ajeno a su vida, del ejército o de quien fuera— los instrumentos para defender su vida nueva, los fusiles y las armas. Se aferró a sus fusiles como sólo se agarran los pueblos en revolución. Quizá un fusil sea un arma inútil frente a una bomba nuclear. Pero un hombre y su fusil, un pueblo y su fusil, son otra cosa. Porque no son las bombas, sino los hombres, los que al final deciden. La humanidad y los pueblos funcionan colectivamente en los momentos cruciales, y miden las situaciones a través de símbolos concretos colectivos. El tener los fusiles, el integrar las milicias, daba un sentido concreto, de participación real a cada uno, al conjunto de la lucha. Cada uno se sentía, con su fusil o su metralleta en la mano, como llevando parte del destino

colectivo. No era la espera con las manos vacías, la espera de una batalla que otros deciden, en otras partes, sin poder intervenir: era tener los instrumentos para decidir cada uno. La espera era antes, cuando no venía el ataque, cuando se vivía en la amenaza vaga del bloqueo y los hostigamientos. Ahora la espera había terminado y, cada uno en su puesto y con su arma en la mano, los cubanos habían entrado en una lucha nueva, en una vida nueva, en una plenitud y una exaltación desconocidas.

un pueblo en tensión

Así vivió Cuba del 23 al 27 de octubre. Esos días llovía. Los milicianos hacían ejercicios militares bajo la lluvia, a la salida del trabajo. Volvían a sus casas con el entusiasmo de la lucha, empapados y contentos. En las fábricas, la producción aumentó. En todas partes, la vida estaba centrada en los preparativos para el combate.

Y en todas partes, cada uno descubría, no simplemente que él no tenía miedo, sino que su mujer, su vecino, su compañero de trabajo, tampoco lo tenían. El terror atómico no encontraba un hueco donde morder.

¿Cuál era la diferencia? Que el pueblo cubano tenía en las manos algo por qué pelear, y tenía los instrumentos y la organización para pelear unido y centralizado. Tenía, y sentía que lo tenía, el país en sus manos.

La prensa mundial informó que en esos días hubo en los Estados Unidos piquetes con muchachos de trece y catorce años llevando carteles que decían: "Somos demasiados jóvenes para morir". En Cuba, los muchachos de trece y catorce años estaban con un fusil, con un cañón antiaéreo o con los comandos de un tanque en las manos. Desde allí, como desde cada posición, el sentimiento de seguridad colectiva en sí mismo nacía y se irradiaba. Cuba entera vivía el mismo clima que vieron los testigos de las primeras semanas de la revolución española de 1936 en Madrid y en Barcelona; fervor, fraternidad, generosidad sin límites y un nuevo sentido de la vida. Por eso resistió Cuba y fracasó la invasión.

Hablando esos días con la gente, era claro que todo el mundo contaba con el apoyo de la Unión Soviética, de los países socialistas y de los pueblos de todo el mundo. Pero, al mismo tiempo, de todos se desprendía un claro sentimiento de que no había que de-

pender de ese apoyo, de que la defensa de Cuba dependía de Cuba misma.

Más todavía: en esos días de octubre, nadie llegó en Cuba a concebir el enfrentamiento como una guerra entre Estados Unidos y Cuba solamente, o como una guerra entre Estados Unidos de un lado, y Cuba y la Unión Soviética del otro. Todo el mundo veía el ataque a Cuba no sólo como el comienzo de la guerra mundial, sino a la guerra confundida con la revolución en el mundo. Cuba se sentía, literalmente, parte de la humanidad.

Esto equilibraba la lucha desigual. Llevaba a un sentido de desprendimiento de la propia vida que era la base de la fuerza cubana. Pues razonando en términos estrictamente cubanos, nacionalistas en sentido estrecho, lo "normal" hubiera sido la aparición de una fuerte presión hacia la negociación. Ante la desproporción de las fuerzas en presencia, y ante el hecho de que, aun interviniendo la URSS, nadie podía impedir que Cuba fuera barrida por las bombas atómicas, podía esperarse que mucha gente pidiera negociar, pensando que era mejor ceder y salvar la vida que no ceder y perder no solo la propia vida, sino la nación entera. Pues lo que estaba en juego no era la propia vida, ni siquiera la vida de la propia familia, sino la vida entera de la isla toda, amenazada concretamente de ser convertida en una isla de cenizas radioactivas.

Sin embargo, la reacción del pueblo cubano pasó por encima de todo eso. No es que no tenía conciencia del peligro. La tenía perfectamente, y esto se veía en las conversaciones cotidianas en todas partes. Pero el pueblo cubano sentía también que se jugaba allí el destino de la humanidad. Se ponía colectivamente, sin que nadie se lo hubiera dicho, en esa situación.

Y decía concretamente una frase que, con ligeras variantes, escuché muchas veces en esos días en las calles de La Habana: "Quizá aquí muramos todos. No importa. Ganaremos en el mundo, y esta vez es cierto". Cuando un pueblo entero, por encima de la vida cotidiana, de los problemas de cada día, de las limitaciones de cada uno de sus componentes llega a ese nivel de heroísmo colectivo, es una prueba de que la humanidad, cuando se encuentra a si misma con su destino en sus manos, desarrolla fuerzas antes desconocidas y es capaz de poner lo cotidiano al nivel de lo heroico —es decir, de suprimir al héroe— sustituyéndolo por la masa entera. No hay terror atómico que pueda destruir eso y Cuba, apenas siete millones al lado del gigante, se lo probó a si misma y a todo el mundo en esos días,

El ataque atómico hubiera hecho estragos, hubiera desorganizado, hubiera traído a la realidad las declaraciones. Es cierto. Sin embargo, esa solidez interior podía ser sacudida, pero nunca destruida por el ataque atómico. Era el cemento para resistirlo y reorganizarse en cualquier forma después de él. En cambio, el ataque atómico sobre Estados Unidos hubiera provocado una reacción de "sálvese quien pueda" y de caos inmenso, pues no por azar las reacciones previas, los juicios previos, fueron diferentes, aun siendo en apariencia Cuba la infinitamente más débil y la condenada a desaparecer.

Cuba en octubre es una inmensa experiencia para la humanidad, que aun no ha sido analizada a fondo, al menos públicamente, por los dirigentes de ambos campos. Pues lo que interesa analizar aquí no es como funcionó el dispositivo militar, sino como funcionó el dispositivo humano. Y octubre 1962 en Cuba fue la experiencia social mas cercana a la guerra atómica habida hasta hoy, no en las condiciones de la segunda guerra mundial y de Japón, sino en las condiciones de una guerra mundial entre dos sistemas sociales diferentes y antagonicos, ambos armados con armas similares.

Las armas pueden probarse en laboratorios. Con las bombas atómicas se pueden hacer explosiones experimentales. Pero el experimento de una reacción social frente a una amenaza real e inmediata de ataque atómico, como todo experimento social, no se puede hacer en el laboratorio. Cuba en octubre se acercó a ese tipo de experiencia, como en cierto modo ocurrió con la revolución de 1905 en Rusia. Pero mientras 1905 tuvo una extensa literatura, a través de la cual el partido de Lenin se preparó para conquistar el poder, Cuba en octubre la ha tenido muy limitadamente desde el punto de vista político. La gran mayoría de los comentarios, son simplemente periodísticos o literarios, propagandísticos en un sentido u otro.

La crisis de octubre mostró hasta dónde la conciencia del pueblo cubano tenía una calidad colectiva diferente a la de años atrás, y hasta dónde esa conciencia se sentía unida con la de todos los pueblos del mundo. Mostró también cómo al sentir que su dirección resistía a pie firme y estaba decidida a pelear hasta el fin, que respondía a la firmeza y la decisión colectivas y formaba parte de ellas, el pueblo se sentía libre en su conciencia, en su preocupación para actuar, moverse, confiar y cuidar cada uno su puesto sabiendo que todos estaban haciendo lo mismo en ese mismo momento. Frente al peligro más grande de su historia, Cuba vivía un estado de confianza interior colectiva como jamás había sentido.

El 26 y 27 de octubre, La Habana alcanzó su máxima tensión. Varios de los dirigentes del gobierno estaban movilizados en el interior del país. El ataque debía venir el 27 de octubre. Ese día, La Habana esperaba el bombardeo para la tarde. Era singular ver la ciudad prácticamente indefensa contra un ataque aéreo en masa, esperar tensa y tranquila y continuar su vida. Recorrí La Habana esa mañana. En ninguna parte había signos de alarma o de temor. Paradójicamente, sólo los supuestos beneficiarios de la invasión, los contrarrevolucionarios, habían desaparecido y estaban paralizados: no tenían nada que defender ni forma de luchar, sólo esperar. En uno de los ministerios más importantes, pude hablar con uno de los pocos funcionarios centrales que allí quedaban para atender los asuntos urgentes. "Esperamos el ataque para esta tarde entre las tres y las cuatro", me dijo. Eran las once de la mañana. En el ascensor un miliciano decía a otro que no se había afeitado esa mañana: "Parece que vienen dentro de un rato. Ahora no te afeites hasta después de la guerra". Ese día, todo el país vivió el mismo clima.

el desenlace

Solamente el 29 de octubre conoció Cuba el acuerdo entre Kennedy y Khrushchev. El diario "Revolución" anunció en un titular en primera página: "Khrushchev ordena retirar los cohetes de Cuba". Publicó al mismo tiempo los textos de las cartas intercambiadas entre Khrushchev y Kennedy, desconocidas hasta entonces en Cuba, y los textos de los despachos de las agencias noticiosas desde el comienzo de la crisis hasta su desenlace, que tampoco habían sido publicados por la prensa cubana en los días anteriores. Era evidente que la publicación no era una iniciativa personal del director del diario, Carlos Franqui, sino del primer ministro, que delimitaba de ese modo frente a la población su responsabilidad con relación a negociaciones en las cuales no había participado.

La reacción fue instantánea. Esa mañana, en cada esquina de La Habana, había grupos que comentaban indignados el retiro de los cohetes. "¿Por qué no nos consultaron, si los que estábamos aquí para morir éramos nosotros?", oí decir a uno. "Nos traicionaron como en España", escuché a otro. La protesta furiosa porque Cuba no había sido consultada y por qué había sido una retirada, aparecía en todas partes. Cosa que siempre se ve en Cuba en los momentos cruciales, la opinión popular se expresaba con términos,

giros y frases similares, y a veces idénticos, en el mismo momento en un extremo y otro de la ciudad, como si se hubieran puesto de acuerdo o como si fuera una consigna. Y sin embargo, ni los diarios ni la radio, ni el gobierno, decían nada de eso. Se habían limitado a informar y a medir la reacción.

En las esquinas, en las fábricas, en la universidad, la gente analizaba línea por línea los cables publicados y palabra por palabra las cartas de Khrushchev. Era impresionante ver la unanimidad, sin discusión previa, sin acuerdo previo, con que juzgaban cada frase y cada palabra. Y los juicios eran de condena: nadie aceptaba que Khrushchev le dijera a Kennedy "respetado presidente" o que le dijera "usted y yo conocemos bien qué significa la guerra atómica". "Ah sí, y nosotros, los que estamos aquí jugándonos la vida, no lo sabíamos, y por eso no nos consultan": con palabras parecidas, oí varias veces este mismo comentario.

Toda la tensión, todo el heroísmo, desplegado por el pueblo cubano en los días anteriores, se volcaba ahora como una masa sólida, con una unanimidad impresionante, para protestar por el retiro de los cohetes. En la Universidad de La Habana hubo manifestaciones y reuniones dentro del recinto universitario. Desde las trincheras, desde las fábricas, las granjas y las ciudades, todos quedaron a la espera de una declaración oficial de Fidel Castro, anunciada para el 1º de noviembre. Fidel Castro recorrió personalmente del 29 al 31, calles y lugares de La Habana y unidades en las trincheras. Las protestas y las presiones que recibió directamente en todas partes fueron las mismas.

Entre tanto, el aparato intermediario de propaganda del partido y del Estado se movilizó por su lado para calmar la situación y dar una "explicación" al retiro de los cohetes. Pude asistir a algunas de esas reuniones y eran iguales en todas partes, los argumentos eran los mismos.

En un Comité seccional de los Comités de Defensa de la Revolución (las organizaciones barriales de vecinos revolucionarios, agrupadas por manzanas y estas por secciones), escuché las explicaciones de un cuadro intermedio a los dirigentes de los Comités de Defensa de su sección, que luego deberían trasmitirlas a sus bases. En síntesis el hombre explicaba que el arreglo había sido un triunfo, que Kennedy se había visto obligado a prometer que no invadiría a Cuba y que la actitud de Khrushchev había salvado la paz y había infligido una derrota al imperialismo. Los asistentes escuchaban con unánime cara de escepticismo. El orador decía además que era necesario ex-

plicar todo eso al pueblo y arreglar el desastre que había provocado la actitud del diario "Revolución", al publicar desaprensivamente la información que Khrushchev había ordenado retirar los cohetes. Que esa información fuera verdadera y que el diario, por una vez, no había hecho más que cumplir con un deber informativo elemental, parecía no inquietar la argumentación del orador, que en el mejor estilo de cualquier funcionario de cualquier Estado atribuía la reacción de las masas a los "manejos" de algunos "confusionistas". La gente no decía nada, pero en su fuero interno, sin duda, pensaba precisamente todo esto.

Recuerdo que sólo uno se levantó para apoyar las palabras del orador. Era un hombre de edad. "Estos son problemas de alta política —dijo— que están más allá de nuestra comprensión. La explicación del compañero es justa y debemos aceptarla y trasmitirla. Yo recuerdo muy bien que cuando se firmó el pacto entre Stalin y Hitler, pasó igual que ahora. Muchos compañeros no comprendieron y rompieron el carnet del partido. Y sin embargo, ése era un acto de alta política que permitió a la Unión Soviética estar mejor preparada para el ataque del nazismo". El viejo afiliado comunista, con toda ingenuidad, había venido a repetir una vieja explicación abandonada hace mucho; en otras palabras, a mencionar la soga en casa del ahorcado. Los presentes no parecían conocer mucho los entretelones del pacto germano-soviético, pero, en todo caso, tenían cara de no estar muy de acuerdo con el pacto Kennedy-Khrushchev.

Miles de reuniones como esa se organizaron por toda Cuba. El pueblo cubano fue debidamente informado, explicado e ilustrado de que el retiro de los cohetes era una medida correcta y sabia, y que sólo los contrarrevolucionarios, los confusionistas y los divisionistas podían estar en contra. En muchas reuniones, los asistentes escuchaban y se callaban. En otras, hacían preguntas terriblemente embarazosas para los cuadros medios que iban a repetir las explicaciones que les habían dado a ellos y de las cuales, hay que decirlo, muchos de ellos mismos no estaban ni a medias convencidos. Cuando se veían acorralados, la respuesta era: "Bueno, hay que esperar qué dice Fidel...".

Y la gente esperaba qué diría Fidel. Pero no esperaba en el vacío. Esperaba ya con una opinión formada colectivamente, firme como una piedra, y con la convicción de que Fidel tenía que ajustarse a esa opinión. Era una presión masiva, silenciosa, invisible pero tremendamente presente en todas partes, la que se ejercía sobre el gobierno revolucionario y sobre Fidel Castro entre el 29

y 31 de octubre. Había que protestar por el retiro de los cohetes.

Cuando Fidel Castro habló, declarando que había divergencias con el gobierno de la Unión Soviética, era seguro que no podía decir una palabra menos de las que dijo, que esa era la mínima declaración que podía hacer para responder a la presión popular. Toda Cuba estaba pendiente de la televisión, en las casas, en los locales públicos, en los comités de defensa. La declaración de Fidel Castro provocó un estallido unánime frente a los televisores; la misma escena, repetida cientos y miles de veces en toda la isla: "¡Ahí está! ¡Lo que nosotros decíamos!". Las mismas caras, que habían escuchado en silencio todas las explicaciones sobre el retiro de los cohetes y la "sabiduría" de Krushchev o que se habían limitado a hacer preguntas de duda, ahora estallaban de alegría: "¡Fidel nos dio la razón!". Sentían que habían derrotado a todos los aparatos y a todos los "explicadores", a todos los intermediarios y dirigentes que se arrogaban su representación sin que ellos se la hubieran dado.

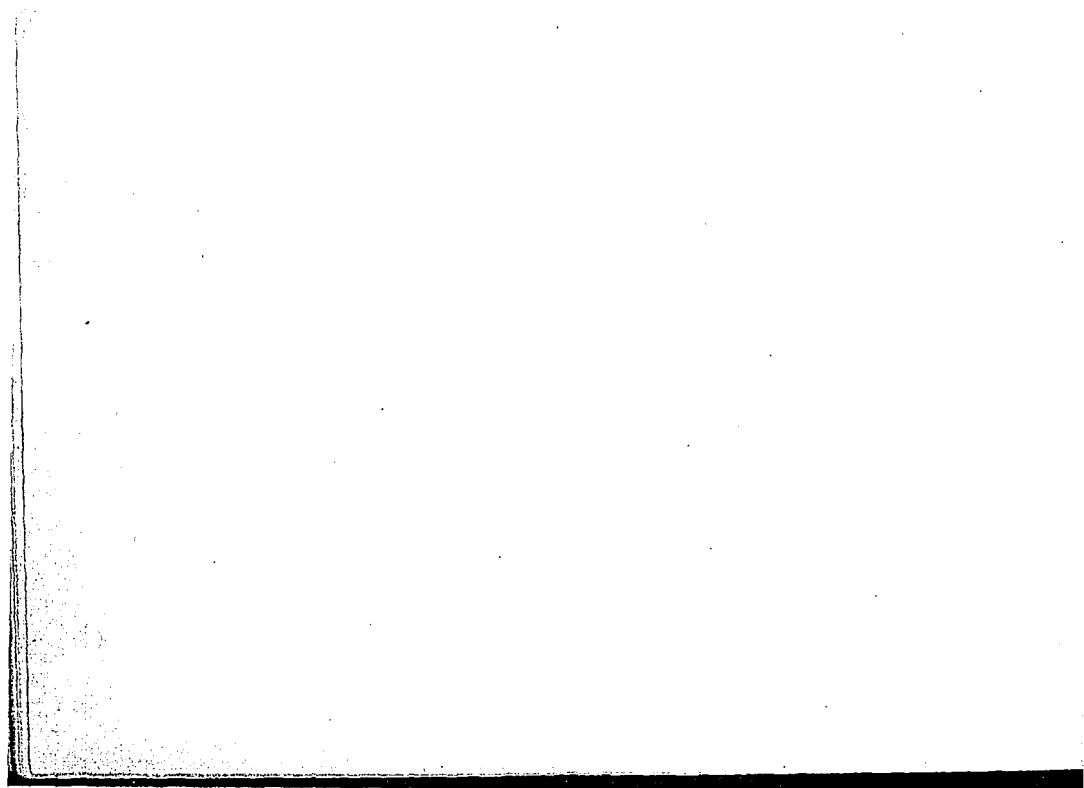
Desde el retiro de los cohetes, el prestigio de Krushchev cayó verticalmente en el pueblo cubano. No tiene medios para expresarlo y por eso las formas exteriores parecen mantenerse. Pero jamás nadie cuelga en Cuba un retrato de Krushchev en parte alguna, si no es por iniciativa del aparato. En cambio, muy pocas veces es por iniciativa del aparato que aparecen los retratos de Mao Tse-Tung que han surgido por todas partes en Cuba. Es un modo como cualquier otro de expresarse: ya que no puede descolgar el retrato de Krushchev, la gente le cuelga el de Mao Tse-Tung al lado. Y en cuanto encuentra un pretexto hace desaparecer también el de Krushchev. Además, desde el mismo 29 de octubre nacieron y circularon con velocidad vertiginosa por toda La Habana y por toda la isla, estribillos agresivos contra Krushchev por el retiro de los cohetes.

Cando, semanas después, salieron efectivamente los cohetes de Cuba, al pasar sus largas e inconfundibles siluetas, cubiertas y cargadas en camiones, por los caminos de Pinar del Río, hubo lugares donde la población se volcó a la calle a parar los camiones. "Tovarich —les decían a los soldados soviéticos— ¿por qué se los llevan? ¿Por qué se van? Tienen que quedarse a defender a Cuba". Los soldados respondían que eran órdenes y se les caían las lágrimas.

Más tarde, cuando por La Habana pasaron casi a escondidas camiones cargados de soldados soviéticos que se iban, con sus va-

lijas y vestidos de civil, he visto a mujeres, niños, hombres que se encontraban en la calle por casualidad al paso de los camiones, decirles adiós con la mano, entre sorprendidos y emocionados, y algunos con lágrimas en los ojos.

Cuando Fidel Castro, el 15 de noviembre de 1962, advirtiendo contra los vuelos de aviones norteamericanos sobre Cuba, terminaba su declaración diciendo que Cuba no será vencida "mientras quede un hombre, mujer o niño capaz de empuñar un arma en esta tierra", no expresaba una mera convicción personal, sino una decisión elaborada colectivamente, hasta sus fibras más profundas, por el pueblo cubano en los años de su revolución y confirmada irrevocablemente en aquellos días históricos de octubre.



capítulo VIII

LA VIDA COTIDIANA,

LA REVOLUCION Y LA IGUALDAD

No es la relación de los hombres con las cosas, la propiedad, lo que más ha cambiado en Cuba: es la relación entre los hombres. Al desaparecer la posibilidad de acumular capital, ha desaparecido la propiedad como objetivo de la vida humana, la herencia como su continuación, el egoísmo familiar como un sentimiento exclusivo y contrapuesto a la solidaridad social.

Esto no es instantáneo. Hombres y mujeres cubanos nacieron bajo el capitalismo. Pero es una actitud frecuente en los cubanos mirarse a sí mismos y ver cómo han cambiado sus pensamientos, sus relaciones mutuas, su escala de valores social e individual.

Aún no hace cuatro años que el capitalismo ha desaparecido en Cuba. Pero ya a ningún cubano —me refiero al pueblo de Cuba, no a la escasísima minoría que sobrevive anclada al pasado capitalista y a sus privilegios perdidos, reales o imaginarios— le puede pasar por la cabeza que una cosa como un ingenio, o una fábrica, o un barco, puedan ser propiedad de una persona o de un grupo de personas, y no propiedad social. En Cuba, la sola idea de ese tipo de propiedad privada resulta ilógica y antinatural.

Para el mantenimiento y el funcionamiento de la propiedad privada no basta la existencia de los “destacamentos de hombres armados” que constituyen el Estado que la defiende. Esa defensa, y el funcionamiento mismo de los cuerpos de represión, se basa en la aceptación de la propiedad privada por la mayoría. Cuando la revolución derriba el viejo Estado, nacionaliza los medios de producción y muestra que puede funcionar así la economía, que la propiedad privada no es necesaria, que los bienes de producción son propiedad común por su misma función social, una concepción nueva se forma y se afirma en todos y cada uno. La vida so-

cial se organiza en torno a la propiedad colectiva. El sentido del Estado y la relación con el Estado, que ahora defiende esa propiedad que es de todos, y no la vieja propiedad que era sólo de algunos, cambia. Y así como la servidumbre feudal, que estaba en "la naturaleza de las cosas", hoy es inaceptable a la mente humana en los países capitalistas, también la propiedad personal de una fábrica o de un ingenio es inaceptable, inimaginable, para un cubano corriente. No hay fuerza ni argumento que pueda explicarle, por qué razón, en base a qué derecho, una cosa cuya función es social, cuya producción va a la sociedad, que funciona porque muchos hombres trabajan allí colectivamente y ponen su capacidad física y mental para que funcione y sirva, deba aprovechar solo a uno o a algunos.

Este cambio, en cuatro años. Por eso para restablecer el capitalismo en Cuba, no bastaría la invasión y la ocupación de la isla. Habría que liquidar a todos los cubanos y empezar de nuevo con otra gente.

Esto está en la base de todas las relaciones sociales en Cuba, en la raíz de la vida cotidiana.

Pero no sólo eso. Porque al mismo tiempo, el nuevo mundo conquistado no es estable. En el horizonte de La Habana está la presencia permanente de un barco de guerra de Estados Unidos, vigilando el puerto, y recordando el bloqueo y la amenaza constante de invasión, recordando que lo conquistado peligra. La defensa, el alerta permanente, el sentimiento de vivir en guerra defendiendo su vida, está presente en cada minuto de la vida de los cubanos, en cada acto de la vida social, concientemente a veces, inconcientemente la mayor parte del tiempo.

La presencia hostil no es sólo el barco de guerra. Cuba debe construir y vivir. Debe comerciar, exportar e importar. Y debe hacerlo en un mundo donde el capitalismo subsiste y es aún económicamente fuerte. Aun en sus intercambios con los países socialistas, que son la mayor parte de su comercio, Cuba debe comerciar a los precios del mercado mundial, y sobre la base de relaciones de intercambio que son esencialmente relaciones comerciales, es decir, capitalistas. También por ese lado el capitalismo, el viejo régimen, trata de penetrar, de influir, de cambiar la vida. Por eso no es una simple consigna de propaganda que los cubanos vean la economía como una batalla. Es parte de la batalla en defensa de su nuevo régimen social.

Hasta aquí, la batalla es aparentemente defensiva. Pero en la mente del pueblo cubano ni la defensa militar, ni la economía,

están separadas de la política. En realidad, es la política la que domina todo. Y la política es sobre todo internacional. Entonces ya la batalla deja de ser defensiva. El intenso sentimiento de participación de los cubanos en las luchas revolucionarias de otros países, surge el sentimiento de defensa de su propia revolución, y de la experiencia cotidiana de que el mundo es una unidad y que la revolución cubana sólo puede sostenerse avanzando en el exterior. Sometida a las relaciones comerciales con los países capitalistas, o con los países socialistas sobre la base fundamental de los precios del mercado mundial, la revolución es débil. Sostenida, en cambio, en la extensión de la revolución en otros países, en la perspectiva de nuevas revoluciones socialistas, la revolución se siente fuerte.

Por eso, bloqueada, Cuba no tiene psicología de país bloqueado o aislado. No hay ningún punto de comparación con la situación de la Unión Soviética en los años veinte. No solo porque existe todo un sistema de países socialistas, sino sobre todo porque las fuerzas que sostienen a la revolución cubana, la revolución mundial, están a la ofensiva en todas partes. Esa es la otra parte de la vida cotidiana en Cuba; por un lado que ya no hay propiedad privada; por el otro, que Cuba es parte de una revolución que continúa, y que sólo puede culminar triunfando en todo el mundo.

Por eso la línea dominante en la preocupación del pueblo cubano no es la construcción, es la revolución. Construye, pero en cierto sentido construye para la revolución. Y cuando dirigentes y funcionarios quieren inculcarle la idea de que hay que construir porque la revolución como tal ha logrado sus objetivos, las masas no lo entienden, rechazan la idea. En cambio, en nombre de la revolución que continúa —no en Cuba sola, en el mundo— ligada a la revolución que continúa, aceptan cualquier sacrificio.

La propiedad colectiva es en parte la base de la actitud de dedicación, de trabajo voluntario y colectivo, del pueblo cubano. Pero la otra parte, y la principal, es que el mantenimiento de esa propiedad está ligada a la revolución. Y es la revolución la que une y atrae, porque todos se sienten participantes. Todos han logrado y dado un objetivo a su vida, y ese objetivo es común y colectivo: allí se afirma la solidez de la revolución cubana y del Estado cubano. Sin eso, hace rato que las dificultades, el bloqueo, la contrarrevolución interna y la invasión lo habrían liquidado. Esa actitud, por otro lado, actúa como un verdadero "deterrent" para la invasión, la contiene, y obliga a postergarla.

La revolución ha dado un objetivo colectivo a las vidas: este fenómeno no es cubano, es argelino, es chino, es zanzibareño, es en todas partes donde el proceso revolucionario actúa como unificador colectivo. Pero en Cuba, con la revolución en el poder, sin el diversivo de la propiedad privada y del interés particular ligado al desarrollo de la propiedad privada, adquiere una transparencia particular.

La propiedad, los bienes, los ingenios, las fábricas, los ómnibus, son parte de la revolución y son de todos. Entonces, así como cambia la actitud del hombre hacia el hombre —ambos unidos por un fin común, y no separados por el fin individual de hacer dinero cada uno—, cambia también la actitud hacia las cosas. Cuando un ómnibus es propiedad de una empresa o del Estado capitalista —el Estado de ellos— uno no presta demasiado atención si el chofer no lo trata en buena forma. En Cuba, al poco tiempo uno se sorprende a sí mismo reaccionando instintivamente sobresaltado si el chofer maltrata la máquina: “¿Qué está haciendo?” Es que el ómnibus ahora es nuestro, lo mismo que todo lo demás.

En la familia, en la mesa de cada día, en las reuniones, de un modo u otro la revolución y la propiedad colectiva son el centro de las preocupaciones. Y dejan de serlo, cada vez más, la perspectiva individual de cada uno o la perspectiva individual desligada del desarrollo colectivo. Esto no lo ha impuesto ninguna educación ni ninguna propaganda: es así, porque así está organizado el funcionamiento social por la propiedad colectiva en Cuba.

Las energías, la preocupación, la atención que en un país capitalista están dedicados a abrirse paso en la carrera individual o en la lucha sindical o política contra el capitalismo, en Cuba son absorbidas, en su mayor parte, por la revolución; si esto no sucede aun en mayor escala, es porque en parte la forma de organización del Estado limita la participación de toda la población.

la igualdad

Pero la propiedad colectiva no es una abstracción. No es tampoco el hecho de que cada uno se sienta propietario, físicamente, de una máquina o de un tornillo de una fábrica. El reflejo social más concreto y a la vez más general de la propiedad colectiva, de la supresión de la propiedad privada como medio de explotación del trabajo humano, es el sentimiento de igualdad, es decir, no es una relación con las cosas —la propiedad— sino una relación entre

hombres.

Este sentimiento se expresa en todo. Por ejemplo, en el trabajo voluntario. La primera condición para que la asistencia al trabajo voluntario tenga éxito, es que los primeros en ir sean los jefes y dirigentes. Cuando éstos van realmente —y éste es el caso por ejemplo, con el Ministro de Industrias, domingo a domingo— el resto de los voluntarios (que no son en ningún caso la mayoría del personal de una oficina o de una empresa) también va. Cuando los jefes no van, o cuando su asistencia es simple demagogia, como ocurre en más de un caso en que van para hacerse fotografiar para los diarios y volver luego a su casa en automóvil, entonces la asistencia general es un fracaso, la gente se retrae y tampoco concurre. Y no porque no esté dispuesta a apoyar al Estado también en esa forma, a pesar de lo que haga tal o cual dirigente, sino como protesta indirecta contra una forma de privilegio o de desigualdad.

Aquí la protesta contra el privilegio adquiere una forma bastante clara, porque el trabajo es voluntario: va quien quiere, y quien no quiere no va. Pero esa misma protesta no puede dejar de manifestarse en otros terrenos, por ejemplo en el trabajo corriente. Si los jefes o dirigentes gozan de privilegios visibles, cualesquiera estos sean, la protesta indirecta se refleja inmediatamente en el rendimiento del trabajo del personal. No es organizada, no es que nadie se proponga trabajar menos o peor para protestar. Es una reacción normal, natural, automática. El sentimiento de igualdad ha sido atacado. La base de la propiedad colectiva ha sido atacada. La gente no dispone, actualmente, de medios directos e inmediatos para corregir esa situación y manifestar activamente su protesta. La protesta se expresa de todos modos, no porque nadie se lo proponga, sino porque así funciona el organismo social. Y el rendimiento baja, pese a las exhortaciones y a los llamados a trabajar por la revolución.

Es normal, en situaciones como éstas, que los mismos que tienden a defender la existencia de privilegios sean los que acusan a los trabajadores o a sectores de los trabajadores de “no tener conciencia revolucionaria” y “no trabajar con entusiasmo”.

También aquí se expresan en forma nítida dos tendencias en la revolución. La tendencia a afirmar y acentuar los aspectos igualitarios, está ligada a la tendencia a extender la revolución, a confiar en la revolución en el mundo. La tendencia a justificar la inevitabilidad de ciertos privilegios en la etapa actual, por necesidades de la producción, está ligada a la tendencia a mantener la coexistencia pacífica y concentrarse exclusivamente en la construc-

ción económica. Esto es inevitable, pues es también una forma de lucha entre el socialismo y el capitalismo que se opera en el seno mismo de la revolución, entre las fuerzas mismas de la revolución, todas anticapitalistas, pero que sufren en distinto grado la influencia del capitalismo mundial, del mercado y de su propia situación en la sociedad cubana. Es inevitable que toda posición de relativo privilegio empuje a una actitud conservadora para mantener esa posición, a una actitud conservadora en política y a una política de coexistencia pacífica y de tránsito pacífico al socialismo. Para alimentar esa actitud hay bases económicas limitadas en la cumbre del Estado cubano. No las hay, en absoluto, en la base.

La propiedad colectiva y la preocupación colectiva por esa propiedad y por la producción, presupone la igualdad. Cuando ésta es violada sistemáticamente, es la base misma del Estado la que se ve debilitada, porque el Estado tiende a separarse de la población, sin dejar de ser su propio Estado. Y como todo el sentimiento colectivo vive en la revolución y para la revolución, es extremadamente sensible a la defensa de la igualdad.

En última instancia, la revolución no ha dado enormes ventajas materiales a una gran parte del pueblo cubano. Le ha traído, por otra parte, problemas y dificultades que no existían antes.

Pero no es así como se miden las revoluciones. Pues le ha dado, en cambio, un sentimiento nuevo, cuyo resumen es la igualdad. Ese sentimiento es en parte seguridad en sí mismo y en el futuro. Esa seguridad ya no está ligada a poseer una propiedad o ahorros en el banco, sino a la existencia y continuación de la revolución socialista, a la propiedad colectiva, a la organización social. El aumento de la natalidad, en medio de la aparente incertidumbre que deberían crear el bloqueo, el racionamiento, la amenaza de invasión o de bombardeo atómico, es un reflejo de esa seguridad nueva. Esa seguridad proviene también de haber medido en la acción sus propias fuerzas, de sentir cada día directamente lo que es capaz de hacer, no meramente en Playa Girón, sino en la organización y en la acción de cada día, a millones en toda Cuba. Y en la nueva relación social.

La forma exterior, palpable, de ese sentimiento y de esa seguridad, se encarna en la igualdad entre todos. Esa es la forma concreta de la dignidad humana, suprimidos los propietarios por derecho divino y todos los que recibían a través de la propiedad privada el derecho hereditario a vivir mejor sobre los hombros de los demás, y sometían a su vez a toda la sociedad a la alienación

colectiva de vivir para la propiedad o para tener alguna forma de propiedad, y no para sí misma.

Por eso, si en las formas de privilegio —sea un automóvil, sea un apartamento— en Cuba no hay un retorno de la propiedad privada, la vigilancia social reacciona contra ellas no sólo por un sentimiento de justicia, sino porque inconcientemente ven en ellas la presión del capitalismo que subsiste fuera de Cuba y un atentado contra los derechos colectivos. La vigilancia es una defensa del fondo mismo de la revolución.

el trato social, las aspiraciones individuales

El pueblo cubano está unido por la revolución y por el Estado obrero. Pero dentro de esa unidad, la lucha social continúa, no solamente sobre la forma de conducir la revolución, sino también sobre las relaciones sociales y políticas dentro del Estado y de la revolución. La actitud con relación a la igualdad es una de las piedras de toque de esa lucha.

La palabra “compañero”, por ejemplo, es una expresión de fraternidad social, pero también de igualdad. Es una palabra que suena fresca en Cuba, como puede sonar en un sindicato en medio de una gran lucha huelguística. Pero en Cuba está en todas partes: “compañero” es el funcionario que lo recibe a uno, el conductor del ómnibus, la chica que vende café, la empleada de la tienda o el hombre a quien uno le pregunta la hora en la calle. A todos uno se dirige, y todos a uno, diciendo “compañero”.

La palabra “compañero” no es una formalidad. Subraya la fraternidad social, el objetivo común, la lucha y el enemigo comunes que unen a todos. En Cuba se usa corrientemente “compañero”, y también “camarada”, sin que haya ninguna distinción en el sentido. Pero el uso de “camarada” tiene un matiz más enfático o más cálido, según el caso, y pone un acento de intensidad en el trato. Y no son los viejos militantes comunistas quienes acuden al trato de “camarada”, sino mucho más los nuevos militantes jóvenes de la revolución.

El trato de “compañero” es también una de las formas de la igualdad. En cambio, el trato de “señor” es utilizado sea para marcar distancias, sea directamente para agredir verbalmente u ofender. “Señores” son los otros, los reaccionarios, los que están del otro lado de la barricada.

La palabra “compañero” resume la igualdad en el trato, y sobre todo la fraternidad y la comunidad de fines, pero esa igualdad es

cuidada y observada por la gente en todas las situaciones sociales. Mucho más que el vivir mejor, o comer más —que no se come más—, es el sentirse igual a todos los demás la mayor conquista de la revolución. La defensa de la igualdad en el trato es una de las formas de la defensa que hacen las masas de su derecho a participar y a decidir en la revolución, a decidir en sus propios destinos.

Esa igualdad, sin embargo, viene impuesta desde abajo hacia arriba. No es una concesión de lo alto, es una imposición desde abajo. La dirección, los dirigentes, aun manteniendo la igualdad formal en el trato, tienden normalmente hacia actitudes de paternalismo, en parte estimuladas naturalmente por su función en el Estado, en parte por su concepción política de acercamiento empírico al marxismo.

Pero es de desde abajo donde se vigila y se mantiene la igualdad. Y en las alturas se siente esa permanente vigilancia. Es notable ver cómo muchos dirigentes y funcionarios tratan de disimular o de no hacer visibles situaciones de diferenciación con la base, porque se sienten vigilados. De abajo están mirando si en una fiesta se comió más de lo que se come habitualmente, si uno cambió su auto sin necesidad, si viaja demasiado y sin motivo, si tiene una amante, o si ostensiblemente, en cualquier aspecto de la vida, se tiende a establecer un privilegio o una distancia con las masas. Y todo eso es materia de juicio colectivo, espontáneo, no organizado, que difícilmente se equivoca. Pues cuando un aparente privilegio —un auto o una casa— la gente lo ve justificado por una necesidad de trabajo para la revolución, no lo señala ni lo ve como una excepción. Pero cuando a un privilegio real se lo quiere disfrazar bajo la forma de una “necesidad de trabajo”, es invariablemente señalado y comentado, aun cuando la base no tenga otros medios para impedirlo, por ahora, que la crítica en general y la presión del descontento con tal o cual situación.

Suprimida la burguesía y su poder económico, todo el funcionamiento social de Cuba tiende a asimilarse al aspecto más puro del funcionamiento colectivo de un barrio obrero o de un distrito minero en lucha.

La inspiración a la igualdad como base del funcionamiento social establece una escala de valores cotidiana completamente diferente a la de un país capitalista. No existe, ha sido borrada por la revolución, la psicología de clase media acomodada, que está pendiente del último modelo de automóvil o de televisor que ha comprado la familia vecina, para comprar uno mejor. No es esa propie-

dad la que mide la importancia social, el valor social en la comunidad. Al contrario, en muchos casos quien tiene eso como un privilegio trata de disimularlo, no de ostentarlo. Entonces toda la preocupación individual y social dedicada a esa competencia posesiva del televisor o del automóvil, se vuelca al fin colectivo de la revolución. Es una fuente de energía humana inagotable y aún no explotada a fondo, ni siquiera lejanamente, por la propia dirección cubana. Pero es en esa energía donde se basa la fuerza y la solidez de la dirección frente a sus enemigos, y en parte demuestra sentirlo y comprenderlo cuando defiende medidas y actitudes igualitarias.

Por ejemplo, la sola desaparición de la propaganda comercial ahorra una cantidad de energía enorme en la mente de la comunidad. Ni los caminos, ni las calles, ni la televisión, ni las paredes de Cuba están ya mas cubiertas de reclamos a comprar tal o cual cosa. Han desaparecido las empresas que organizan la atención y la preocupación social —sobre todo en la pequeña burguesía y en la aristocracia obrera —hacia el consumo de sus productos. Y si una hipotética empresa publicitaria quisiera vender hipotéticos automóviles, no podrían, en la psicología social de Cuba, basar su propaganda en el prestigio y la "distinción" que da poseer el último modelo de lujo, porque toda la sociedad está contra eso.

Esto no está determinado solamente —es preciso insistir— por la propiedad colectiva. Lo determina también la revolución viviente en movimiento. En Checoslovaquia, existiendo la propiedad colectiva, el funcionamiento del estímulo material y de una amplia diferenciación salarial y social llevan en sectores de funcionarios, a ver reflejada la autoridad y el prestigio en símbolos que son una influencia directa del capitalismo; por ejemplo, el modelo del auto.

Ya no hay que disimularlo, es el Estado el que lo justifica (aunque los obreros checoslovacos, por su lado, tengan la misma opinión, que los cubanos, sobre los privilegios y la igualdad). En Cuba, la revolución viviente lo impide y hace que ese pensamiento de abajo, contra el privilegio, igualitario, imponga su escala de valores e impida con su presión la consolidación o la oficialización de formas de desigualdad como cosa normal aceptada y buscada.

La revolución, la austeridad de un ejército en campaña, sigue siendo la línea dominante en la revolución cubana. Esa línea viene impuesta desde abajo contra las tendencias al privilegio que se apoyan en el Estado Cubano, en la influencia del capitalismo en el mundo, pero sobre todo en la influencia de la organización del Estado en los demás países socialistas, donde una capa burocrática de funcionarios del Estado, mientras defiende el régimen obre-

ro, al mismo tiempo sanciona y oficializa la desigualdad en su seno.

el racionamiento y la igualdad

El gobierno de Estados Unidos, con el bloqueo, ha tratado de impedir que el desarrollo de la economía cubana influyera como un ejemplo sobre América Latina, y al mismo tiempo, de provocar la caída del gobierno de Fidel Castro o estimular la oposición a él, a través del descontento con la situación económica. Pero si por un lado el bloqueo ha extendido una barrera para preservar a América Latina, de algunas de las formas de influencia de la revolución cubana —pero no de la principal, la influencia social— por el otro lado la barrera funciona en ambos sentidos, y ha impedido al capitalismo establecer una alianza mas sólida con los sectores conservadores y burocráticos de la revolución —como lo ha hecho hasta cierto punto, en Yugoslavia o en Polonia— y hacer sentir a su vez su influencia dentro de la misma revolución.

Por eso una serie de figuras dirigentes del imperialismo, ante el fracaso del bloqueo económico contra Cuba, recomiendan establecer relaciones de “coexistencia” con la isla. No es simplemente el reconocimiento de un fracaso, sino sobre todo la búsqueda de métodos más eficaces para influir dentro de la misma revolución.

La escasez de alimentos y el racionamiento, por ejemplo, causan dificultades cotidianas muy grandes al pueblo cubano. Pero están muy lejos de debilitar la revolución. En cierto sentido, contribuyen a soldarla interiormente. Nadie desea el racionamiento ni lo defiende como un bien. Pero una vez establecido como una necesidad, en el racionamiento se afirman las tendencias más radicales de la revolución, la tendencia a la igualdad, y se debilitan las tendencias sensibles a la influencia capitalista.

La igualdad en la comida es una forma más de igualitarismo militante. El sentimiento de que lo que está en la mesa de uno cada día, está en la mesa de todos, y de que lo que no hay para uno, no hay para nadie, es otro elemento de fusión interior del pueblo cubano. Sólo la revolución ha podido lograr este resultado. Y lo ha logrado prácticamente a todos los niveles, pues la mesa de importantes funcionarios del Estado está sometida al mismo racionamiento que la mesa de un obrero o de un empleado. Y si esto no es absoluto —pues hay también restaurantes donde, pagando, se come bastante por encima del promedio— es por lo menos la línea totalmente dominante.

La libreta de racionamiento no es solamente un testimonio de

la escasez. La revolución la ha convertido —cosa imposible en otro tipo de racionamiento— en un testimonio de la igualdad en las dificultades. El pueblo la defiende como una garantía de equidad en la distribución. Por eso una consigna aparentemente tan elemental como: “¡A comer parejo!”, lanzada por Fidel Castro cuando se estableció el racionamiento, tuvo un eco instantáneo y fue adoptada luego como un dicho para las más diferentes situaciones en que se quería combatir un privilegio o una desigualdad.

Lo mismo ha ocurrido con el racionamiento de la ropa o de los zapatos. Durante todo 1962 y 1963, la escasez de zapatos ha sido un problema muy grande en Cuba. Por un lado, la industria existente fue “reorganizada” de tal modo que centenares de pequeños talleres fueron cerrados antes de que funcionaran los grandes talleres concentrados que los reemplazaran. Por el otro, cayó la calidad en la producción, sea en la mano de obra, sea en los cueros, por la caída en la calidad y la cantidad de la producción ganadera, debida a los errores cometidos en la primera etapa de la nacionalización de las grandes haciendas. En tercer lugar, aumentó el consumo de zapatos en toda la población y para esos años las reservas de calzado de los que ya lo consumían de antes, se habían agotado. Todos estos factores se sumaron para provocar una aguda escasez de calzado y obligar a un estricto racionamiento.

Los bonos para comprar calzado se distribuyen, desde que se estableció este racionamiento, sea por intermedio del sindicato, sea por intermedio del Comité de Defensa de la Revolución de la cuadra o del barrio. En el caso del sindicato, los distribuye la sección sindical de cada centro de trabajo. Entonces se discute colectivamente quién tiene más necesidad, quién puede esperar el siguiente turno, quién el segundo turno, meses después. Aunque haya dirigentes sindicales que tienden a limitar las funciones de la sección sindical a cuestiones como la distribución de zapatos, por el otro, el método de control, impuesto por la necesidad, es efectivo y refuerza el sentido colectivo de la revolución.

En los Comités de Defensa, que organizaron la distribución para amas de casa y personas no sindicalizadas, se plantearon otros problemas. Por ejemplo, hubo casos en que dirigentes del Comité de Defensa trataron de establecer el principio de que primero se atendían las necesidades de los partidarios de la revolución, y luego las de los indiferentes y las de los opositores. Las protestas partieron de los mismos miembros de base del Comité —todos revolucionarios, por supuesto— que resolvieron que para el reparto de zapatos, como para cualquier cuestión de abastecimiento, todos

debían ser iguales, cualquiera fuese su posición con respecto a la revolución, pues sólo con esos métodos la revolución podía influir a los neutrales y aun a los adversarios. No era una defensa de los contrarrevolucionarios, sino una defensa de la igualdad.

También los apartamentos son distribuidos por medio de los sindicatos. Como es sabido, todo el que abandona Cuba como exilado, debe dejar su apartamento con todas sus instalaciones al Estado. Los apartamentos luego son distribuidos según las necesidades. Los sindicatos llevan listas de prioridad por lugar de trabajo, según la cantidad de familiares, las comodidades que tienen actualmente, etc.

La escasez de apartamentos es muy grande, y su distribución puede servir para ilustrar con cifras hasta dónde el principio de la igualdad es respetado. En 1963, el gobierno dispuso que el 60 por ciento de los apartamentos que quedaran libres, serían distribuidos por medio de los sindicatos y la CTC-R. El 40 por ciento restante se distribuye a través de diferentes organismos del Estado —Fuerzas Armadas, Ministerio del Interior, Relaciones Exteriores, etc.— para sus necesidades, que incluyen las de los altos funcionarios. Es evidente que el Estado absorbe una parte desproporcionada para sí, dada la situación de escasez de habitaciones.

El apartamento es una de las medidas del privilegio social, no sólo en Cuba, sino en otros países socialistas. En Cuba, los barrios ricos de La Habana, como Miramar, abandonados por sus ex dueños, están hoy en su mayor parte destinados a habitación de becados venidos del interior a estudiar en la capital. Esta medida ha impedido que dichos barrios se convirtieran en un centro de una capa de funcionarios privilegiados, como ha ocurrido en otros países socialistas con los barrios de la vieja burguesía. En este sentido el igualitarismo en la habitación es mayor en Cuba que en otras partes. Pero, al mismo tiempo, podría ser aun mayor, si la población tuviera mayores posibilidades no ya de control general a través de la presión o el comentario, sino de control efectivo a través de organismos propios y electivos, municipales y nacionales. Sólo en parte los sindicatos suplen esa ausencia, ellos mismos trabados en sus funciones por la forma en que han sido designados sus dirigentes.

¿qué es burocracia?

En la medida en que la intervención de las masas, como poder de decisión, está limitada en Cuba por la ausencia de organismos de

poder directo de la población, el Estado aumenta su independencia de la base y tiende a crear y defender situaciones de privilegio. Ese privilegio —esto debe ser claro— por un lado es infinitamente menor que el privilegio que da el dinero y la propiedad en cualquier país capitalista, o que da el estar al servicio de la propiedad y del capital en puestos ejecutivos; y por otro lado, no es legal como es el privilegio capitalista, defendido por la Constitución y las leyes, sino que es ilegal, arbitrario y en lugar de ser ostentado debe ser disimulado por sus usufructuarios. Este es el punto de partida totalmente opuesto, que impide toda comparación con un país capitalista: aquí el privilegio es la regla normal y aceptada, la base del funcionamiento social; allá, es la violación a la regla fundamental del igualitarismo, que es a su vez la base del funcionamiento social del Estado obrero. Aun en los casos más flagrantes, la violación sigue siendo una violación. Y esto desmiente y desautoriza toda tentativa de equiparar ambas situaciones —que son opuestas— y de hablar de una “nueva clase” privilegiada.

Es dentro de los marcos de la propiedad colectiva y de la revolución en desarrollo donde se mueve la dialéctica de la igualdad y del privilegio. Y ésta no es sino, una de las formas de la dialéctica interna a través de la cual avanza la revolución cubana.

La revolución ha borrado, por supuesto, las diferencias sociales. En La Habana, en Santiago de Cuba o donde sea, todo el mundo puede entrar en todas partes, la calidad de la vestimenta es notablemente igual y los lugares exclusivos no existen.

Pero a partir de esos cimientos, una sutil diferencia se desarrolla entre los funcionarios, los “que deciden”, y el común de la gente, los “que no deciden”. Es difícil verla exteriormente. Pero se la siente en la manera de hablar, en la seguridad para actuar, en el empaque para caminar.

En la provincia de Oriente se inauguró en 1963 el Transporte Serrano de la Revolución. Son camiones de fabricación soviética, provistos de asientos y transformados en autobuses, que han establecido un servicio regular en las regiones campesinas de la sierra donde antes no había transportes o había líneas insuficientes e irregulares. Los camiones rojos del Transporte Serrano viajan siempre llenos de campesinos, milicianos, obreros, empleados que deben trasladarse en la zona. Hay en ellos un ambiente fraternal, popular y alegre —un ambiente revolucionario, como se dice en Cuba.

El servicio aéreo entre La Habana y Santiago de Cuba está cubierto por modernos aviones de fabricación soviética, que hacen el viaje de mil kilómetros en algo más de una hora. La composición social

—o por lo menos la extracción social— de quienes viajan en los aviones no es muy diferente de la de los que viajan en los transportes serranos, salvo en cuanto a la proporción de campesinos. Los funcionarios, dirigentes sindicales o políticos, estudiantes, que viajan en el avión, son también de origen obrero o de clase media pobre, y son quienes hoy están en puestos dirigentes en los ministerios y los organismos estatales.

Sin embargo, pasando del transporte serrano al avión La Habana-Santiago de Cuba se nota una diferencia. No ya en la manera de vestir o de hablar —que la hay en parte— sino en la actitud general de los viajeros. Es algo en apariencia sutil, pero evidente para quien observa objetivamente. Los viajeros del avión actúan con una seguridad y una actitud “ejecutiva” que no ostentan exteriormente los del camión. Ellos sienten que forman parte del aparato que decide; los otros, sienten que forman parte de la masa que defiende y apoya a muerte la revolución, que es suya, pero que no decide sino indirecta y lejanamente. Esa sola diferencia significa que millones de energías, de iniciativas, de seguridad en la acción y en sí mismos, se pierden de este lado, quedan sin empleo. Todas son fuerzas propias de la revolución, inmensas, que la dirección de la revolución aún no utiliza o utiliza sólo en una proporción mínima.

Pero —una vez más— la diferencia con la parte capitalista del mundo no es ya sutil, sino violenta. Pues sea el avión cubano, como el avión de la línea La Habana-Praga, por ejemplo, tiene en su interior un ambiente popular, comunicativo, donde todo el mundo conversa como en cualquier viaje largo en un vagón de segunda en cualquier tren. Los pasajeros se sienten, a su modo, dueños y en su casa. El cambio al pasar a cualquier línea que une Praga con Occidente, es instantáneo y brutal. Allí los dueños del avión son “ellos”, los que se sienten a sus anchas son “ellos”, las conversaciones son entre caballeros y el avión es ajeno. Es el polo opuesto del ambiente popular, fraternal y cálido que la revolución cubana, como todas las revoluciones frescas y vivientes, ha metido en todas partes, hasta en sus aviones de pasajeros.

La expresión “burócrata” se ha hecho corriente en Cuba. Pero no todos le dan el mismo significado. Los dirigentes de la revolución —en particular el Che Guevara— han hecho campañas contra la burocracia y han criticado a los burócratas. Pero dan a la expresión un sentido administrativo, para referirse al papeleo innecesario, al funcionario que retarda los trámites, al que alarga los procedimientos y hace pesado el funcionamiento de la maquinaria estatal. “Burócrata”, en este caso, tiene un sentido no muy diferente del que se

le da en el Estado capitalista.

En cambio, la expresión popular da a la "burocracia" y al "burócrata" un significado más amplio. "Burócrata" es el funcionario que aprovecha de su cargo para disfrutar de privilegios, sea en el salario, sea en la forma de vida, sea en el hecho de trabajar poco y cómodamente, y que defiende su posición con declaraciones de fe revolucionaria y con métodos terroristas contra las críticas. Esta acepción, que desde un punto de vista marxista es mucho más precisa que la interpretación administrativa de la burocracia, no ha sido enseñada por supuesto en ninguna escuela ni en ningún manual de marxismo en circulación en Cuba —todos traducción de los que se producen en serie en la Unión Soviética—, pues en esas escuelas y en esos manuales, "ese animal no existe". Pero ha sido aprendida por la gente en su experiencia cotidiana, donde la burocracia y el burócrata aparecen, no simplemente como un hecho administrativo, sino como un fenómeno social y económico.

El término no es siempre "burócrata". Los obreros les suelen llamar, por ejemplo, "los de la carterita", porque siempre aparecen muy apresurados llevando una cartera bajo el brazo en la cual se supone que van documentos muy importantes, miran cómo trabajan los demás, y se van con el mismo apuro. "Los de la carterita" es una alusión a una capa improductiva que entre otros, tiene el privilegio de decidir y dirigir en cuestiones donde debería ser la masa quien lo hiciera. La hostilidad de esta expresión, y de otras, es una forma de lucha social dentro de la misma revolución y de la lucha por la igualdad y por el derecho a decidir.

Es claro que la burocracia desarrolla intereses comunes y, como toda capa social, trata de defenderlos, materialmente y políticamente. En última instancia, la teoría de los "estímulo materiales" se ha convertido hoy en la justificación teórica de la existencia de una capa burocrática privilegiada, así como el recurso a los estímulos socialistas es la expresión indirecta de la resistencia de la base contra esa capa. Pero éste, como hemos visto, es sólo un aspecto limitado de esa lucha interior, que es una lucha social y que abarca todos los problemas de la vida política y social de Cuba, como, bajo formas diversas, de cualquier otro Estado proletario.

la dialéctica de la igualdad y de la revolución

La dialéctica de la igualdad y de la diferenciación social interior acompaña y se entrecruza con la dialéctica de la revolución

mundial y la coexistencia pacífica. Al igual que esta última, está cerrada a la intervención directa de los extraños, aunque no a su presión indirecta.

Las masas cubanas, en sus casas, en sus trabajos, en las calles, critican los privilegios, buscan los medios para combatirlos, mantienen una permanente vigilancia y constituyen una traba constante para la afirmación de una capa privilegiada consolidada. Pero al mismo tiempo, rechazan violentamente, cerradamente, toda crítica proveniente de quien está fuera de la revolución o contra la revolución. Porque la igualdad y los privilegios son un problema interno de la revolución. No tienen nada que ver con lo que ocurre en el mundo capitalista, ni resisten ninguna comparación. Todo intento de utilizar estas críticas por los adversarios de la revolución es rechazado de inmediato. Y la gente defenderá intransigentemente, ante un enemigo de la revolución, al mismo dirigente a quien internamente critica y rechaza. Es la actitud tradicional del movimiento obrero, aplicada a la escala de todo un país. Por eso las radios contrarrevolucionarias de Miami no tienen absolutamente ningún eco en Cuba, no solo por las falsedades que difunden, sino porque vienen además del enemigo.

Pero esto no anula la lucha social por la igualdad dentro de Cuba. Al contrario, esa lucha es uno de los elementos más vivos de la revolución y uno de sus motores internos. La igualdad, además, se refiere sobre todo, a la esencia misma de lo que es la revolución, en Cuba y en cualquier parte: el derecho a decidir en los propios destinos.

La imposición de dirigentes, la imposibilidad de criticar por la prensa, la respuesta terrorista de funcionarios contra cualquier crítica revolucionaria, la ausencia de órganos electivos de decisión de las masas (comités, consejos, soviets, que decidan no tal o cual aspecto limitado de un municipio, sino los problemas de fondo de la política del Estado), son vistos todos como atentados a la igualdad, al derecho igual de todos a opinar y a decidir. Y es imposible separar esta concepción de la igualdad, en las condiciones de vida, en el trato o en cualquier otro aspecto de la vida social.

La dialéctica de la igualdad no está aislada en Cuba sola. En realidad, se entrecruza con la misma dialéctica en los demás países socialistas. Las condiciones no son las mismas en todos, pero la dependencia es estrecha. Los sectores que defienden sus privilegios en la Unión Soviética o en Polonia no tienen ningún interés en que en la Cuba de hoy exista plenamente la democracia socialista y la

igualdad social. El ejemplo encontraría un terreno fértil en la población de los otros países socialistas, cuyo entusiasmo por Cuba es, en parte, porque ven una imagen de la extensión del socialismo y, en parte, porque ven un grado de democracia socialista mucho más fresco y vivo en la revolución cubana.

Pero tampoco los enemigos de la revolución cubana tienen interés en que ese régimen funcione. Pues la intervención más amplia de los simples obreros y campesinos en la dirección del Estado cubano, la discusión libre, la vida política sin trabas en el seno de la revolución, la igualdad en toda la vida social, tendría un efecto enorme también sobre la población de los países capitalistas, empezando por la de los propios Estados Unidos, que vería desmentidas en los hechos tantas mentiras y calumnias contra la revolución cubana. También aquí, por razones diferentes, los intereses del gobierno norteamericano y del gobierno soviético coinciden.

Por eso, como decíamos antes, la tendencia a la "coexistencia" y al comercio con Cuba no es sólo la confesión de un fracaso, sino también la búsqueda de nuevos métodos para influir desde adentro sobre la revolución. Un sector dirigente del mundo capitalista ha llegado a la conclusión de que la alternativa no es derribar al gobierno de Fidel Castro y establecer el capitalismo en Cuba, sino neutralizar a la revolución. Y que para hacerlo, antes que sobre el bloqueo, hay que apoyarse sobre las fuerzas conservadoras interiores de la misma revolución. Ese sector ha adquirido esa experiencia en la "ayuda" a Yugoslavia y a Polonia, así como en el conflicto chino-soviético y en las negociaciones con la URSS. Es un método que revela la debilidad de quien lo emplea, la impotencia para hacer otra cosa, pero es un método que cuenta con apoyarse en los aspectos débiles de la propia revolución.

Ese sector del capitalismo trata de influir y de crear indirectamente condiciones para el desarrollo de la tendencia conservadora, burocrática, en la dirección de la revolución. En esto sigue con Cuba la línea seguida en las relaciones con Yugoslavia y Polonia en condiciones diversas. Y encuentra eco a su política precisamente en el sector Khrushchevista de la dirección cubana, que corresponde en grandes líneas a los viejos dirigentes del Partido Comunista cubano (P.S.P.) y a toda una capa de nuevos funcionarios. No puede intervenir directamente en la discusión interior de la política cubana. Pero lo hace indirectamente, tratando de crear condiciones que estimulen las ilusiones o que favorezcan a la tendencia conservadora y burocrática, cuya línea es impedir la inter-

vención dirigente de las masas y mantener y aumentar la distancia entre éstas y el aparato del Estado cubano. Así, esta tendencia, al defender sus propios intereses y posiciones burocráticas, está defendiendo indirectamente la influencia y los intereses, no solamente de la capa burocrática de la Unión Soviética con la cual está aliada y de cuyo apoyo depende, sino también de los enemigos de la revolución cubana, del capitalismo mundial.

Tácitamente, desviadamente, esta lucha de fondo está presente en todas las divergencias interiores en la Cuba de hoy, y su salida es decisiva para el futuro de la revolución. Quien niega esta dialéctica, quien pinta un cuadro de la revolución sin matices y sin fracturas, en realidad lo que hace es encubrir a las fuerzas conservadoras, aliadas con las fuerzas pro-capitalistas, y frenar el desarrollo de la revolución cubana. Por eso la labor idealizadora de tantos supuestos "amigos de la revolución" que se niegan a discutir la dialéctica real y riquísima de la revolución o que la niegan, es interesada y es además una labor que va contra la revolución cubana, porque impide que sus partidarios, los millones de obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, que la defienden en el mundo, puedan conocer e intervenir con su opinión, con su fuerza, con su estímulo a los sectores y tendencias que quieren llevar adelante la revolución cubana y no neutralizarla o estancarla.

Estos problemas, y ante toda la cuestión vital, de la intervención en la dirección de las masas obreras y campesinas a través de sus órganos de opinión y de poder que es la forma superior de la igualdad y de la revolución, son los problemas centrales de esta etapa de la revolución cubana. El pueblo cubano, sin poder expresarlo directamente, sin tener los medios ni las facilidades, los vive intensamente en su vida cotidiana, y expresa su opinión, o su presión, o sus deseos, a través de mil maneras diferentes e indirectas, incluso a través de la agudización de la lucha de tendencias en la dirección de la revolución. Inevitablemente este proceso, ligado al proceso revolucionario mundial y al conflicto chino-soviético, deberá manifestarse en términos directamente políticos y encontrar una expresión programática mucho más clara que hasta el presente.

capítulo IX

LA REVOLUCION CONTINUA

La vida ha cambiado en Cuba. O mejor; sigue cambiando. La revolución continúa, sin interrupción y sin límites. Es parte del cambio de la vida de la humanidad. Cuba es sólo una parte, una etapa, de la revolución que envuelve a todo el mundo.

Esta fue la fuerza de Cuba en octubre de 1962, y es la fuerza de Cuba hoy. Cuba se sostiene no sólo por la decisión del pueblo cubano, sino sobre todo porque las fuerzas de la humanidad en revolución en el mundo, defienden en Cuba una parte de su propio destino. Y esas fuerzas crecen día a día, se extienden, y se reflejan en la decisión y la audacia de cada cubano.

En Cuba, las masas sienten que han entrado en el gobierno de su propia vida, de su propio destino. También aquí la revolución continúa: queda mucho por hacer, mucho por avanzar, muchos resabios del pasado y del mundo capitalista, que aun subsisten, por eliminar. Pero cada avance de las fuerzas de la revolución en otros países del mundo, y ante todo en América Latina, tiene un reflejo directo en la isla y es un apoyo directo a la continuación de la revolución.

La revolución cubana tiene aun fuerzas enormes, nacionales e internacionales, sin utilizar. Ha utilizado y puesto en juego sólo una pequeña parte de sus fuerzas, y con esa parte ha hecho ya todo lo que hizo.

La revolución china incorporó el principio de la "inversión en hombres". A falta de capital de inversión, y con exceso de población sin trabajo, los chinos hicieron una "inversión humana" en masa. Movilizaron grandes masas, con los instrumentos de trabajo primitivos de que disponían, para hacer obras inmensas: represas, movimientos de tierra, caminos, etc. Aun trabajando sólo por la comida y el vestido indispensables, esas grandes masas elevaban su ni-

vel de vida anterior de hambre permanente, y al mismo tiempo, haciendo un trabajo útil y masivo, creaban las condiciones para elevar posteriormente en mayor grado el nivel de vida colectivo. Los chinos rompieron así el círculo vicioso del subdesarrollo, de la falta de capital que impide desarrollar la economía y de la falta de desarrollo que impide a su vez capitalizarse.

Pero la revolución china pudo hacer eso precisamente porque es una revolución, porque movilizó, no los brazos de esos millones, sino en primer lugar sus mentes y sus espíritus, su voluntad colectiva, porque les dio un futuro y la convicción de que por primera vez lo que hacían era para ellos y estaban construyendo su propio destino. Nadie, fuera de una revolución, puede hacer eso.

Esa misma inversión, en otra forma, ha hecho la revolución cubana. Pero ha invertido sólo una pequeña parte del capital que posee. Ese capital no son solamente los brazos y la decisión colectiva del pueblo cubano. Es la iniciativa, la energía interior, la capacidad de inventiva y de creación de las masas. Sólo una pequeña parte de esa fuerza es utilizada: la burocracia, los privilegios, la imposición en los sindicatos, la falta de medios de expresión política y de decisión directa de las masas, despilfarran y dejan sin usar la mayor parte de esa fuerza. Más aún: la energía interior de las masas, como lo muestra toda revolución en sus momentos culminantes, se genera y se eleva a medida que es utilizada. Es imposible calcular a qué límites puede llegar esa energía libremente canalizada y expresada por las masas mismas dirigiendo sus propios destinos.

La mayor inversión, la mayor fuerza económica, social y política de la revolución, es el espíritu de las masas que la hacen. Y ese capital tiene una ventaja: en cierto sentido, no tiene límites y es inagotable. Pues a través de un sector limitado, como es la población cubana, puede utilizarse y canalizarse la energía, el espíritu revolucionario, de las grandes masas de América Latina, de Europa, de Africa y Asia, y también de Estados Unidos. Saber organizar esos canales, comprendiendo a las propias masas, permitiendo que se expresen y decidan, y no simplemente cediendo a su presión, es la más grande obra de una dirección revolucionaria. Si la revolución rusa resistió en sus primeros años, en condiciones infinitamente más difíciles que Cuba, es porque su dirección se preparó durante años para esta tarea y se mostró capaz de llevarla a cabo, dejando un ejemplo no igualado en la historia.

Los llamados "estímulos materiales" pueden servir para aumentar la intensidad del trabajo individual de un sector de la población.

Pero en un mundo donde son aquellas fuerzas las que se mueven con un dinamismo vertiginoso, la fuente de energía de la revolución, de la economía, del conjunto de la población, es la revolución misma y la conciencia socialista que se manifiesta en ella. El reflejo de esa conciencia es la defensa de la igualdad. Y la igualdad, unida a la revolución, tiene un valor económico colectivo infinitamente superior a cualquier estímulo individual en dinero, porque este es el mundo en que vive hoy la revolución cubana.

La tendencia que defiende la coexistencia, los estímulos materiales, la pausa en la revolución para la construcción económica, separación de la revolución latinoamericana para no provocar la intervención imperialista, la pacificación, sostiene que es hora de fortalecer las posiciones conquistadas para luego seguir adelante.

La tendencia que se orienta hacia la revolución en América Latina, la conciencia socialista, el igualitarismo, la extensión de la revolución, sostiene que sólo avanzando con la revolución en el mundo se puede fortalecer la propia revolución cubana y que, al contrario, cortarla de esa fuente de fuerza y energía es debilitarla, aislarla y dejarla indefensa ante sus enemigos.

En estas dos grandes líneas está planteada la alternativa de la revolución cubana y la lucha de sus tendencias interiores. Como en la alternativa entre revolución democrático capitalista y revolución socialista, planteada en 1959 y 1960, también esta vez la decisión definitiva vendrá desde abajo y, cualesquiera sean las alternativas inmediatas y los vericuetos del camino, está en marcha ya.

capítulo X

EL PUEBLO SOVIETICO TENDRA LA PALABRA

En Cuba, la caída de Khrushchev se produjo el 29 de Octubre de 1962. Fue cuando el pueblo cubano se enteró por los diarios de que dos días antes, Khrushchev había negociado con Kennedy el retiro de los cohetes de Cuba. La protesta, la indignación y el repudio fueron totales, y no hubo esfuerzo de propaganda o de aparato estatal o partidario capaz de convencer a los cubanos de que Khrushchev, si no los había vendido, por lo menos los había negociado. Tampoco lo lograron los reiterados y extensos elogios de Fidel Castro a Khrushchev: el pueblo cubano decidió aquel día, de una vez para siempre, quién era Khrushchev, y al llegar a este punto, escuchaba con frialdad las palabras de Fidel Castro sobre el dirigente soviético. Es seguro que hoy el pueblo cubano, de una manera u otra, ha sacado ya colectivamente la conclusión de que en la cuestión Khrushchev, una vez más fue él quien tuvo la razón sobre la política de fondo de la revolución cubana y fue él quien contrarrestó y derrotó la presión de los funcionarios cubanos adictos a Khrushchev y evitó mayores errores y daños para la revolución.

La "caída" de Khrushchev en Cuba tuvo como centro el mismo punto que su caída efectiva en la Unión Soviética: la política de coexistencia pacífica y de negociación a todo trance con Estados Unidos. Esa política tuvo una manifestación decisiva no tanto en el retiro de los cohetes de Cuba, sino sobre todo en la forma en que Khrushchev condujo las negociaciones y en que fueron retirados los cohetes. Y una manifestación del repudio del pueblo cubano a esa línea, la dio luego el hecho de que Cuba se negara a firmar el pacto nuclear Kennedy-Khrushchev. Hoy el pacto sigue en pie, pero mientras sus dos firmantes y garantes han desaparecido de la escena a través de métodos diferentes en la forma pero

similares en el fondo, China ha hecho explotar una bomba atómica y se ha constituido en la quinta potencia nuclear del mundo.

vietnam, china y cuba

El punto culminante, el extremo máximo a que pudo llegar la política internacional de Khrushchev, fue la situación en Vietnam. Cuando Estados Unidos atacó por sorpresa, violentamente, con sus cohetes a Vietnam del Norte, China reaccionó en defensa de su aliado atacado; la Unión Soviética no mostró ninguna reacción.

Esto hizo sonar la alarma en la Unión Soviética, y particularmente en el ejército soviético. Significaba que para mantener la coexistencia pacífica, Khrushchev estaba dispuesto a dejar pasar sin respuesta un ataque que iba mucho más allá de Vietnam, y representaba un ataque a todo el campo socialista. Lo que no había ocurrido en Cuba: dejar impune y sin respuesta una agresión, estaba sucediendo en Vietnam.

Así como en los Estados capitalistas todo el cuerpo del Estado reacciona automáticamente, cualquiera sea la política del gobierno, ante un ataque que pone en cuestión sus bases sociales, en el Estado soviético la dirección no puede pasar ciertos límites —más allá de los cuales se pone en peligro la estructura social del Estado— sin que éste reaccione contra esa política.

En Vietnam, la política de coexistencia pacífica pasó de esos límites que dos años antes había bordeado peligrosamente en las negociaciones Khrushchev-Kennedy sobre Cuba. Fue allí donde toda la campaña anti-Khrushchev de los chinos encontró un eco directo, y un punto de apoyo, dentro de la propia Unión Soviética y de parte del aparato gobernante. Esa campaña no determinó la caída de Khrushchev, pero la preparó. Quienes voltearon a Khrushchev no lo hicieron porque estuvieran de acuerdo con esa campaña —al contrario, Suslov, Brezhnev, Kossiguin se han destacado por sus violentos ataques antichinos—, sino porque comprendieron que Khrushchev había ido demasiado lejos en la coexistencia y que había que corregir rumbos en esa política que es la de todo ese equipo dirigente, si se quería evitar una explosión social a corto plazo dentro de la Unión Soviética que podía arrastrar a todos ellos junto con Khrushchev.

Lo cual indica que la oposición china a la política de la dirección encabezada por Khrushchev por una parte tenía eco dentro de

la Unión Soviética, y por la otra, era impulsada y fortalecida —lo supieran o no los dirigentes chinos— por la resistencia social interior de los trabajadores soviéticos a la política de Khrushchev, resistencia que no tenía medios para expresarse con claridad pero que se hacía sentir con una fuerza que aparece, por ejemplo, indirectamente, en la forma violenta, sorpresiva y fulminante en que fue barrido Khrushchev de todos sus puestos por el mismo equipo que él dirigía, y que lo aceptaba hasta días antes como su más alto portavoz y representante.

Del mismo modo, si Cuba pudo, en menor medida y en forma más confusa, mantener su negativa a aceptar íntegramente la política internacional de Khrushchev, fue no solamente porque existía la oposición china y porque el prestigio de Khrushchev había caído a cero en la isla después de octubre de 1962, sino porque encontraba un sostén para su actitud en la oposición interior del pueblo soviético. Khrushchev quiso utilizar la gira de Fidel Castro por la Unión Soviética en 1963, como un apoyo para su política ante el pueblo soviético, mostrándose junto a Fidel Castro en las manifestaciones de masas e intercambiando elogios con éste. Esas masas, en cambio, transformaron la gira en una inequívoca y multitudinaria manifestación política, donde a las claras estaban mostrando su apoyo a la revolución que simbolizaba Fidel Castro, a la "vía revolucionaria" en oposición a la "vía pacífica" hacia el poder, a la frescura y empuje de la revolución cubana. En la URSS, todo eso significaba oposición a Khrushchev. El silencio que ha rodeado la caída de Khrushchev, la ausencia de todo síntoma de apoyo hacia él en la población soviética en estos momentos, son pruebas de que aquellos cálculos no están equivocados.

¿Cómo se transmite a Cuba o a China la oposición a Khrushchev de las masas soviéticas? En primer lugar, en la misma forma en que el apoyo del pueblo cubano a la revolución se transmite a toda América Latina o en que la lucha de Vietnam del Sur influye sobre todo el mundo. Luego, los países socialistas constituyen un todo único, un sistema de vasos comunicantes, unidos por los mismos problemas, el mismo fin común, las mismas alternativas. Aparecen exteriormente como una alianza de Estados, pero en el fondo son un sistema único e inseparable, cuya misma estructura social presiona constantemente hacia una fusión cada vez más completa, tanto económica como social. Es por eso, dicho sea de paso, que negociar Cuba o abandonar Vietnam del Norte o romper la alianza con China está más allá de las posibilidades de Khrushchev o

de cualquier otro dirigente de la Unión Soviética, y por eso también se equivocan totalmente quienes especulan con semejantes posibilidades.

política internacional, planificación y estímulos

Pero Khrushchev no cayó solamente por su política internacional, que es la misma política que defendieron, y que continúan defendiendo, sus actuales sucesores, hasta ayer todos khrushchevianos. Cayó porque su política había acumulado tales fuerzas de oposición y resistencia dentro del mismo sistema socialista, tanto en la URSS como en los otros países, tanto en política nacional como internacional, que habían hecho insostenible su situación.

Cinco cuestiones fundamentales —aunque no exclusivas— están en la base de la caída, y todas ellas son problemas que se discuten intensamente en Cuba y también —aunque aparentemente esto no se vea— en los otros países socialistas.

Primero, la política internacional de los países socialistas, el dilema coexistencia pacífica o revolución mundial. Este dilema se ha expresado en la polémica chino-soviética. Pero una opción en esta discusión, significa automáticamente una opción obligada en todos los otros puntos en conflicto. El equipo que reemplazó a Khrushchev en sus primeras declaraciones ha reafirmado su fe en la política de coexistencia pacífica. Pero al mismo tiempo le ha fijado un límite más estricto a esa política y a las concesiones que la dirección soviética está dispuesta a hacer para mantenerla.

Segundo, la cuestión de la planificación socialista, de la centralización o descentralización de las decisiones económicas de fondo, del rol del mercado en la economía de transición al socialismo y del rol de los estimulantes económicos y su orden de prioridad. En esta cuestión Khrushchev tenía su propia derecha —a la cual su política le abría las puertas de par en par— cuyo representante más conocido es el economista Liberman. Esta tendencia es partidaria de la mayor descentralización, no en la aplicación de las decisiones centrales, sino también en la elaboración de las decisiones y opciones de fondo del plan del Estado, y de asignar un rol preponderante, como regulador de la economía y de esas opciones, al juego del mercado. Es partidaria además de otorgar un papel decisivo a los llamados “estímulos materiales” —dife-

renciación salarial pronunciada, premios a la producción, reparto de la ganancia por fábrica, etc.— para lograr un aumento de la producción, contra los llamados “estímulos morales” o “estímulos socialistas”, cuyo defensor más visible en Cuba es el Ministro de Industrias, Ernesto Guevara. Esta polémica ha salido a la luz pública en Cuba, pero está presente dentro de la Unión Soviética, aunque no aparezca en forma clara.

Tercero, y estrechamente ligada a la anterior, la cuestión de los privilegios y la igualdad. Si es el interés de ganar más dinero, de elevar individualmente su nivel de vida, el mayor estimulante para que el trabajador produzca más en un país socialista —y no el interés colectivo, social y revolucionario—, entonces la consecuencia es que hay que favorecer la existencia de una capa privilegiada y de toda una escala de situaciones sociales dentro del Estado, para que cada uno encuentre un incentivo en la aspiración a ascender en el sueldo y en la escala. Por supuesto, esta tesis se acomoda perfectamente con la existencia de una burocracia estatal y partidaria privilegiada, que aprovecha los privilegios que le ofrece el control del aparato estatal y que declara “contrarrevolucionario” a todo el que critica, no el sistema socialista, sino esos privilegios. En la Unión Soviética, la presión social contra los privilegios es muy grande, y se puede afirmar que la caída de Khrushchev es una de sus primeras manifestaciones. Muchas otras vendrán detrás, pues ha saltado el centro que aseguraba un relativo equilibrio a la capa dirigente.

la democracia socialista

Cuarto, y fundamental nexo entre todos los otros problemas: la democracia socialista. Sin participación de las masas en la dirección del Estado, no hay posibilidad de aumentar la producción en un país socialista, pues ese es el estímulo principal; no hay posibilidad de suprimir los privilegios y las arbitrariedades; no hay posibilidad de asegurar una política internacional que no lleve a retrocesos y concesiones constantes; no hay posibilidad de soldar la unión entre los intereses comunes del país socialista y de las revoluciones que se desarrollan bajo diferentes formas en todo el resto del mundo, ni de soldar equilibradamente a todo el sistema de países socialistas.

En las dos tendencias principales que existen en la dirección de la revolución cubana, y que chocan entre sí en todos los otros pun-

tos, éste es el punto donde menos clara aparece la delimitación. Sin embargo, es el que aparece más inmediatamente ante los ojos del pueblo cubano como una necesidad inmediata. Es por eso, entre otras razones, que la discusión en Cuba no ha salido aún de las esferas de la dirección o cercanas a la dirección.

La caída de Khrushchev acaba de lanzarla a la luz pública en la misma Unión Soviética, es decir, en el centro de todo el sistema socialista y en el país donde existió en el pasado una experiencia viva y una tradición de democracia socialista, liquidada posteriormente por el stalinismo. Khrushchev denunció al stalinismo, pero no se propuso sustituirlo por un sistema de democracia socialista. Sin embargo, la ausencia de esta democracia se ha ido haciendo sentir cada vez más como una traba en todo el desarrollo de la Unión Soviética. Ese desarrollo rechazaba ya orgánicamente la subsistencia de los sucesores de Stalin, de los llamados "desestalinizadores" que suprimían los aspectos más repudiables del régimen de Stalin para mantener en cambio las bases fundamentales de su política.

Kossiguin figura entre esos sucesores. Sin embargo, en una de sus primeras apariciones en público, tuvo que apuntar al centro mismo de la cuestión. Declaró: "es imposible rebasar el alto nivel de productividad del trabajo alcanzado por los países capitalistas más avanzados sin impulsar la iniciativa, la autonomía de los trabajadores, sin incorporarlos todos a la solución, no sólo de los problemas de producción, sino también de las cuestiones de Estado, y sin desarrollar en todos los sentidos la democracia socialista". Al decir esto, daba una respuesta indirecta a la tendencia "yugoslava", que sostiene que la democracia socialista consiste en dar a los trabajadores el derecho de autogestión de las fábricas, de decidir sobre los planes de producción y de repartirse la ganancia por fábrica, mientras el derecho de decidir la política del Estado corresponde solamente a los altos dirigentes. Si Kossiguin llegó al puesto que tiene, no fue seguramente defendiendo la democracia socialista, sino aplicando todos los principios del sistema, primero stalinista, luego khrushcheviano. Si ahora debe hacer tales declaraciones, hay que pensar que la presión interior de la sociedad soviética es enorme, alcanza niveles explosivos, y que teme ser desbordado por otras tendencias que existen organizadamente, con un pensamiento mucho más consecuente y más ligadas a los trabajadores, y que por el momento no son visibles desde el exterior. Pero su presencia inconfundible puede ser detectada en las palabras inopinadas de Kossiguin, así como la presencia de un

astro invisible puede ser registrada en las alteraciones aparentemente inexplicables de los movimientos de otro ya conocido.

los límites peligrosos

Quinto, toda la política de Khrushchev estaba poniendo en cuestión la existencia del bloque socialista. No era sólo la discusión chino-soviética. En la política económica, Rumania se había rebelado contra una estructura del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) que daba excesivas ventajas a la Unión Soviética. Pero esta rebelión tendía no a restablecer una unión igualitaria, sino a acercar a Rumania a lazos más estrechos con los países capitalistas. La misma tendencia centrífuga, bajo formas diferentes, se manifestaba en Polonia. Albania estaba excluida, sin que Yugoslavia estuviera realmente incorporada al bloque. La inexistencia de una planificación única, común a todos los países socialistas, y sobre todo a los europeos —inadmisibles a esta altura de su desarrollo económico— producía a su vez un contraefecto: que cada país comerciaba por su cuenta con los países capitalistas, tenía su propio sistema de planificación y de estímulos a la producción; comerciaba con los otros países socialistas sobre la base de los precios del mercado mundial capitalista y todo esto permitía que penetrara de lleno la presión y la influencia del capitalismo dentro mismo del sistema socialista, a través del libre juego del mercado.

Todas estas eran y son todavía fuerzas desintegradoras para el sistema socialista, y era imposible que su organismo social permitiera ir más allá de ciertos límites sin reaccionar. Estos límites fueron tocados, y la reacción del organismo se ha manifestado, como primer síntoma, en la caída de Khrushchev.

Los límites peligrosos aparentemente fueron dos. Por un lado, el proyectado viaje de Khrushchev a Bonn despertó temores de que el dirigente soviético estuviera dispuesto a “negociar” la situación de Alemania oriental a cambio de concesiones por Alemania occidental. Por supuesto, no podía entrar en esa negociación el sistema social de la RDA, que no depende de Khrushchev ni de Ulbrich. Pero sí podía entrar una eventual “neutralización”. Ni en la URSS ni en la RDA podía pasar semejante perspectiva sin despertar una violenta reacción.

Por otro lado, los yugoslavos, aliados de Khrushchev, estaban preparando pasos mayores. Su propósito, como acaba de declararlo una de sus publicaciones oficiosas, es lograr “la adhesión de los

países balcánicos a los principios del no alineamiento y su liberación de los grandes bloques contrapuestos por los que ahora están dominados". Esto constituye una tentativa de romper el Pacto de Varsovia y acentuar las tendencias centrífugas en el bloque socialista, a cambio de la "neutralización" de los pequeños países capitalistas de los Balcanes. Si esa no es la política de Khrushchev, es imposible no ver allí, por lo menos, una prolongación lógica de su política. La reacción no se hizo esperar.

No era la intención de Khrushchev, sino la lógica de su política la que llevaba a la desintegración de los lazos entre los países socialistas. Su caída plantea en los hechos la alternativa: planificación internacional común de todos los países del bloque socialista. Pero ninguno de los nuevos dirigentes se ha pronunciado, ni es previsible que lo haga, por esta alternativa.

el pueblo soviético

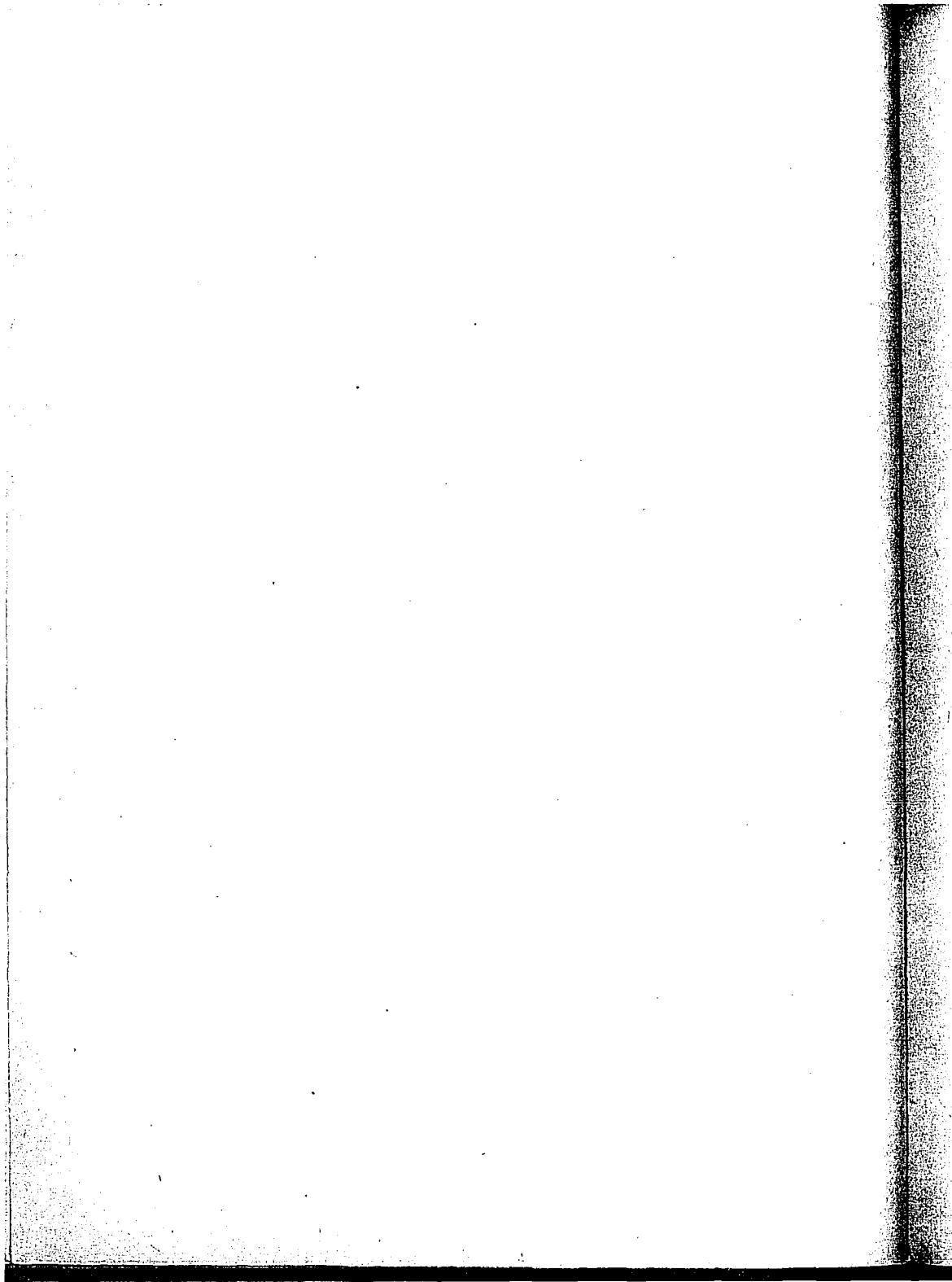
Todas las cuestiones que están en la base de la caída de Khrushchev eran centro de una intensa discusión, no sólo en Cuba, sino también en los otros países socialistas. Dicha discusión, aparentemente, no salía de los grupos dirigentes, y aún éstos la hacían en forma desviada, con alusiones indirectas, con metáforas y alegorías bastante alejadas del método de análisis marxista. Pero aunque esos grupos dirigentes no lo advirtieran, esa discusión interior era sólo un reflejo indirecto de lo que bullía en el seno de la población, de las preocupaciones de los trabajadores soviéticos, chinos, cubanos, polacos, de la presión social de las masas de los países socialistas y del otro lado, de las de los países capitalistas, que esperaban de la Unión Soviética una posición y una política más cercana a sus necesidades, y más lejana de la diplomacia. La posición china era un resultado de esa presión conjunta, y su expresión más visible.

La caída de Khrushchev, producto inmediato de esa presión concentrada, no es la caída de un hombre. Es la ruptura del equilibrio de un sistema de contención de las fuerzas revolucionarias internas y exteriores de la Unión Soviética, provocada por el crecimiento indetenible de esas mismas fuerzas. Y así como Khrushchev no pudo nunca alcanzar el pesado equilibrio de Stalin, a sus sucesores les resultará muy difícil lograr el equilibrio inestable de Khrushchev. Si la "era khrushcheviana" fue una caricatura reducida de la era staliniana ¿quién puede imaginar una era brezhneviana o susloviana? La repercusión de la caída de Khrushchev será in-

menza en todos los países socialistas. En Cuba tendrá un impacto directo y acelerador sobre la lucha de tendencias ya existente, alentará a las tendencias más a la izquierda —que eran combatidas directamente por los partidarios de Khrushchev—, debilitará a las tendencias de derecha, y sobre todo empujará a las masas cubanas a hacer valer su derecho a conocer, a intervenir y a decidir sin ninguna restricción sobre la política de su Estado.

Este proceso, que de una manera u otra se repetirá en todos los países del bloque socialista, tiene desde ya un centro de irradiación y de energía: el pueblo soviético, que no tardará en tomar directamente la palabra.

apéndices



apéndice 1

LA CENTRALIZACION DE LA INDUSTRIA

adolfo gilly

La cuestión de los estímulos a la producción es en Cuba, como en todo el sistema económico socialista, uno de los problemas centrales para el cumplimiento de los planes productivos. Si son los incentivos o estímulos materiales (premios, salarios más elevados al personal más calificado, salario según la producción), o los estímulos morales (el llamado al deber y a la conciencia socialista del trabajador) los que deben tener la preeminencia, es una cuestión que durante todo este año se ha discutido, más o menos extensamente pero no públicamente, en la dirección de la revolución cubana.

El Che Guevara, ministro de Industrias, acaba de pronunciar un discurso a los nuevos administradores de empresas, que indica que la polémica interior ha llegado a ciertas conclusiones y que en Cuba —contra lo que ocurre en otros países socialistas— se continuará dando preeminencia como hasta ahora a los estímulos morales, colocando al incentivo material en un lugar subordinado.

Como la economía socialista es un vasto sistema de interdependencias, la opción preeminente por los estímulos morales implica otras opciones en la organización de la economía, que también fueron abordadas por el ministro de Industrias.

En los países socialistas europeos, Unión Soviética incluida, ha venido ganando terreno durante todo el período de Khrushchev, aunque con altibajos, la tendencia "titoísta" a la descentralización económica. En lo que concierne a la fábrica, la descentralización da mayor autonomía a cada empresa para organizar en su interior los distintos factores de la producción. Se supone que cuanto mejor sea la organización, mayor será la utilización de las "reservas ocultas" de cada empresa, mayor el rendimiento y menor el costo

de producción. Para estimular a la empresa a disminuir los costos, una parte sustancial de la diferencia entre el costo planificado (sobre el cual se fijan los precios) y el costo real logrado por la empresa, queda a disposición de ésta como ganancia de la empresa y es distribuida entre el personal. La distribución se hace parte en el fondo de premios al rendimiento (o sea en forma desigual según la cantidad y calidad del trabajo de cada uno) y parte en el fondo común para habitaciones y otras mejoras colectivas (es decir en forma igual y colectiva para todos los trabajadores de la empresa).

El sistema parte del supuesto de que es precisamente el interés de ganar más, de tener una mejor habitación, de elevar su nivel de vida, lo que impulsará al trabajador a producir más.

Es decir, que el estímulo material está ligado a una creciente autonomía de las empresas y al control de la rentabilidad de la empresa por la ganancia que resulta en cada ejercicio: cuanto mayor es la ganancia, es indicio de que mejor es el funcionamiento de la empresa.

En la Unión Soviética, en el debate iniciado con los artículos de Liberman en "Pravda", una serie de economistas insistieron sobre la necesidad de extender los estímulos materiales. Una de las expresiones más claras la dio el académico Nemchikov: "La economía socialista ha alcanzado un grado tal de desarrollo que, si no se completa el plan con un nuevo y más perfecto sistema de estímulos materiales, no pueden ser movilizados y utilizados con eficiencia todos los recursos y las reservas existentes".

En Cuba, un economista soviético, Serguei Shkurko, publicó en octubre un artículo en "Cuba Socialista" defendiendo la prioridad de los estímulos materiales.

Pero es posible que haya sido la experiencia de la movilización lo que haya afirmado más definidamente al Ministro de Industrias para salir a la defensa pública de la posición contraria: basarse principalmente en los estímulos morales.

En un análisis del desarrollo del trabajo en los días de la movilización de octubre último, realizado por el Consejo de dirección del Ministerio de Industrias, los directores comprobaron unánimemente cómo durante la movilización de octubre y noviembre, no obstante haber sido movilizados a las trincheras un tercio o la mitad de los trabajadores de una serie de industrias, los planes de producción fueron cumplidos totalmente y en muchos casos sobrepasados, y una serie de problemas de bajo rendimiento, ausentismo

y otros del mismo tipo que se planteaban hasta entonces, desaparecieron automáticamente. Uno de los directores hizo su resumen de la experiencia diciendo que "la masa es quien lo ha hecho todo en estos momentos de emergencia nacional y la que ha impulsado las tareas imprimiéndoles el dinamismo que han tenido", y destacó que "ha habido un aumento en la producción y una burla de toda capacidad instalada, lo cual es digno de análisis". Sugirió a los administradores de empresas que "observen con detenimiento este fenómeno y lo analicen". ("Hoy", 9 de diciembre de 1962).

No un aumento en los sueldos, sino la amenaza de invasión y la movilización general, hicieron dar un salto a todos los índices de producción.

"Es evidente que el estímulo material existe en la etapa de construcción del socialismo", planteó el comandante Guevara. "Lo único es que nosotros anteponemos siempre la parte educativa, la parte de profundización de la conciencia, el llamado al deber como medida primera. Y además del llamado al deber, los estímulos materiales necesarios para movilizar a la gente".

Pero este llamado va unido a la dirección centralizada y no a la descentralización administrativa de las empresas: "Conscientes de que podemos ejercer desde cargos de dirección centralizada un efectivo control de la industria hasta sus últimos 'tornillos' administrativos, nos basamos en la capacidad ideológica de nuestros cuadros de dirección para no resolver una serie de problemas por el expediente del estímulo material directo como argumento de prioridad".

Para explicar la opción por la centralización, dio además estos criterios técnicos: "En estos momentos en que la técnica avanza tanto, la técnica misma impone la centralización"... "En el futuro todo será automático, en un futuro muy cercano, los generadores entrarán a funcionar y entrarán en funcionamiento para dar corriente cuando la misma línea lo esté pidiendo en forma automática. En esa forma la capacidad de decisión individual de un pequeño colectivo de una fábrica va extinguiéndose, y se hace necesario que las decisiones se tomen centralizadamente y sean cumplidas de acuerdo con rígidas normas técnicas"... "Es decir que la acción del hombre debe realizarse en todas las grandes industrias modernas, centralizadas y automatizadas, fuera de la producción. En el futuro la voluntad de los hombres se expresará en lo que quiere a través de los organismos políticos que se vayan creando y que determinen entonces los tipos de producción que se necesiten

para un país"... "Nosotros vemos que en todo el panorama de nuestro futuro ya inmediato, de las nuevas grandes productoras de electricidad que se están construyendo, de la siderúrgica que se anuncia, de las plantas químicas que pensamos construir, y del énfasis que vamos a darle a la automatización, va surgiendo la necesidad de un control central. Claro que todo esto determinará incluso cambios políticos —que no es del caso analizar aquí—, cambios que garanticen que la producción se haga centralizadamente, pero respondiendo al interés del pueblo, es decir, que democráticamente se vaya determinando dentro de las posibilidades lo que se debe hacer. La libertad, decía Engels, es la conciencia de la necesidad".

La dirección centralizada, a su vez, va unida al cálculo por el presupuesto. Lo cual significa que el control de la rentabilidad de producción de una empresa no se realiza a través de los precios, por la ganancia que obtiene la empresa en el mercado, sino por el cálculo de los costos y el control de los costos determinados en el presupuesto de la empresa.

"Nosotros partimos de una base: que en todos los ministerios productivos, en todo lo que es el sector socialista de producción, producto que pasa de una fábrica a otra, incluso de un organismo a otro, no es una mercancía; es simplemente una parte de un producto que está pasando por distintos talleres de una gran fábrica, que va a convertirse en mercancía cuando llegue al público, cuando sea adquirido individualmente por cada uno, cuando cambie la posesión jurídica de este producto." Sobre esa base plantea el control por el costo. Entonces, la reducción de los costos, imprescindible para aumentar el rendimiento y la rentabilidad, es confiada sobre todo al llamado al deber, a la conciencia, y no tanto a la ventaja que cada trabajador o cada empresa individualmente obtiene en el mercado con dicha reducción.

Las razones dadas por el Che Guevara para elegir este sistema diferente del adoptado en otros países socialistas (y contra la opinión de la mayoría de los asesores técnicos provenientes de éstos) son por una parte geográficas.

"Este es un país pequeño, un país con buenas vías de comunicación".

Y por la otra económica:

"Y es un país que inicia la construcción del socialismo en un momento en que la correlación de fuerzas se vuelca hacia el campo del socialismo, y donde prácticamente en la conciencia de la

gente se establece ya como una verdad irrefutable el hecho de que la historia marcha constantemente hacia nuevas formas sociales... Al abrirse de tal manera la conciencia, nosotros hemos insistido mucho en los estímulos morales."

En ambos aspectos, el Che Guevara está estableciendo una comparación implícita con la realidad soviética de los primeros años de la revolución rusa. En primer lugar, la URSS, cuando inició la construcción del socialismo y estableció con la Nueva Política Económica de 1921 el sistema de mercado y los estímulos materiales (que se han mantenido hasta hoy y se han multiplicado) era un país inmenso con un gran atraso económico, mal comunicado y con grandes desproporciones económicas de una región a otra; en segundo lugar, era un país aislado, arrasado por siete años de guerra, rodeado por el capitalismo y donde el nuevo sistema antes que en expandirse debía pensar en no perecer.

Sin embargo, ambas diferenciaciones no alcanzan a explicar por qué, siendo hoy la Unión Soviética (o Checoslovaquia, en su caso), un país desarrollado, con buenas comunicaciones y donde la correlación de fuerzas debería actuar aún con más vigor en las conciencias, la tendencia dominante de los economistas soviéticos sea hacia la extensión de los estímulos materiales y se desarrolle una intensa discusión entre los partidarios de la centralización y los de la descentralización en la cual estos últimos son mayoría entre los dirigentes económicos del país.

Plantear la cuestión es descubrir que, más que una diferencia geográfica o económica (que puede tener una importancia relativa), existe en la dirección cubana una diversa concepción política sobre las vías de desarrollo hacia el socialismo.

En el fondo del pensamiento de los dirigentes cubanos, hay una constante tendencia hacia una concepción igualitaria de la sociedad en la etapa de transición del capitalismo al socialismo. Por el contrario, los dirigentes soviéticos han subrayado y teorizado el rol positivo que a manera de incentivo juega la desigualdad en los ingresos, por ejemplo, para inducir al trabajador a aumentar la producción.

Del mismo modo, los dirigentes cubanos se inclinan a mantener la igualdad mayor posible entre las condiciones de trabajo y de pago en las diferentes empresas, mientras el sistema de la economía socialista descentralizada propende a una cierta competencia entre las empresas, o por lo menos a establecer una diferenciación entre aquellas que producen a diferentes costos. Esto puede llegar

a crear, como han acusado los chinos a los yugoeslavos, empresas "privilegiadas" y empresas no privilegiadas, diferencia que muchas veces no depende del esfuerzo del personal sino de muchos otros factores (instalaciones, ubicación geográfica, situación en el mercado, combinaciones comerciales etc.).

Pero si la economía socialista es un vasto sistema de interdependencias, también lo es el sistema de países socialistas en conjunto. Teóricamente, cada uno sigue su vía hacia el socialismo. En la realidad, aparte de las inevitables diferencias basadas en las particularidades geográficas y nacionales, hay otras que provienen de concepciones diversas sobre los problemas fundamentales del socialismo en esta época. Estas concepciones, aún cuando aparezcan por ejemplo en los métodos de construcción del socialismo, traen consigo también otras sobre la situación internacional, las vías de la revolución socialista en los países capitalistas, las relaciones entre países socialistas... A partir de una posición sobre determinado problema de organización económica, es posible reconstruir todo el armazón de ideas de sus partidarios y establecer afinidades con otros sistemas.

Si en la actual polémica Moscú-Pekín, en la cual La Habana no ha tomado partido público —y difícilmente lo haga inmediatamente —la posición cubana parece emparentarse más con la china. Ello no es ajeno a sus posiciones sobre las relaciones entre los estímulos morales y los estímulos materiales en la economía.

Diciembre 1962.

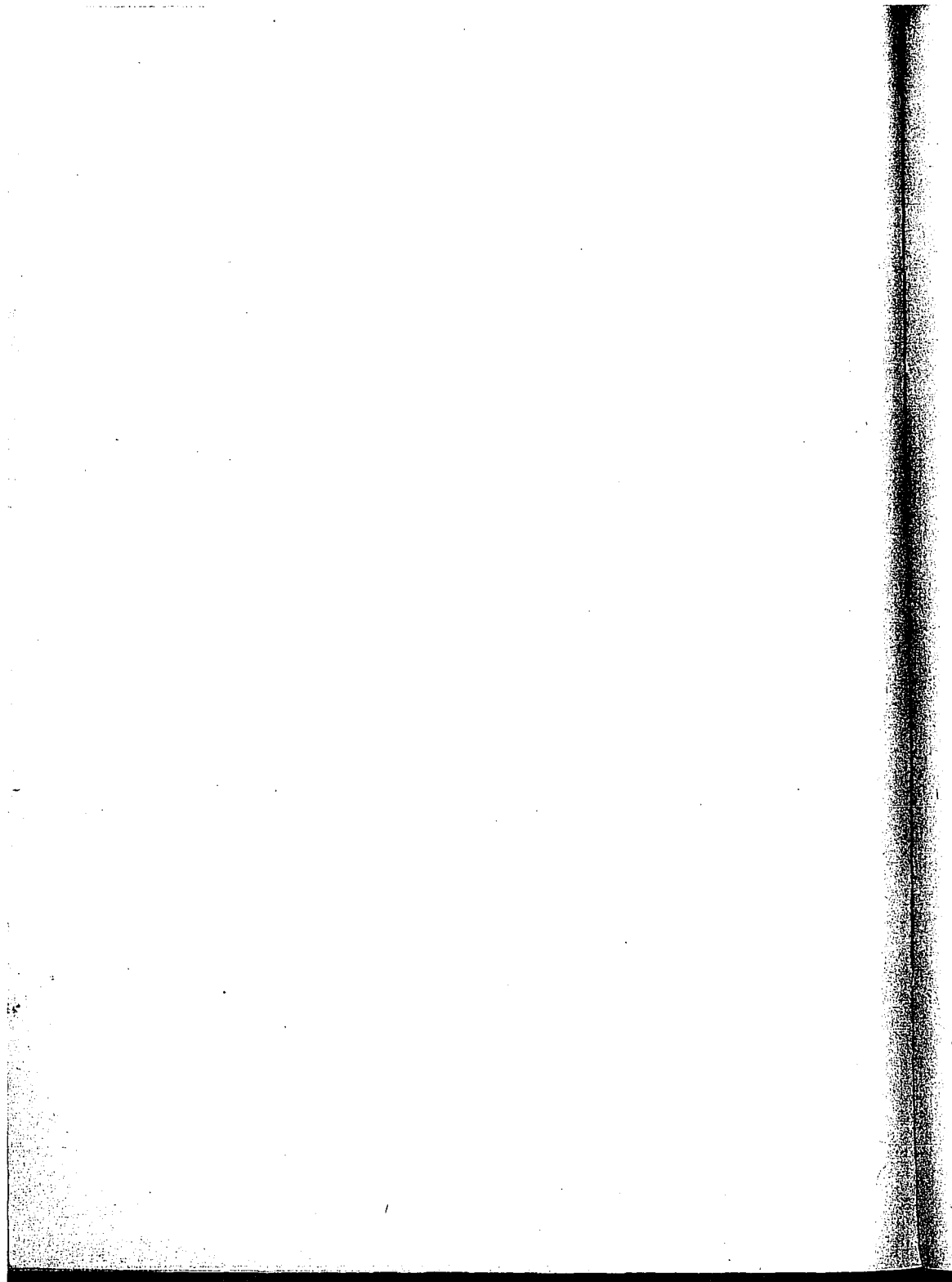
apéndice 2

POLEMICA SOBRE

LA PROBLEMATICA

ECONOMICA CUBANA

Actualmente Cuba, como no podía ser de otra manera, se halla enfrascada en la discusión de los mismos problemas que preocupan a varios países socialistas, y trascienden al campo del movimiento comunista internacional y de los movimientos revolucionarios del mundo. Por considerarlos de sumo interés, se han incluido en este apéndice dos artículos polémicos publicados por la revista "Cuba Socialista" de La Habana. Sus autores, Marcelo Fernández Font —Presidente del Banco Nacional de Cuba— y el Comandante Ernesto "Ché" Guevara —Ministro de Industrias de Cuba— son los máximos representantes de las dos tendencias económicas cubanas en pugna. Tendencias que por otra parte se proyectan sobre el plano político.



DESARROLLO Y FUNCIONES DE LA BANCA SOCIALISTA EN CUBA

por M. FERNANDEZ FONT

El rápido desarrollo de las relaciones comerciales y la escasez de metales preciosos para la fabricación de monedas, hicieron aparecer los *billetes de banco*. El billete de banco es un valor sin interés, emitido por el banco autorizado para ejercer esta actividad (Banco Central), expresado en un monto determinado de dinero, y emitido al portador. El primer billete de banco fue emitido por un Banco Sueco de Emisión, creado en 1658.

Con el desarrollo del capitalismo, y el aumento del comercio nacional e internacional, comienzan a distinguirse los capitalistas activos (terratenientes, industriales, comerciantes) de los capitalistas monetarios (banqueros). Los capitalistas activos utilizan entre ellos el *crédito comercial*, a través del cual se venden mercancías o servicios que no son pagados de inmediato sino transcurrido un plazo, generalmente corto, de varios meses solamente.

Los capitales libres y ociosos de los capitalistas activos son depositados en los bancos, que sirven como centros intermediarios para ponerlos a disposición de otros capitalistas activos que puedan utilizarlos. En esto consiste el *crédito bancario*. El crédito bancario puede ser a corto o largo plazo, y devenga siempre un interés, que constituye el principal ingreso de los bancos.

Durante toda la Era Moderna los bancos, y los capitalistas en general, continuaron su impetuoso crecimiento, hasta desarrollarse, a partir de mediados del siglo XIX, el capitalismo monopolista o imperialismo. En este período, según señalara Lenin en su genial obra "El Imperialismo, fase superior del capitalismo", la concentración de la producción y del capital hace surgir los monopolios, pero además como característica distintiva tenemos la fusión del capital bancario con el capital industrial, engendrando el *capital financiero* y la oligarquía financiera. En la citada obra de Lenin podemos leer:

"El capital financiero, concentrado en muy pocas manos y que goza del monopolio efectivo, obtiene un beneficio enorme, que se

acrece sin cesar, con la constitución de sociedades, la emisión de valores, los empréstitos del Estado, etc., consolidando la dominación de la oligarquía financiera e imponiendo a toda la sociedad un tributo en provecho de los monopolistas".¹

En los países capitalistas desarrollados, el capital financiero adquiere cada día mayor control del país. Los bancos estimulan las sociedades por acciones y adquieren éstas asumiendo control de las mismas. Los bancos grandes absorben los pequeños.

Los bancos de las potencias imperialistas han establecido una extensa red de sucursales en los países en desarrollo, que permite la exportación de capital para ser invertido en estos países, deformando la economía de los mismos. Los bancos norteamericanos tienen en el extranjero cerca de 100 sucursales, los franceses aproximadamente 200 y los ingleses más de 3.000.

nace la banca socialista

Los bancos existen bajo ciertas condiciones económicas. Si los medios de producción, en una sociedad, están en manos capitalistas, los bancos serán bancos capitalistas. Si el carácter de clase del Estado no cambia, entonces la nacionalización de los bancos no puede ser tampoco de carácter socialista. Tales son los casos de nacionalización bancaria ocurridos en Inglaterra y Francia después de la II Guerra Mundial. Como el carácter de clase de estos Estados no cambió, los bancos nacionalizados siguieron siendo bancos capitalistas.

El sistema bancario socialista no puede ser construido en el caso en que los bancos queden en manos de los capitalistas. Marx y Engels se dieron cuenta de la importancia de los bancos y ya en el Manifiesto Comunista, entre las 10 medidas a adoptar por la revolución proletaria, contemplaban la "centralización del crédito en manos del Estado, por medio de un Banco Nacional con capital del Estado y régimen del monopolio"². Marx y Engels también señalaron que la Comuna de París cometió un error al no apoderarse del Banco de Francia y usarlo a favor de la revolución.

Y Lenin, en vísperas de la Revolución de Octubre, afirmaba lo siguiente con relación al papel decisivo de los bancos:

"Sin los grandes bancos el socialismo sería irrealizable... La

(1) V. I. Lenin: "El imperialismo, fase superior del capitalismo", Obras Escogidas, ed. en español, (Moscu, 1960), Tomo I, página 766.

(2) C. Marx, F. Engels: "Manifiesto del Partido Comunista", Imprenta Nacional de Cuba, (La Habana, 1960), página 46.

dificultad principal de la revolución proletaria estriba en realizar en escala nacional el sistema más preciso y concienzudo de contabilidad y control, de *control obrero* sobre la producción y distribución de los productos...

“Los grandes bancos constituyen el “aparato del Estado” que *necesitamos* para realizar el socialismo y que *tomamos* ya formado del capitalismo; aquí nuestra tarea consiste en *extirpar* todo aquello que *desfigura al modo capitalista* ese magnífico aparato, en hacerlo *aún mayor*, aún más democrático, aún más universal. La cantidad se trocará en calidad. Un banco único del Estado, el más grande de los grandes, con sucursales en cada distrito, en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato *socialista*. Supone una *contabilidad* nacional, un *cálculo* nacional de la producción y distribución de los productos; es, por decirlo así, como el *esqueleto* de la sociedad socialista”³.

Los bolcheviques tomaron el poder, desde luego, y procedieron a nacionalizar todos los bancos. Después de la etapa del “comunismo de guerra” (1918-1920), en que las operaciones monetarias fueron reducidas al mínimo, se estableció en 1921, al instaurarse la NEP, el Banco del Estado de la URSS (Gosbank). Durante varios años existieron en la URSS distintos bancos de inversiones especializados según ramas económicas (agricultura, industria, construcción de viviendas, economías locales), que fueron consolidados en 1959 en un solo Banco de Inversiones. Además, existen en la URSS el Banco para el Comercio Exterior, que desenvuelve todas las operaciones internacionales, y un sistema de Cajas de Ahorros donde se reciben los ahorros de la población.

Con la derrota fascista en la II Guerra Mundial y el triunfo de la clase obrera en varios Estados europeos, se establecieron en éstos, regímenes socialistas que, entre otras medidas, adoptaron la de nacionalización de los bancos. La estructura bancaria en todos ellos es similar, y podemos desglosarla como sigue:

a) un Banco Central del Estado, que realiza las operaciones de emisión, control de la circulación monetaria, pagos por ajustes y crédito;

b) uno o más Bancos de Inversiones, donde se sitúan los fondos del Presupuesto Estatal destinados a inversiones de capital y se conceden créditos a largo plazo para inversiones;

c) un Banco de Operaciones Internacionales, que ejerce el mo-

(3) V. I. Lenin: “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”, Obras Escogidas, ed. en español (Moscú, 1960), T. II, págs. 438 y 439.

nopolio de divisas y realiza las operaciones de comercio exterior;

d) un sistema de Cajas de Ahorro, donde se depositan los ahorros de la población.

Es de señalar que aunque en casi todos los países socialistas se han organizado las distintas instituciones bancarias que hemos señalado, la tendencia es hacia su concentración en un solo banco ("un Banco único del Estado, el más grande de los grandes"), lo cual facilita el trabajo con las empresas y elimina aparatos burocráticos, evitando así el caso de una misma empresa que reciba crédito para gastos operativos en el Banco Central, crédito para inversiones en el Banco de Inversiones y tenga que realizar sus operaciones en divisas con el Banco para el Comercio Exterior. Así, en Checoslovaquia el Banco de Inversiones se consolidó con el Banco del Estado en 1959. En la Unión Soviética las Cajas de Ahorro acaban de ser transferidas al Gosbank.

En Cuba, el Gobierno Revolucionario tuvo el acierto de crear un solo Banco Nacional al promulgarse la Ley 930 de 23 de febrero de 1961. En el Banco Nacional de Cuba se concentran las funciones de Banco Central, de Inversiones, de Operaciones Internacionales y de Ahorros de la Población.

las funciones económicas de la banca socialista

El sistema bancario socialista no está presidido por el interés del lucro, sino del desarrollo económico del país. Las funciones que desempeñan los bancos socialistas, las cuales va cumpliendo gradualmente también el Banco Nacional de Cuba, pueden resumirse como sigue:

- 1) regulación de la circulación monetaria;
- 2) centro de ajustes y pagos del país;
- 3) concesión de créditos;
- 4) financiamiento de las inversiones;
- 5) administración de divisas y operaciones internacionales;
- 6) organización de los ahorros de la población;
- 7) control económico bancario⁴.

Veamos someramente en qué consisten estas siete funciones:

(4) K. Pdlaha: "El papel del Sistema Bancario para asegurar y controlar el cumplimiento del Plan de Desarrollo de la Economía Nacional", publicaciones de JUCEPLAN (La Habana, 1961).

regulación de la circulación monetaria

Los pagos en efectivo son principalmente los que recibe la población por concepto de sueldos y salarios y otros ingresos de carácter social (becas, pensiones, jubilaciones). La población gasta partes de estos ingresos en la compra de bienes y servicios (tiendas, restaurantes, transportes, cines, etc.), en el pago de impuestos y contribuciones; otra parte la deposita en el Banco, y el resto se mantiene en circulación. (En el caso de un ahorro individual cuyo importe no se deposita en el Banco, este dinero se sigue considerando que está en circulación). Basándose en las directivas del Plan Económico y su propia experiencia anterior, el Banco prepara anualmente el *Plan de Circulación Monetaria*, donde se establece un balance entre los ingresos y gastos de dinero, o sea las entradas y salidas de efectivo durante el año. La diferencia entre las entradas y salidas de efectivo, permite prever el aumento o disminución que habrá de dinero circulante durante el año. Si la población recibe ingresos por un valor mucho mayor que lo que puede gastar en bienes y servicios, más el pago de impuestos y contribuciones, y aún descontando lo que ella ahorra y deposita en el Banco, ello indica que las salidas de efectivo del Banco (ingresos de la población) serán mayores que las entradas (gastos de la población) y habrá aumento del dinero en circulación. Lo contrario ocurriría de haber un equilibrio entre los ingresos de la población y los bienes y servicios puestos a su disposición, en cuya circunstancia debe producirse una disminución del dinero circulante.

Al regular el movimiento de efectivo y la circulación monetaria, el Banco cumple una de sus tareas fundamentales: velar por el fortalecimiento constante de la estabilidad de la moneda y por el aumento del poder adquisitivo de la unidad monetaria. La premisa principal de la estabilidad de la moneda, en la economía socialista, es el aumento sistemático de la producción y la cantidad constantemente creciente de las mercancías que se ponen en circulación.

La evolución de la circulación monetaria constituye un índice muy sensible del desarrollo de la economía nacional y sus problemas. Para mantener una mejor vigilancia, el Banco elabora planes trimestrales de circulación monetaria.

El Banco Nacional de Cuba comenzó a elaborar planes de circulación monetaria desde el año 1962, cuya ejecución y desviaciones nos brindan importantes datos para el trabajo analítico que ya el Banco comienza a realizar.

centro de ajustes y pagos del país

Los recursos temporalmente libres de las empresas se depositan en el Banco, por lo cual éstas no deben realizar pagos en efectivo entre sí, sino mediante transferencia de una cuenta bancaria a otra.

En Cuba este sistema está regulado por la Ley 1007. El comprador, al recibo de la factura y transferencia que le ha enviado el vendedor, presenta una orden de pago en su agencia bancaria donde se le debita su cuenta, y se envía la transferencia a la agencia bancaria del vendedor para que en la cuenta de éste le sea acreditada igual cantidad.

La experiencia ha demostrado que en muchos casos el comprador no tiene iniciativa o preocupación para pagar, por lo que se está estudiando establecer el sistema inverso, en que la iniciativa del cobro parte del interesado o sea del vendedor, el cual presentaría una orden de cobro en su agencia, que la enviaría a la agencia bancaria del comprador para debitar la cuenta de éste y posteriormente acreditar la del vendedor.

El sistema de pagos por ajustes o compensaciones permite restringir el volumen de dinero en circulación y mantener un mejor control sobre la disciplina financiera de las empresas.

concesión de créditos

El crédito es una función típica bancaria, que no desaparece durante la construcción del socialismo, sino que constituye un instrumento flexible que ayuda al desarrollo proporcional y armónico de la economía y al cumplimiento de los planes.

Al igual que con la circulación monetaria, el Banco elabora un *Plan de Crédito* en forma de balance financiero, cuyos recursos son: recursos propios del Banco (capital y reservas), depósitos en cuentas de las empresas y organismos, depósitos temporalmente libres de ahorros de la población, recursos corrientes del Presupuesto Estatal, y eventualmente sus superávits acumulados; y cuyas aplicaciones son los créditos que se conceden a las empresas estatales, empresarios privados y, eventualmente, a la población. Entre las aplicaciones pueden aparecer como fenómeno indeseable los créditos que se conceden al Presupuesto Estatal para cubrir los déficit. Este tipo de crédito no está materialmente respaldado y constituye un mal ine-

vitale hasta que se logre el equilibrio operativo del Presupuesto Estatal. Los recursos para la concesión de este tipo de crédito son principalmente la emisión excesiva de dinero o el uso de créditos internacionales, que en el futuro gravitarán sobre la economía nacional.

El crédito bancario socialista debe cumplir cinco condiciones: planificado (otorgado dentro de los lineamientos del plan), directo (lo otorga el Banco a las empresas directamente, estando prohibido el crédito comercial entre empresas), garantizado materialmente (respaldado con materias primas, productos en proceso, combustible, cultivos en desarrollo, etc.), reintegrable a plazo fijo y con destino específico.

La necesidad objetiva del crédito bancario se desprende del hecho de que el proceso de producción y de circulación en las empresas se desenvuelve de manera irregular, con oscilaciones estacionarias, teniendo éstas que cubrir temporalmente necesidades financieras. Por otra parte, y en ese mismo tiempo, otras empresas tienen recursos disponibles que depositan en el Banco, para no mencionar los depósitos de la población. El puente que une la fuente con las necesidades, que pueden hacer llegar a unos los recursos que a otros sobran temporalmente, se llama crédito bancario.

El Plan de Crédito guarda una estrecha relación con el Plan de Circulación Monetaria (parte de los créditos se tomarán en efectivo), y con los otros planes financieros de la Economía, muy particularmente el Presupuesto Estatal.

Aun cuando los créditos concedidos por el Banco Nacional de Cuba, hasta ahora, no cumplen siempre los principios del crédito socialista, podemos decir que cumplen una tarea muy importante en el desarrollo de la economía nacional. Las empresas agrícolas estatales y los campesinos privados, aprovecharon los créditos en una medida considerable para el fomento y desarrollo de la producción agropecuaria. En el otorgamiento de dichos créditos, el Banco ha seguido la política económica del Gobierno Revolucionario en cuanto al desarrollo de la producción agropecuaria y de la alianza obrero-campesina. Además, el Banco concede créditos a las empresas de comercio exterior. Las empresas del INRA y del MINCEX son las únicas en cuya dirección se emplean algunos elementos del sistema de autonomía económica de las empresas. En el futuro, el Banco se esforzará por perfeccionar el empleo de los principios del crédito socialista.

financiamiento de las inversiones

El financiamiento y control de las inversiones es otra de las funciones importantes del Banco. La importancia de dicha función lo demuestra el hecho de que en varios países socialistas existen bancos especializados para inversiones.

Las inversiones constituyen una categoría del Plan Económico, abarcando aspectos tales como las construcciones, la adquisición de maquinaria y equipos, su instalación y montaje y las inversiones agrícolas (fomento de pastos, desarrollo de cultivos, compra de ganado básico, etc.). Las inversiones constituyen una parte sustancial de los gastos del Presupuesto Estatal. En el año 1962 los gastos estatales para inversiones ascendieron a 500 millones de pesos *, lo que representa una tercera parte del total de gastos del Presupuesto de ese año.

Según las experiencias adquiridas por el Banco Nacional de Cuba, en este campo, podemos señalar que: muchas veces los planes financieros se aprueban por encima de los recursos reales con que se cuenta para invertir; en otras ocasiones se invierte sin tener previamente los proyectos aprobados; y en otras, los recursos se dispersan en un número grande de obras, demorando su puesta en marcha a tiempo.

El Banco Nacional de Cuba ha logrado hasta ahora resultados pequeños en la solución de los problemas mencionados, pues hasta el presente nos hemos limitado a la situación de fondos, a los inversionistas y a llevar el registro de lo efectivamente gastado. En el presente año nos proponemos descentralizar el control de inversiones, llevándolo a nivel de agencia, donde los trabajadores tienen un contacto directo con las empresas inversionistas y las encargadas de la construcción y del montaje de equipos. Así podremos influir más eficientemente sobre las inversiones en la etapa actual, que sientan los cimientos de la gran producción agropecuaria y de la industrialización socialista en Cuba.

administración de divisas y operaciones internacionales

En el socialismo, el Estado tiene el monopolio del comercio exterior, que se ejerce a través de las distintas empresas de comer-

* N. del E.: En el cambio oficial 1 peso cubano equivale a 1 dólar estadounidense.

cio exterior, y el Banco administra las divisas necesarias para las operaciones con el extranjero. La JUCEPLAN elabora el Plan Global de Divisas, que incluye las operaciones comerciales, las no comerciales y los movimientos de capital. En este Plan interviene directamente el Banco, que elabora los proyectos sobre las operaciones no comerciales y los movimientos de capital.

El Banco ejecuta todos los ajustes y pagos con el extranjero, ya sea con los países socialistas o con los países capitalistas, manteniendo relaciones con numerosos bancos en el mundo entero.

Además, el Banco concede créditos a las empresas de comercio exterior, vigilando que éstas mantengan una rotación normal de sus inventarios, que cumplan sus compromisos de cobros y pagos, que amorticen sus préstamos y aporten lo correspondiente al Presupuesto.

El Banco registra los créditos interestatales y procede al pago de sus amortizaciones e intereses. También participa en la concertación de los convenios comerciales y de pagos con otros países.

Podemos señalar que se nota un progreso en la ejecución de ajustes y pagos con el extranjero. Por otra parte, queda todavía mucho que hacer en la administración de divisas y en la participación del Banco en la elaboración y ejecución del Plan de Divisas.

organización de los ahorros de la población

Esta organización tiene como base las relaciones diarias de los trabajadores de la red bancaria con las amplias masas de la población, que permite la divulgación del ahorro monetario y facilita su captación. El dinero ahorrado deja de circular, lo cual coadyuva a restablecer el equilibrio entre el fondo de mercancías y el fondo adquisitivo de la población, cosa particularmente útil en las condiciones actuales de Cuba. Además, los ahorros de la población constituyen una importante fuente del Banco para otorgar créditos destinados al financiamiento del desarrollo de la economía nacional.

En los últimos años el Banco Nacional de Cuba, en estrecho contacto con la C.T.C. (R), los C.D.R. y otros organismos de masas, ha impulsado una Campaña de Ahorro Popular, que ha tenido notables éxitos. El principal auspiciador de esta campaña fue el desaparecido compañero Raúl Cepero Bonilla, anterior Presidente del Banco, quien en su Resolución N° 933, del 30 de diciembre de 1961, creó las funciones de "gestor de ahorro" como empleado bancario, a nivel de agencia, especializado en esta tarea, y la de

"responsable de ahorro", que es un obrero designado por sus compañeros del centro de trabajo y que tiene como tarea, no remunerada, recaudar los depósitos que deseen hacer en sus cuentas los trabajadores, sin necesidad de apersonarse en una agencia bancaria. En la actualidad funcionan alrededor de 10.000 responsables de ahorro en centros laborales de todo el país.

En diciembre 31 de 1961, al aplicarse masivamente la Campaña del Ahorro Popular, el total depositado por la población en cuentas de ahorro ordinarias y depósitos a plazo fijo alcanzaba la cifra de \$ 318 millones. En diciembre 31 de 1962, el total de estos ahorros ascendía a \$ 582 millones; y en diciembre 31 de 1963, el saldo total de ahorros monetarios de la población llegaba a \$ 718 millones. O sea, un aumento total de 2,26 veces en los últimos dos años.

Como tarea inmediata en la ampliación del servicio de ahorro a la población, tenemos planteada la de utilizar las actuales Oficinas de Correos que tengan condiciones para ello, y facilitar así el servicio de depósitos y extracciones a todos los cuenta-ahorristas, en estas Oficinas.

control económico bancario

El componente inseparable de todas las funciones señaladas, es el control económico bancario.

Las distintas fases o categorías del proceso productivo de una empresa (abastecimientos, producción, costos, salarios, ventas, inversiones), así como el resultado de su gestión económica (rentabilidad o no rentabilidad), tienen una forma común de expresión: la forma *monetaria*. El uso de esta medida o patrón común, que es la expresión monetaria, y que nos permite conocer el resultado de la gestión económica de una empresa, así como el desarrollo de su proceso productivo, ha permitido desarrollar en la economía socialista planificada lo que se conoce como *control por la unidad monetaria* (peso, rublo, corona, sloty, etc.). Este control se puede ejercer por una empresa sobre sí misma, o por una empresa sobre otra, o por el banco sobre una empresa. Esta última forma de *control por el peso* (aplicando la expresión a Cuba), ejercida por el Banco, es lo que se conoce como control económico bancario.

¿Qué significa y cómo se lleva a cabo este control económico bancario?

En una economía planificada, donde los planes de las empresas están íntimamente vinculados, y los errores e incumplimiento en

unas se reflejarán directamente en otras, es necesario mantener un estricto control sobre las actividades de producción y circulación de las mismas.

A fin de facilitar el "control por el peso" que realiza el Banco, las empresas tienen prohibido concederse créditos entre sí, teniendo que cubrir sus necesidades temporales con crédito bancario. Todos los pagos, salvo los muy pequeños, deben hacerse a través del sistema de ajustes o compensaciones, sin mediar efectivo. Las empresas deben depositar diariamente sus ingresos en la agencia bancaria donde operan su cuenta. Cada empresa debe tratar con una, y sólo una, agencia bancaria.

El Banco debe ejercer un control particularmente importante sobre los fondos salariales de las empresas. Un aumento de fondo salarial sólo es justificado si responde a un aumento sustancial de producción.

El Banco debe controlar las cuentas de ingresos y gastos de las empresas que se financian a través del Presupuesto Estatal. No se debe ingresar menos de lo planificado, salvo que causas justificadas lo expliquen. No se puede gastar más de lo aprobado, ya sea en salarios u otros gastos operativos. En igual sentido, el Banco debe controlar la utilización de los fondos para inversiones: que sólo se inicien obras proyectadas, que los costos reales de inversión sean iguales a los planificados, que se terminen las obras comenzadas, y no se deterioren.

Las actividades financieras de una empresa constituyen el mejor termómetro para apreciar su buen o mal desarrollo; y el sistema bancario donde se manejan los fondos de las empresas, constituye la mejor fuente, objetiva, ampliamente ramificada y con experiencia para enjuiciar estas actividades.

Es bueno señalar que el control económico bancario, "el control por el peso" que realiza el Banco, debe ser estricto pero no exagerado. No se trata de dirigir a la empresa, sino de ayudarla. No se trata de crear una superestructura del aparato productivo, sino de controlar su desarrollo a través de los resultados financieros. En particular, hay que tener cuidado con la proliferación de controles y la creación de aparatos paralelos en el campo de la planificación, la producción o las finanzas. Por ese camino cabría imaginarse el absurdo de una fábrica que tuviese más inspectores vigilando que obreros produciendo.

El control económico bancario en Cuba debe ejercerse en condiciones específicas, dada la existencia de dos sistemas de financia-

miento de las empresas estatales. Estos rasgos específicos los trataremos a continuación.

aplicación en cuba de los dos sistemas financieros

Después que la Unión Soviética pasó el período de "comunismo de guerra" (1918-1920), al establecerse en 1921 la N.E.P., se estableció también un tipo de régimen de empresas conocido como "khozyaistvennyi raschot" o abreviadamente "khozraschot". En Cuba, este régimen de empresa es conocido como *sistema de autonomía económica* (según nuestra opinión, la denominación "autonomía económica" expresa mejor la esencia del término "khozraschot" que las denominaciones "autofinanciamiento", "autogestión financiera" o "cálculo económico", también usadas en Cuba).

Los principios fundamentales de este sistema siguen teniendo validez teórica, así como práctica, en la U.R.S.S. hasta el presente, manifestándose la tendencia de ampliar y profundizar el aprovechamiento de este sistema. Estos principios los aceptaron también casi todos los países socialistas. En cuanto al grado y a las formas de su aplicación práctica, existen diferencias entre los distintos países, derivadas de sus condiciones específicas y del esfuerzo en desarrollar una forma más eficaz de la aplicación de los principios de la autonomía económica. En Cuba están estableciéndose los elementos iniciales de la autonomía económica en las empresas del INRA y del MINCEX.

Los principios de la autonomía, como método de gestión de las empresas socialistas, se pueden formular así:

a) gestión planificada, es decir, subordinada a las proporciones principales del Plan Económico Estatal;

b) independencia económica relativa de la empresa en el manejo de los recursos confiados por la sociedad, y la correspondiente responsabilidad del aprovechamiento, mantenimiento y desarrollo de esos recursos;

c) relaciones directas en el intercambio de los productos con las demás empresas y posición de igualdad con las mismas;

d) rentabilidad: medición de los gastos e ingresos en forma monetaria, cubriendo los gastos con ingresos propios de la empresa y obteniendo además utilidades;

e) utilización del crédito bancario para completar sus recursos propios (normados);

f) aplicación de estímulos materiales y morales, tanto individual como colectivamente.

En nuestro país se ha venido desarrollando un sistema de gestión financiera distinto al que hemos expuesto y que se conoce como *Sistema de Financiamiento Presupuestario*. Históricamente su origen se remonta a fines de 1960, cuando el entonces Departamento de Industrialización del INRA tenía bajo su administración una serie de empresas confiscadas o nacionalizadas, muchas de las cuales carecían de recursos operativos y de cuadros dirigentes. Se ideó centralizar las cuentas bancarias de todas estas empresas, creándose un "Fondo Centralizado", en el cual se depositaban todos los ingresos y del cual se cubrían todos los gastos.

Posteriormente, este Fondo fue incorporado al Presupuesto Estatal, a la vez que se organizaron las Empresas Consolidadas que empezaron a operar en igual forma que las antiguas empresas del Departamento de Industrialización del INRA: todos sus ingresos iban al Presupuesto y todos sus gastos se cubrían con cargos al Presupuesto.

En el Sistema de Financiamiento Presupuestario cabe señalar estas características:

a) Las empresas reciben sus situaciones de fondos para gasto por un período determinado, digamos un trimestre, *antes* de producir sus ingresos e independientemente de la ascendencia de éstos;

b) los estímulos morales se plantean como forma principal de impulsar y mejorar la producción, complementados por los estímulos materiales;

c) en las empresas se realiza un "control por los costos";

d) al estar vinculadas las empresas al Presupuesto Estatal por el total de sus gastos e ingresos, no hacen nunca uso del crédito bancario en forma directa.

En nuestra opinión, el sistema financiero que mejores características brinda en la actual etapa de desarrollo en Cuba, es el Sistema de Autonomía Económica. Estimamos que este sistema ofrece mejores condiciones para lograr dos metas impostergables en nuestra economía: disciplina financiera y control económico.

(Nos limitamos en este artículo a esos dos aspectos del problema. Merecería un estudio especial el aprovechamiento debido del método de Autonomía Económica para una mejor rentabilidad de la producción, para mejorar el surtido y la calidad de los pro-

ductos, para perfeccionar las relaciones entre los proveedores y los consumidores, etc.).

En cuanto a la *disciplina financiera*, hay que señalar las relaciones de cobro y gastos que se originan en las empresas presupuestarias. Algunas de estas empresas no parecen estimuladas a cobrar sus mercancías y servicios, por cuanto tienen sus gastos cubiertos y para ellas sólo representa dejar de aportar al Presupuesto; si para pagar sus salarios tuvieran que presionar el cobro de sus cuentas, la situación sería otra. Lo mismo puede decirse en cuanto a los pagos.

Esta apreciación está basada en los registros que lleva el Banco sobre los incumplimientos de los cobros y pagos entre empresas (Ley 1007). Los incumplimientos, en este campo, de las empresas presupuestarias se cuentan por miles de infracciones con un valor de millones de pesos semanalmente (un promedio de 20.000 infracciones semanales por valor de \$ 20 millones). Puede argumentarse que las empresas de autonomía económica también cometen estas infracciones, incluso debemos señalar que desde que se implantó la Ley 1007 las empresas de INRA han mantenido un penoso primer lugar en cuanto al número y valor de las infracciones. Pero a ello habría que responder que las empresas del INRA nunca han operado realmente como empresas de autonomía económica.

En cuanto al *control económico*, debe decirse que el sistema de control de las empresas presupuestarias, el "control por los costos", es necesario y útil; pero éste es un control a posteriori de los hechos, que requiere todo un trabajo administrativo de consolidación y estudio de los balances. Este "control por los costos", que debe mantenerse, no creemos que pueda sustituir al control económico general. Primero, no puede sustituir al autocontrol de la empresa misma "por el peso" en el sistema de autonomía económica. Esta forma de control económico se basa en la obligación de la empresa de cubrir sus gastos con sus ingresos y en el aprovechamiento del interés material de los trabajadores de la empresa como conjunto. Segundo, el "control por los costos" no puede sustituir al "control por el peso" de los compradores sobre la actuación de los proveedores. Tercero, el "control por los costos" no puede sustituir al control económico bancario, una forma específica del "control por el peso", que persigue los resultados financieros totales de la empresa, no sólo los costos, y vigila el ingreso neto de las mismas, que constituye el principal recurso financiero en una economía socialista.

El Banco es el organismo idóneo para realizar "el control por el peso". El Banco es un órgano objetivo ajeno a los intereses particulares de las empresas, ramificado en todo el país, con conocimiento del manejo de las empresas que operan sus cuentas en las agencias. El Banco Nacional de Cuba ya dispone de un cierto número de trabajadores técnicos capaces de realizar este tipo de control económico y está organizando la superación de los economistas de su Oficina Central, de sus Oficinas Regionales y de sus Agencias, para asegurar el nivel debido de su trabajo. No utilizar este "aparato del Estado que necesitamos para realizar el socialismo y que tomamos ya formando del capitalismo" sería, a nuestro juicio, un error.

Pero cabe preguntarse, aunque se diga que no se utiliza el crédito bancario en el Sistema de Financiamiento Presupuestario, ¿es esto cierto? Veamos. Durante los años 1961, 1962 y 1963 el Presupuesto Estatal ha sido deficitario. En estos mismos tres años, las empresas presupuestarias dejaron de aportar cantidades sustanciales al Presupuesto, o sea incumplieron sus ingresos netos programados, constituyendo ello una de las razones fundamentales de los déficit presupuestarios habidos. Lo que ha sucedido en realidad, es que el Banco ha financiado estos déficit presupuestarios con el otorgamiento automático de créditos, por iguales ascenden-
cias que los déficit.

Pero aun suponiendo que todas las empresas presupuestarias fuesen rentables, y que aportasen al Presupuesto de acuerdo con lo planificado, ¿qué sucede cuando se sitúan trimestralmente las disponibilidades de fondos a todas estas empresas, sin que el Presupuesto haya realizado los ingresos necesarios, y los funcionarios de las mismas concurren a las agencias bancarias para girar contra estos fondos e incluso para extraer efectivo? Pues, sencillamente, el Banco está concediendo un crédito a estas empresas aunque no sea en forma directa.

En vista de que en la economía cubana no se han creado recursos monetarios para el otorgamiento de tal tipo de crédito bancario a la Hacienda, se produce la presión inflacionaria y aumenta la necesidad de los créditos extranjeros.

Resumiendo, el crédito bancario, como categoría económica en el sector estatal de la economía, no desaparece, sólo se ha disfrazado, pero perdiendo su relación y unión concreta con la producción y la circulación y perdiéndose también, parcialmente, las

grandes posibilidades de control económico que su uso correcto ofrece.

Ahora bien, nos interesa destacar un hecho. A pesar de que el control económico-bancario se puede ejercer en condiciones óptimas dentro del Sistema de Autonomía Económica, no quiere esto decir que no pueda ejercerse también, aunque más limitadamente, en el Sistema Presupuestario. El control de los cobros y pagos, del manejo del fondo salarial, de las operaciones con fondo fijo o caja chica, el desarrollo de las inversiones, la inspección física de las fábricas, son tareas importantes que el Banco puede y debe realizar en el campo de las empresas presupuestarias.

Es decisión del Gobierno Revolucionario que se mantengan, por ahora, estos dos sistemas financieros. La obligación del Banco, por lo tanto, consiste en prestar el mejor servicio y realizar el grado de control más eficiente posible, a ambos tipos de empresas.

LA BANCA, EL CREDITO Y EL SOCIALISMO

ernesto "ché" guevara

En el artículo que suscribe el compañero Marcelo Fernández, Presidente del Banco Nacional, en el que analiza las funciones del Banco, hace un pequeño recuento histórico y un juicio crítico sobre los sistemas de financiamiento usados en Cuba. Este artículo coincide con algunas apariciones públicas de dirigentes de ese organismo y otros escritos, donde se fija la posición del Banco en forma precisa. Como no estamos de acuerdo con algunas de las funciones apuntadas como propias del Banco, en el período de transición; y menos con su enjuiciamiento del Sistema Presupuestario de Financiamiento, consideramos que no debemos dejar sin respuesta las afirmaciones del Presidente de dicho organismo, fijando nuestra posición al respecto.

Sobre el papel de los bancos en la aparición de los billetes de banco, dice Marcelo Fernández:

"El rápido desarrollo de las relaciones comerciales y la escasez de metales preciosos para la fabricación de moneda, hicieron aparecer los billetes de banco. El billete de banco es un valor sin interés, emitido por el banco autorizado para ejercer esta actividad (Banco Central), expresado en un monto determinado de dinero, y emitido al portador. El primer billete de banco fue emitido por un Banco Sueco de Emisión, creado en 1658".

Sin dejar de reconocer el carácter de divulgación que tiene el artículo, debemos tratar de ver porqué se puede producir este fenómeno. Marx dice al respecto:

"Se plantea, finalmente, el problema de saber por qué el oro puede sustituirse por signos de sí mismo, privados de todo valor. Pero, como hemos visto, el oro sólo es sustituible en la medida en que se aísla o adquiere sustantividad en su función de moneda o

de medio de circulación. Ahora bien, esta función no cobra sustantividad respecto a las monedas sueltas de oro, aunque se revele en el hecho de que las piezas desgastadas de oro permanezcan dentro de la circulación. Las piezas de oro sólo son simples monedas o medios de circulación mientras circulan efectivamente. Pero lo que no puede decirse de una moneda suelta de oro, es aplicable a la masa de oro sustituible por papel moneda. Esta gira constantemente en la órbita de la circulación, funciona continuamente como medio de circulación y existe, por tanto, única y exclusivamente como agente de esta función. Por consiguiente, su dinámica se limita a representar las continuas mutaciones que forman los procesos antagónicos de la metamorfosis de mercancías M-D-M, en las que frente a la mercancía se alza su configuración de valor, para desaparecer en seguida de nuevo. La encarnación sustantiva del valor de cambio de la mercancía sólo es, en este proceso, un momento fugaz. Inmediatamente, es sustituida por otra mercancía. Por eso, en un proceso que lo hace cambiar continuamente de mano, basta con que el dinero exista simbólicamente. Su existencia funcional absorbe, por decirlo así, su existencia material. No es más que un reflejo objetivo de los precios de mercancías, reflejo llamado a desaparecer y, funcionando como sólo funciona, como signo de sí mismo, es natural que pueda ser sustituido por otros signos. Lo que ocurre es que el signo del dinero exige una validez social objetiva propia, y esta validez se la da, al símbolo del papel moneda, el curso forzoso. Este curso forzoso del Estado sólo rige dentro de las fronteras de una comunidad, dentro de su órbita interna de circulación, que son también los límites dentro de los cuales el dinero se reduce todo él a su función de medio de circulación o de moneda y en los que, por tanto, puede cobrar en el papel moneda una modalidad de existencia puramente funcional e independientes al exterior de su sustancia metálica” *.

Es importante consignar, para fines ulteriores, que el dinero refleja las relaciones de producción; no puede existir sin una sociedad mercantil. Podemos decir también que un banco no puede existir sin dinero y, por ende, que la existencia del banco está condicionada a las relaciones mercantiles de producción, por elevado que sea su tipo.

El autor del artículo cita luego algunos párrafos de Lenin para mostrar el carácter del imperialismo como producto del capital fi-

* “El Capital”, Tomo I, 93-94, Editorial Nacional de Cuba, 1962.

banquero, es decir, fusión del capital industrial con el bancario en uno solo. Vuelve a plantearse el problema del huevo o la gallina. Predomina uno de los capitales en esta relación, ¿cuál? o ¿tienen exactamente la misma fuerza?

Lenin plantea las siguientes condiciones económicas del imperialismo:

*"1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, los cuales desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este "capital financiero", de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo; y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los trust internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes".**

Obsérvese que se considera como última etapa la repartición del mundo y luego, como corolario explicado en otra parte, el uso de la fuerza, es decir, la guerra. ¿Por qué se repartieron el mundo los monopolios? La respuesta es concreta: para obtener fuentes de materias primas para sus industrias. Es decir, las necesidades objetivas de la producción hacen surgir, en el sistema capitalista desarrollado, las funciones de los capitales que engendran el imperialismo, o lo que es igual, el capital industrial es el generador del capital financiero y lo controla directa o indirectamente. Pensar lo contrario sería caer en el fetichismo que ataca Marx con respecto al análisis burgués del sistema capitalista. Lenin cita lo siguiente:

"Los bancos crean en escala social la forma, y nada más que la forma, de la contabilidad general y de la distribución general de los medios de producción", escribía Marx, hace medio siglo, en El Capital (trad. rusa, tomo III, parte II, pág. 144)".

* V. I. Lenin, "El imperialismo, fase superior del capitalismo". (Obras escogidas." Tomo I, página 799, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960).

El economista norteamericano Víctor Perlo ha dedicado gruesos volúmenes al análisis de los monopolios norteamericanos, encontrando siempre grandes ramas de la producción en el centro de estos grupos. El análisis de su desarrollo relativo durante los últimos años, demuestra que crecen más los monopolios que agrupan las ramas más avanzadas de la técnica, como el grupo Dupont, de la química, Mellon del aluminio, o Rockefeller del petróleo, cuyo crecimiento relativo está entre el 325 y el 385 por ciento. Frente a ellos, el grupo Kuhn Loeb, de los ferrocarriles, con un leve descenso, el grupo Boston, de la industria ligera, con un crecimiento del 31 por ciento, muestran la clara interconexión entre la producción, los monopolios y su suerte en esta competencia entre lobos.

Lenin, en el artículo citado por Marcelo Fernández, escrito antes de la toma del poder, habla de los bancos como grandes factores de "contabilidad y control". Da la impresión de que busca la consolidación de todo el aparato financiero para que cumpla la función principal, ya apuntada por Marx, de la contabilidad social.

De hecho, el banco del monopolio es su propio ministerio de finanzas, en la dualidad del Estado dentro de otro Estado que en esta etapa. En los períodos de construcción de la sociedad socialista cambian todos los conceptos que amparan la vida política del banco y debe buscarse otro camino para utilizar su experiencia. La centralización que busca Marcelo puede obtenerse dando todas las responsabilidades al Ministro de Hacienda, que sería el supremo aparato de "contabilidad y control" de todo el Estado.

El aspecto político de la banca capitalista lo destaca Marx en el siguiente párrafo:

"Desde el momento mismo de nacer, los grandes bancos, adornados con títulos nacionales, no fueron nunca más que sociedades de especuladores privados que cooperaban con los gobiernos y que, gracias a los privilegios que éstos les otorgaban, estaban en condiciones de adelantarles dinero. Por eso, la acumulación de la deuda pública no tiene barómetro más infalible que el alza progresiva de las acciones de estos bancos, cuyo pleno desarrollo data de la fundación del Banco de Inglaterra (en 1694). El Banco de Inglaterra comenzó prestando su dinero al gobierno a un 8 por 100 de interés; al mismo tiempo, quedaba autorizado por el parlamento para acuñar dinero del mismo capital, volviendo a prestarlo al público en forma de billetes de banco. Con estos billetes podía descontar letras, abrir créditos sobre mercancías y comprar metales preciosos. No transcurrió mucho tiempo antes de que este mismo

dinero fiduciario fabricado por él le sirviese de moneda para saldar los empréstitos hechos al Estado y para pagar, por cuenta de éste, los intereses de la deuda pública. No contento con dar una mano para recibir con la otra más de lo que daba, seguía siendo, a pesar de lo que se embolsaba, acreedor perpetuo de la nación hasta el último céntimo entregado. Poco a poco, fue convirtiéndose en depositario insustituible de los tesoros metálicos del país y en centro de gravitación de todo el crédito comercial. Por los años en que Inglaterra dejaba de quemar brujas, comenzaba a colgar falsificadores de billetes de banco. Qué impresión producía a las gentes de la época la súbita aparición de este monstruo de bancócratas, financieros, rentistas, corredores, agentes y lobos de bolsa, lo atestiguan las obras de aquellos años, como por ejemplo la de Bolimbroke (64)*.

Sobre las funciones económicas de la banca socialista, Marcelo Fernández enumera siete. De éstas, las que están expresadas en el punto 1) Regulación de la Circulación Monetaria, y en el 2) Centro de Ajustes y Pagos del país, no ofrecen contradicción fundamental con nuestra manera de pensar, salvo, quizás en cuanto al grado de autonomía con respecto a la máxima autoridad financiera que es el Ministerio de Hacienda, y en relación a la duda sobre la real posibilidad de "regulación" que tiene el banco con respecto a la circulación monetaria. Sin embargo no creemos sea el momento de profundizar este análisis.

En cuanto al punto 3) Concesión de Créditos, el artículo de referencia dice:

"El crédito es una función típica bancaria, que no desaparece durante la construcción del socialismo, sino que constituye un instrumento flexible que ayuda al desarrollo proporcional y armónico de la economía y al cumplimiento de los planes".

Sin entrar a exponer el origen del sistema crediticio bancario como una manifestación contra la usura, transcribiremos, sin embargo, algunos párrafos de Marx al respecto:

"No debe olvidarse, sin embargo, que en primer lugar, el dinero —en forma de metal precioso— sigue siendo la base de la que jamás puede desprenderse, por la naturaleza misma de la cosa, el régimen

* "64.—Si los tártaros invadiesen hoy Europa, resultaría difícil hacerles comprender lo que es entre nosotros un financiero". Montesquieu, *Esprit des lois*, T. IV, p. 33 ed. Londres 1767". Nota de Marx, "El Capital" (Tomo I, págs. 692-693, Editorial Nacional de Cuba 1962).

de crédito. Y, en segundo lugar, que el sistema de crédito presupone el monopolio de los medios sociales de producción (bajo forma de capital y de propiedad territorial) en manos de particulares, es decir, que este sistema es de por sí, de un lado, una forma inmanente del sistema capitalista de producción y, de otra parte, una fuerza motriz que impulsa su desarrollo hasta su forma última y más alta. El sistema bancario es, por su organización formal y su centralización, como se expresó ya en 1697 en *Some Thoughts of the Interest of England*, el producto más artificioso y refinado que el régimen capitalista de producción ha podido engendrar. De aquí el enorme poder que tiene una institución como el Banco de Inglaterra sobre el comercio y la industria, a pesar de que su funcionamiento real se desarrolla completamente al margen de él y de que el Banco se comporta pasivamente ante sus actividades. Es cierto que eso facilita la forma de una contabilidad y una distribución generales de los medios de producción en escala social, pero solamente la forma. Hemos visto ya que la ganancia media del capitalista individual o de cada capital de por sí se determina, no por el trabajo sobrante que este capital se apropia de primera mano, sino por la cantidad de trabajo sobrante total que se apropia el capital en su conjunto y del que cada capital especial se limita a cobrar sus dividendos como parte alícuota del capital global. Este carácter social del capital sólo se lleva a cabo y se realiza en su integridad mediante el desarrollo pleno del sistema de crédito y del sistema bancario. Por otra parte, este sistema sigue su propio desarrollo. Pone a disposición de los capitalistas industriales y comerciales todo el capital disponible de la sociedad e incluso el capital potencial que no se halla aún activamente comprometido, de tal modo que ni el que presta este capital ni el que lo emplea es su propietario ni su productor. De este modo, destruye el carácter privado del capital y lleva implícita en sí, aunque sólo en sí, la abolición del mismo capital. El sistema bancario sustrae la distribución del capital de manos de los capitalistas privados y los usuarios, como un negocio específico, como una función social. Pero, al mismo tiempo, los bancos y el crédito se convierten así en el medio más poderoso para empujar a la producción capitalista a salirse de sus propios límites y en uno de los vehículos más eficaces de la crisis y la especulación.

“El sistema bancario revela, además, mediante la sustitución del dinero por distintas formas de crédito circulante, que el dinero no es, en realidad, otra cosa que una especial expresión del carácter social del trabajo y de sus productos, la cual, sin embargo, como

contraste con la base de la producción privada, tiene necesariamente que aparecer siempre, en última instancia, como un objeto, como una mercancía especial al lado de otras mercancías.

“Finalmente, no cabe la menor duda de que el sistema de crédito actuará como un poderoso resorte en la época de transición del régimen capitalista de producción al régimen de producción del trabajo asociado, pero solamente como un elemento en relación con otras grandes conmociones orgánicas del mismo régimen de producción. En cambio, las ilusiones que algunos se hacen acerca del poder milagroso del sistema de crédito y del sistema bancario en un sentido socialista, nacen de la ignorancia total de lo que es el régimen capitalista de producción y el régimen de crédito como una de sus formas. Tan pronto como los medios de producción dejen de convertirse en capital (lo que implica también la abolición de la propiedad privada sobre el suelo), el crédito como tal no tendrá ya ningún sentido, cosa que, por lo demás, han visto incluso los sansimonianos. Y, por el contrario, mientras perdure el régimen capitalista de producción perdurará como una de sus formas el capital a interés y seguirá formando, de hecho, la base de su sistema de crédito. Sólo ese mismo escritor sensacionalista, Proudhon, que pretende dejar en pie la producción de mercancía y al mismo tiempo abolir el dinero⁵, era capaz de soñar ese dislate del “credit gratuit”, pretendida realización de los buenos deseos del pequeño burgués”.*

Hemos observado que el artículo no menciona en este epígrafe el interés que el banco cobra por el dinero facilitado a las empresas estatales en calidad de préstamo bancario. Si Marx ha formulado, como hemos visto, que la abolición de la propiedad privada le quita todo el sentido al crédito como tal, ¿qué decir del interés?

Dice Marx:

“Es en el capital a interés donde la relación de capital cobra su forma más externa y más fetichista. Aquí nos encontramos con D-D', dinero que engendra más dinero, valor que se valoriza a sí mismo, sin el proceso intermedio entre ambos extremos. En el capital comercial D-D-D', existe, por lo menos, la forma general del movimiento capitalista, aunque sólo se mantenga dentro de la

(5) C. Marx, “Misere de la Philosophie”, Bruselas y París, 1847. “Contribución a la crítica de la economía política”, p. 64. (Nota de Marx).

* “El Capital”, Tomo II, págs. 619 a 621, Editorial Nacional de Cuba, 1963. Los subrayados son de Che.

*órbita de la circulación, razón por la cual la ganancia aparece aquí como simple ganancia de enajenación; no obstante, aparece como producto de una relación social y no como producto exclusivo de un objeto material. La forma del capital mercantil representa, a pesar de todo, un proceso, la unidad de fases contrapuestas, un movimiento que se desdobla en dos actos antagónicos, en la compra y la venta de la mercancía. En D-D', o sea en la fórmula del capital a interés, se esfuma".**

En los comienzos del artículo, tratando aún de la banca privada, se menciona el interés en la forma siguiente:

"En esto consiste el crédito bancario. El crédito bancario puede ser a corto y a largo plazo, y devenga siempre interés, que constituye el principal ingreso de los bancos".

Si esta situación es válida en el momento actual, y teniendo en cuenta que técnicamente el interés no es un elemento de costo de las empresas, sino una deducción del plustrabajo del obrero para la sociedad, que debía constituir un ingreso del Presupuesto Nacional, ¿no es éste en realidad el que está financiando los gastos de operaciones del aparato bancario en forma sustancial?

Decir que el déficit presupuestario "constituye un mal inevitable", sin entrar en su análisis, así como afirmar que "el uso de los créditos internacionales que en el futuro gravitarán sobre la economía nacional", es mantener en la actualidad el concepto fetichista de la economía clásica.

En lo que se refiere al 4) Financiamiento de las Inversiones, consideramos que se cae en aspectos formales y ficticios o, lo que es lo mismo, en el fetichismo que encubre las verdaderas relaciones de producción.

Esta función sería real solamente si el Banco las financiara con sus propios recursos, lo que sería a su vez un absurdo en una economía socialista. El Banco lo que hace es distribuir los recursos del Presupuesto Nacional asignados por el plan de inversiones y situarlos a disposición de los aparatos inversionistas correspondientes.

Este aspecto del financiamiento y control de las inversiones, particularmente en lo que se refiere a las construcciones, así como el sistema de crédito bancario y el interés, constituyen diferencias sustanciales entre el sistema que en este artículo se denomina autonomía económica y el de financiamiento presupuestario. El finan-

* "El Capital", Tomo III, pág. 411, Editorial Nacional de Cuba, 1963.

ciamiento y control de las inversiones será objeto de un artículo del compañero Alvarez Rom, ya que la importancia y extensión del tema así lo requirieren. Sin embargo, expondremos los fundamentos de este procedimiento, exposición ya hecha por el Ministerio de Hacienda en el Fórum de Inversiones.

Hacienda llega a la conclusión de que todo el embrollo existente actualmente en cuanto al control de las inversiones, se debe a la concepción mercantil que la ampara. Todavía pensamos en el banco como representante de los monopolios, su cancerbero, vigilando el tipo y la efectividad de la inversión.

En un régimen de presupuesto, con los controles funcionando adecuadamente, el banco no tiene por qué tener participación en la decisión de la inversión, que es una tarea económica-política (Juceplan). En el control físico de la inversión el banco no debe participar —esto obligaría a crear un aparato enorme y sin sentido— y sí el organismo inversionista directamente interesado, en tanto que el control financiero lo puede llevar Hacienda, que es responsable del presupuesto estatal, único lugar donde se debe recoger el plus-producto para darle la utilización adecuada. El banco debiera ocuparse, en buena ley, de cuidar del cumplimiento de la metodología de la extracción de fondos, que es su función específica.

Con respecto al punto 5) Administración de divisas y operaciones internacionales, no hay comentarios que hacer.

En el punto 6) Organización de los ahorros de la población, el autor se deja llevar demasiado por la idea de divulgación y propaganda. No estamos opuestos a ello, más aún, somos defensores de usar siempre un lenguaje claro para explicar los mecanismos económicos; pero esa claridad no puede estar reñida con la justeza, que es lo que le pasa a la explicación del compañero Marcelo Fernández al decir:

“El dinero ahorrado deja de circular, lo cual coadyuva a restablecer el equilibrio entre el fondo de mercancías y el fondo adquisitivo de la población, cosa particularmente útil en las condiciones actuales de Cuba. Además, los ahorros de la población constituyen una importante fuente del Banco para otorgar créditos destinados al financiamiento del desarrollo de la economía nacional”.

El dinero ahorrado deja de circular temporalmente y esta fuente de recursos sólo tiene aplicación con sentido económico cuando se emplea para financiar mediante préstamos bancarios a la actividad privada, ya que sería absurdo creer que en una economía socialista el costo por interés que se le paga al ahorrista se compensa con

el interés que se le cobre a las empresas estatales.

Hubiera resultado mucho más interesante y de mayor utilidad conocer la composición del ahorro y su costo, por qué se ahorra en cada una de las escalas de ahorristas y qué medidas de carácter verdaderamente económico es aconsejable tomar, tales como impuestos, precios y otras que ciertamente coadyuven a "restablecer el equilibrio entre el fondo de mercancías y el fondo adquisitivo de la población".

Sobre la función de "otorgar créditos destinados al financiamiento del desarrollo de la economía nacional" ya definimos nuestra posición en contrario.

La última tarea: 7) Control económico bancario, cae de lleno en la controversia planteada por Marcelo Fernández en el acápite "Aplicación en Cuba de los dos sistemas financieros".

Al tratar el tema, el autor se sumerge, una vez más, en el análisis de la significación exacta del término ruso que ha dado origen a bastantes discusiones, y saca a relucir una nueva acepción, que ya habíamos visto en trabajos de algunos asesores del Banco. En nuestra opinión, no es feliz el nuevo vocablo. La afirmación de que "Khozraschot" es un régimen de empresa conocido en Cuba como sistema de autonomía económica y de que entre los principios de la autonomía están la "independencia relativa y la gestión planificada, es decir, subordinada a las proporciones principales del Plan Económico Estatal", nos lleva a pensar que en el mejor de los casos el autor no ha traducido bien.

El término autonomía económica en forma absoluta, enlazado con el de independencia económica relativa, como uno de sus principios, es una construcción gramatical cuyo contenido no alcanzamos a comprender ni proporciona definición que permita alguna aclaración.

La gestión planificada no es equivalente a la subordinación a las principales proporciones del Plan Económico Estatal ni precisa tampoco concepto alguno.

En la caracterización de ambos sistemas no se ha usado un método que permita su fácil comparabilidad, error lógico porque no existe una literatura abundante sobre el tema (en el N° 5 de "Nuestra Industria Económica", trato de hacer, más sistemático el análisis y allí remito al lector); no obstante, consideramos que se podría hacer un análisis más objetivo del sistema de financiamiento presupuestario, sistema que tiene su ley sancionada por el Consejo de

Ministros, es decir, no es un capricho vano de algunos, sino una realidad reconocida.

Sobre el punto: "a) *Las empresas reciben sus situaciones de fondo para gastos por un período determinado, digamos un trimestre, antes de producir sus ingresos e independientemente de la ascendencia de éstos*".

Lo que las empresas reciben no son situaciones de fondos en el Banco sino disponibilidades equivalentes a la autorización para gastar de acuerdo con el plan financiero aprobado, que se registran en el Banco de cuentas separadas para salarios y para otros gastos. Esta segregación permite un fácil control del fondo de salarios, que no es dable en el sistema de autogestión financiera tal como se concibe actualmente en Cuba. En reciente intervención televisada, el Presidente del Banco planteó una fórmula de control de la cuenta de salarios que supone la discusión a nivel de unidad en cada caso, lo que traerá trabas administrativas serias si se pretende implantarla sin analizar muy profundamente las probables consecuencias (no debe olvidarse que los salarios son parte de los fondos de rotación de la Unidad).

Existe aquí la creencia generalizada de que la relación directa con el Banco garantiza el análisis de todos los factores de la producción y la imposibilidad de burlar la atención vigilante de ese organismo, lo que es más que un espejismo en las condiciones actuales de Cuba, y el Banco tiene pruebas fehacientes de este aserto en sus relaciones con los organismos de autogestión.

En el año 1931, Stalin hacia el siguiente análisis:

"Pero esto no es todo. A lo todo hay que añadir la circunstancia de que, como consecuencia de la mala gestión administrativa, los principios de rentabilidad se han encontrado enteramente comprometidos en toda una serie de nuestras empresas y organizaciones económicas. Es un hecho que en una serie de empresas y organizaciones económicas hace tiempo que se acabó de contar, de calcular y de establecer balances justificativos de los ingresos y de los gastos. Es un hecho que en una serie de empresas y de organizaciones económicas las nociones de "régimen de economía", "reducción de gastos improductivos", "racionalización de la producción", se pasaron hace tiempo de moda. Por lo visto, cuentan con que el Banco de Estado "de todas maneras librará las cantidades necesarias". Es un hecho que en los últimos tiempos los precios de coste en una serie de empresas han empezado a subir. Se les señaló la necesidad

*de bajar los precios de coste en un 10 por 100 y más, y en lugar de eso los han elevado.” **

Lo citamos simplemente para demostrar que se impone una tenaz tarea de organización administrativa antes de poder implantar cualquier sistema, y ése debe ser el sentido de nuestro esfuerzo principal en el momento actual.

En los puntos: “b) Los estímulos morales se plantean como forma principal de impulsar y mejorar la producción, complementados por los estímulos materiales”, y

c) *En las empresas se realiza un “control por los costos”, se hace una simplificación peligrosa. En mi último artículo, ya citado, doy dos características fundamentales:*

“Con esta serie de citas, hemos pretendido fijar los temas que consideramos básicos para la explicación del sistema:

“Primero: El comunismo es una meta de la humanidad que se alcanza conscientemente; luego, la educación, la liquidación de las taras de la sociedad antigua en la conciencia de las gentes, es un factor de suma importancia, sin olvidar, claro está, que sin avances paralelos en la producción no se puede llegar nunca a tal sociedad.

“Segundo: Las formas de conducción de la economía, como aspecto tecnológico de la cuestión, deben tomarse de donde estén más desarrolladas y puedan ser adelantadas a la nueva sociedad. La tecnología de la petroquímica del campo imperialista puede ser utilizada por el campo socialista sin temor de “contagio” de la ideología burguesa. En la rama económica (en todo lo referente a normas técnicas de dirección y control de la producción) sucede lo mismo.

*“Se podría, si no es considerado demasiado pretencioso, parafrasear a Marx en su referencia a la utilización de la dialéctica de Hegel y decir de estas técnicas que han sido puestas al derecho.” **

Nosotros no concebimos el comunismo como la suma mecánica de bienes de consumo en una sociedad dada, sino como el resultado de un acto consciente; de allí la importancia de la educación y, por ende, del trabajo sobre la conciencia de los individuos en el marco de una sociedad en pleno desarrollo material.

La cuestión relativa al control por los costos se plantea en el

* J. Stalin, “Cuestiones del leninismo”, pág. 416, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1941.

* “Nuestra Industria Económica”, N° 5, págs. 7 y 8.

artículo "Consideraciones sobre los costos de producción como base del análisis económico de las empresas sujetas a sistema presupuestario", bajo mi firma **. Allí remito al lector interesado, no sin dejar de apuntar que lo esencial es la discusión sobre la posibilidad de hacer uso consciente de la Ley del Valor y que el método se basa en el desarrollo de un amplio y efectivo aparato de control que convierta en mecánicas estas tareas.

"Todo nuestro trabajo —decimos en dicho artículo— debe estar orientado a lograr que la tarea administrativa, de control y dirección, se vaya convirtiendo en algo cada vez más simple y los esfuerzos de los organismos se concentren en la planificación y el desarrollo tecnológico. Cuando todos los índices estén establecidos y los métodos y hábitos de control estén instaurados, con el avance de la planificación en todos los sectores de la economía, esta labor será mecánica y no presentará problemas serios. En ese instante, adquirirán su importancia los métodos modernos de planificación y será posible acercarse al ideal de que la economía se rija mediante análisis matemáticos y, mediante ellos, elegir las proporciones más adecuadas entre acumulación y consumo y entre las distintas ramas productivas; sin olvidar, claro está, que el ser humano, razón de ser de nuestra revolución y nuestros afanes, no puede reducirse a una mera fórmula y sus necesidades serán cada vez más complejas, desbornado la simple satisfacción de las necesidades materiales. Las distintas ramas de la producción se irán automatizando, aumentando inmensamente la productividad del trabajador, y el tiempo libre será dedicado a tareas culturales, deportivas, científicas en su más alto grado y el trabajo será una necesidad social."

Con respecto al punto "d) al estar vinculadas las empresas al Presupuesto Estatal por el total de sus gastos e ingresos, no hacen nunca uso del crédito bancario en forma directa".

Nosotros consideramos que el sistema de crédito bancario y la compraventa mercantil dentro de la esfera estatal, cuando se usa el sistema de financiamiento presupuestario, son innecesarios.

Para comprender la diferencia entre ambos sistemas, cuyo desconocimiento produce los comentarios del artículo, es necesario tener en cuenta que todas estas categorías surgen como consecuencia de la consideración individualizada de patrimonios independientes y sólo conservan su forma a manera de instrumento para poder controlar la economía nacional, ya que la propiedad de hecho es de

** "Nuestra Industria Económica", N° 1/1963.

todo el pueblo. Esta ficción que llega a dominar la mente de los hombres, como lo demuestra el artículo que contestamos, se elimina con la aplicación del sistema de financiamiento presupuestario.

“En este sistema el principio del rendimiento comercial dentro de la esfera estatal, es estrictamente formal y dominado por el plan, solamente a los efectos del cálculo económico, la contabilidad, el control financiero, etc.; pero nunca llegará a predominar en forma fetichista sobre el contenido social de la producción, ya que como la empresa no tiene patrimonio propio contrapuesto al Estado, no retiene ni acumula, por lo tanto, en fondos propios, el resultado de su producción ni la reposición de sus costos. En el sistema presupuestario, la compraventa mercantil sólo tiene lugar allí donde el Estado vende (sin comillas) a otras formas de propiedad; y en la realización de este acto de cambio mercantil, de carácter esencial, la empresa traslada al presupuesto nacional, a través del cobro y depósito del precio de la mercancía vendida, la totalidad de los costos y acumulaciones internas que han tenido lugar desde el primero hasta el último acto de producción y comercialización. De esta manera, si alguno de los actos formales intermedios de “pago y cobro”, que no son más que compensaciones contables sin efecto económico, no llegaran a complementarse por falta de organización o negligencia, etc., el fondo de acumulación nacional no sería perjudicado si el último acto de cambio, que es el único de contenido esencialmente económico, se realiza. Este sistema debilita el concepto de patrimonio de grupos individualizados en fábricas del Estado, lo cual es objetivamente beneficioso al desarrollo filosófico del marxismo-leninismo. Hace innecesario el impuesto y el préstamo con interés, ya que la empresa no retiene ni acumula en fondos propios, eliminando, desde ahora, en su fondo y en su forma, categorías que en el desarrollo del proceso comenzarán a luchar entre sí”. (Trabajo inédito de Luis Alvarez Rom).

El financiamiento a una empresa se realiza, por un lado, para compensar, a los efectos de la contabilidad y control social, a otra empresa por el trabajo materializado; y, por otro lado, para retribuir el trabajo vivo agregado en cada proceso de la producción social. Si el primero de estos actos es formal y sin contenido económico, ya que es compensatorio; y si el segundo es la entrega del salario al trabajador, que se realiza después de haber sido empleada su fuerza de trabajo en la producción de valor de uso, ¿cuál es la conclusión que se deriva de estas premisas?: Que es el trabajador el que efectivamente da crédito.

Dice Marx:

*"El capitalista compra la fuerza de trabajo antes de que entre al proceso de producción, pero sólo la paga, en los plazos convenientes, después de emplearla en la producción de valor de uso. Todo el valor del producto le pertenece a él, incluyendo la parte que sólo representa un equivalente del dinero invertido en pagar la fuerza de trabajo, es decir, la parte del valor del producto que representa el valor del capital variable. Con esta parte de valor, el obrero se adelanta a entregarle el equivalente de su salario. Pero es la reversión de la mercancía a dinero, su venta, la que reintegra al capitalista su capital variable como capital dinero que puede desembolsar de nuevo para volver a comprar la fuerza de trabajo."**

Afirmar que el Banco financia al Presupuesto mediante la emisión y el uso de los créditos interestatales; y que "En vista de que en la economía cubana no se han creado recursos monetarios para el otorgamiento de tal tipo de crédito bancario a la Hacienda se produce la presión inflacionaria y aumenta la necesidad de los créditos extranjeros", es llevar la ficción más allá de sus límites normales, contraponiendo el crédito bancario y la Hacienda Pública con una mentalidad al borde de hacer buenas las palabras de Marx citadas en otra parte del presente artículo:

"No contento con dar con una mano para recibir con la otra más de lo que daba, seguir siendo, a pesar de lo que se embolsaba, acreedor perpetuo de la nación hasta el último céntimo entregado."

Sin contar con que el Banco, fuera del Estado, no tiene NADA, con mayúscula, a pesar de la ficción jurídica de la Ley que le asigna un patrimonio.

En cuanto a la disciplina financiera, se dice de las empresas presupuestarias que "Algunas de estas empresas no parecen estimuladas a cobrar sus mercancías y servicios por cuanto tienen sus gastos cubiertos y para ellas sólo representa dejar de aportar al Presupuesto". Esta es una expresión tan carente de fundamento que sólo sería comparable con otra que dijera que el mismo efecto produciría una empresa autofinanciada, ya que para ella sólo representaría dejar de pagar un préstamo bancario, un aporte al presupuesto o impuesto retenidos, lo cual, incidentalmente, no ha constituido ninguna excepción.

Después de una exposición detallada, de acuerdo con los libros del Banco, de los incumplimientos de la Ley 1007 por las empresas

* "El Capital", Tomo II, pág. 378. Editorial Nacional de Cuba, 1962.

presupuestarias, el artículo hace la siguiente afirmación:

"Puede argumentarse que las empresas de autonomía económica también cometen estas infracciones; incluso debemos señalar que desde que se implantó la Ley 1007, las empresas del INRA han mantenido un penoso primer lugar en cuanto al número y valor de las infracciones. Pero a ello habría que responder que las empresas del INRA nunca han operado realmente como empresas de autonomía económica."

Ante semejante afirmación, que no responde a la seriedad de un artículo de esta naturaleza, cabría hacer las siguientes preguntas:

¿Por qué el INRA nunca ha operado realmente dentro de ese sistema?

¿Es que los demás organismos han tratado de impedirlo?

¿Es que no se le ha brindado toda la cooperación por parte de Hacienda y el Banco?

¿Es que la enseñanza y divulgación de este sistema en todos los cursos y en todos los niveles no ha sido suficiente?

¿Es que son los buenos deseos del Banco, plasmados en una Ley, los que nominalmente producen el resultado?

O ¿será que la medida primera es la organización del aparato administrativo y que sin ella no se puede aspirar a ningún resultado concreto?

Hace tiempo que los defensores de la autogestión se defienden con argumentos como éste: es hora ya de que pongan a marchar el sistema y lo analicen correctamente; la polémica sobre estos tópicos es siempre útil, pero si seguimos enfrascados en ella sin avanzar prácticamente, corremos el peligro de resolver la incógnita de si son galgos o podencos demasiado tarde.

Resumiendo:

a) El artículo analizado plantea en forma de divulgación, pero con escasa profundidad teórica, la génesis de los bancos. De allí surgen las equivocaciones que sobre el papel a jugar con este organismo en la construcción de la nueva sociedad, tienen sus dirigentes.

b) Las frases de Lenin citadas por Marcelo Fernández no indican sino un aspecto objetivo del problema: el papel de los bancos durante la etapa monopolista, pero de ninguna manera establece claramente su papel en la siguiente etapa.

c) El autor olvida que los bancos monopolistas son los aparatos financieros de los superestados y, por lo tanto, no pasa a analizar el nuevo papel de esos aparatos cuando el Estado, con su aparato

financiero propio, los engloba a todos; pretende que el Banco siga manteniendo una posición hegemónica en la economía, independientemente de los cambios económico-sociales.

d) El autor olvida la advertencia de Marx sobre el carácter del sistema de crédito, lo que lo lleva a formulaciones mecánicas en cuanto a su función.

e) Marcelo Fernández, al insistir en el control de las inversiones, pierde de vista la función que cumple el Banco monopolista al ejercer el mismo, desconociendo los cambios ocurridos y a ocurrir durante el período de transición.

f) Marcelo Fernández no ha profundizado suficientemente en el estudio de las bases del sistema presupuestario de financiamiento, por lo que sus razonamientos pecan de poco consistentes en este aspecto del análisis.

g) Tal parece que el Banco, dueño de un capital propio, por obra y gracia de la divina providencia, tiene sanas intenciones de ayudar al Estado a resolver sus problemas mediante una correcta aplicación de las leyes financieras, bajo su sabia dirección. Desgraciadamente, hay personajes testarudos que se niegan a reconocer esta tutela, provocando el desconcierto financiero y la inflación, por no pedirle un crédito "en condiciones ventajosas".

h) Todo el artículo demuestra que los compañeros del Banco usan los conceptos económicos aquí tratados, en la forma fetichista de la economía clásica y aún de la economía vulgar; y para ellos vale —con todo respeto y sólo con el ánimo de que esta polémica nos obligue a solicitar consecuentemente el consejo de los clásicos del marxismo— estas palabras de Marx con que apostrofa a los adoradores de la forma:

"En la fórmula tripartita de capital-ganancia —o, mejor aún, capital-interés—, tierra-renta del suelo y trabajo-salario, en esta tricotomía económica considerada como la concatenación de las diversas partes integrantes del valor y de la riqueza en general con sus fuentes respectivas, se consuma la mistificación del régimen de producción capitalista, la materialización de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con sus condiciones históricas, el mundo, encantado, invertido y puesto de cabeza en que Monsieur le Capital y Madame la Terre aparecen como personajes sociales, a la par que llevan a cabo sus brujerías directamente, como simples cosas materiales. El gran mérito de la economía clásica consiste precisamente en haber disipado esta falsa apariencia y este engaño, esta sustantivación y cristalización

de los distintos elementos sociales de la riqueza entre sí, esta personificación de las cosas y esta materialización de las relaciones de producción, esta religión de la vida diaria, reduciendo el interés a una parte de la ganancia y la renta del suelo al remanente sobre la ganancia media, con lo cual ambos venían a confluír en la plusvalía; exponiendo el proceso de circulación como simple metamorfosis de las formas y, finalmente, reduciendo, en el proceso directo de producción, el valor y la plusvalía de las mercancías al trabajo. Esto no obsta para que los mejores portavoces de la economía clásica, como necesariamente tenía que ser dentro del punto de vista burgués, sigan en mayor o menor medida cautivos del mundo de apariencia críticamente destruido por ellos e incurran todos ellos, en mayor o menor grado, en inconsecuencias, soluciones a medias y contradicciones no resueltas. Y por el contrario, es también igualmente natural, de otra parte, que los agentes reales de la producción se sientan plenamente a gusto, como en su casa, dentro de estas formas enajenadas e irracionales del capital-interés, tierra-renta, del suelo y trabajo-salario, pues son precisamente las formas de la apariencia en que ellos se mueven y con la que conviven diariamente. Por eso es también perfectamente lógico que la economía vulgar, que no es sino una traducción didáctica, más o menos doctrinal, de las ideas cotidianas que abriga los agentes reales de la producción, y que pone en ellas un cierto orden inteligible, vea en esta trinidad en que aparece descoyuntada toda la concatenación interna, la base natural y sustraída a toda duda de su jactanciosa superficialidad. Esta fórmula responde, además, al interés de las clases dominantes, pues proclama y eleva a dogma la necesidad natural y la eterna legitimidad de sus fuentes de ingresos." ("El Capital", Tomo III, págs. 836-837, Editorial Nacional de Cuba, 1963)).

índice

advertencia	3
I — ¿INDUSTRIA O AGRICULTURA?	5
II — ¿DINERO O REVOLUCION?	9
III — LOS SINDICATOS EN CUBA	17
IV — LA SEGUNDA REFORMA AGRARIA	25
V — DOS TENDENCIAS EN LA REVOLUCION	31
VI — PLANIFICACION NACIONAL E INTERNACIONAL	39
VII — CUBA EN OCTUBRE	53
VIII — LA VIDA COTIDIANA, LA REVOLUCION Y LA IGUALDAD	65
IX — LA REVOLUCION CONTINUA	83
X — EL PUEBLO SOVIETICO TENDRA LA PALABRA	87
apéndice 1 — LA CENTRALIZACION EN LA INDUSTRIA - adolfo gilly	99
apéndice 2 — POLEMICA SOBRE LA PROBLEMÁTICA ECONOMICA CUBANA	105
DESARROLLO Y FUNCIONES DE LA BANCA SOCIALISTA EN CUBA - m. fernández font	107
LA BANCA, EL CREDITO Y EL SOCIALISMO ernesto "ché" guevara	123